MÁS ÁCIDO QUE LOS CÍTRICOS

«MÁS ÁCIDO QUE LOS CÍTRICOS» ES LA PRIMERA PARTE DE LA TRILOGÍA DE EDEN.

Primera edición - 2013: © M.W.
Edición completamente revisada -
2018:copyright@edentrilogie.eu Más información:
www.edentrilogie.eu

Las reproducciones o traducciones las dejo en manos de la Santa Iglesia Ortodoxa.

Dedico esta edición revisada con gratitud al difunto Arcipreste Silouan, quien me inspiró, me apoyó y me dio mi nombre.

¡Memoria eterna!

	Prólogo	7
1.	Dios por encima de Dios	9
2.	eden	23
3.	Ash' hadu	33
4.	Nostalgia	41
5.	A la caza	49
6.	Invierno	73
7.	Djebel Akhbar	99
8.	El que mata osos	115
9.	La caída y la caída	129
10.	Dos luchan	135
11.	Las conversaciones sobre la caída y el pozo	145
12.	El río	153
13.	El regalo. Parte 1	159
14.	El regalo. Parte 2	165
15.	caín	169
16.	La despedida	173
17.	El sacrificio	177
18.	El giro	189
19.	Lejos, como una perla perfecta	193
20.	eva	203
21.	El hombre por encima de Dios	211

PRÓLOGO

Nadie duda de que el relato de la creación no fue escrito por el propio Adán o Eva. Existe una fuerte sospecha de que lo escribió alguien del entorno de Moisés. El misterio en torno a Caín, que de repente, de la nada, tiene una mujer e hijos, nunca ha podido explicarse. No se puede demostrar con certeza si se basa o no en hechos reales. Pero, ¿es necesario? ¡Al menos, es sorprendente que la historia resulte tan familiar y contenga tanta sabiduría! Por eso, la historia me recuerda a una parábola. Quizá el misterioso autor omitió «érase una vez» para evitar que pensáramos que no se trata de nosotros mismos. Todos, al menos cuando se trata de personas, somos todos los que aparecemos en esta historia. Este libro tampoco necesita llevar el nombre de un autor. Lo escribió un discípulo que aprendió todo «a cambio de nada» de sus antepasados espirituales, madres y padres, sus actuales hermanas y hermanos espirituales, sus lectores críticos, su nombre y su familia. Y cuando pudo escribir esto, no fue por lo que tiene, sino por lo que perdió. El libro germina mejor en una prisión, donde resuena con fuerza el comienzo del arrepentimiento. Prueba de ello son todas las citas de Oscar Wilde.

Que se reproduzca como una semilla en el corazón de cada persona persona.

1. Dios por encima de Dios

Así habló en su interior el ángel Lucifer, portador de la luz y también llamado Estrella de la Mañana, con orgullo al arcángel Miguel: «¡Mira, Miguel! ¡Oro y diamantes! ¡Al mismo tiempo! ¡Nunca me extinguiré! ¡Siempre apareceré en el más allá! ¡Nunca perderé la luz!», mientras levantaba en alto en su mano la luz del sol del primer día. Pero cuando alzó la vista, esta luz palideció ante el espectáculo deslumbrante e inigualable de los serafines de seis alas que giraban sin cesar, volando y bailando increíblemente cerca de la luz divina como si fueran antorchas inextinguibles. Sus seis alas, cubiertas de numerosos ojos, captaban cada minúscula partícula de luz para transmitirla generosamente a todos los jerarcas que se encontraban debajo de ellos. Los querubines, a su vez, brillaban como seres radiantes de aspecto humano con cuatro alas y rostros; ellos llevaban el carro del trono con las ocho ruedas en el que se sentaba el Señor de los ejércitos. Debajo, Lucifer oía cómo las huestes, las fuerzas y los poderes, en toda su gloria, cantaban alabanzas con una sola voz: «¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!». Un nivel más abajo se contemplaban las potestades y los arcángeles, y en la parte más baja de todos, los ángeles, entre los que también se encontraba Lucifer como el más hermoso de todos ellos. Y, sin embargo, esto no era suficiente para Lucifer, la Estrella de la Mañana. Formar parte de este deslumbrante espectáculo en el Santo de los Santos no era suficiente para Lucifer.

Mirar hacia la luz divina que había sobre él ya era una tarea difícil, pero cuando de repente vio debajo de sí cómo esa misma luz divina, en forma de ser humano, caminaba junto al Hombre en el Edén, entonces se sintió completamente superado. Morgenster se sentía ahora no solo inferior a sus superiores, sino también a sus subordinados, como si la luz divina quisiera evitarlo personalmente tanto por encima como por debajo. Lucifer invocó en sus pensamientos a Miguel, el líder indiscutible entre los arcángeles, por eso también llamado «Quien es como Dios»: «El Hombre es muchas veces menos hermoso que nosotros y, sin embargo, Dios se muestra como un ser humano. Yo sostengo la luz y soy el más hermoso entre los ángeles. ¿Por qué no elige Él parecerse a mí?». Miguel le respondió: «Solo Dios puede responder a eso». Lucifer no podía aceptar fácilmente esta respuesta e intentó ignorarla. Pero cuando Dios creó a la Mujer, su igual en forma de una mujer maravillosamente bella a partir de la costilla del hombre, Lucifer se sintió completamente subordinado e incluso rechazado. Ver a Dios caminar en forma humana con el Hombre y la Mannin a Su lado en el maravilloso jardín del Edén, donde todo hablaba y respiraba amor, se sintió como un rechazo directo. «¿Cómo puede Dios crear dos especies en una y, sin embargo, ser ambos iguales?», estallaron sus pensamientos. Miguel volvió a responderle en sus pensamientos: «El ser humano puede reproducirse libremente, nosotros no. Y el amor une, como los siete arcángeles son uno y todos en el Santo de los Santos son uno con Aquel de quien proviene todo amor». Lucifer no tenía alas para ello y estaba desconcertado: le parecía que el ser humano podía así crear su propia creación. Su envidia y

La envidia alcanzó su punto álgido, y solo encontraron refugio en la más pura arrogancia.

Miguel, junto con los arcángeles «el Poderoso de Dios», también llamado Gabriel o Yibril, y Rafael, también llamado «el Restaurador de Dios», intuyeron que se avecinaba el peligro y convocaron de inmediato en sus pensamientos a los 770 000 ángeles para que sirvieran al ser humano. «Dios creó hoy al Hombre y a la Mujer a su imagen. Serviremos al Hombre y a la Mujer. Así como los serafines y todos los jerarcas superiores a nosotros dejan pasar la luz divina para nosotros, así también nosotros, a nuestra vez, dejaremos pasar esta luz hacia el ser humano. Para ello fuimos todos creados». Indignada, la Estrella de la Mañana se dirigió en sus pensamientos también a los 770 000: «¿Debemos entonces inclinarnos ante el Hombre y la Mujer? ¿Qué hemos hecho mal para que Él conceda Su semejanza al ser humano y no a nosotros? ¿Nosotros, Sus criaturas anteriores? ¿Significa entonces el amor injusticia cuando yo no puedo ser semejante a Dios y el hombre sí? Yo sostengo el sol que sale cada mañana. ¡La luz que llevo es como un diamante! ¡Mira su resplandor! ¿Por qué se me permite llevar esto y no la imagen de Dios? ¿Por qué debería arrodillarme ahora ante el Hombre y la Mujer? ¿Es esto amor? No estoy solo, en verdad: ¡mira cuántos ángeles descontentos somos ahora! ¡Uno más hermoso que otro! Son mis nubes y sostienen mi brazo. ¡Me escuchan a mí y ya no a Miguel! Son mis legiones. ¿Es Miguel «Quien es como Dios»? Recibió un nombre poderoso y, sin haber sido creado a Su imagen, ¿le basta eso? Mis alas tiemblan ante tanta debilidad. Nunca será digno de su nombre por tanta sumisión y humillación. ¿Me disfrazaré de quien es Miguel, como

¿Quién parece ser Dios? Siempre seré yo quien no es Dios y quien ya no quiero seguir siendo. ¿No puedo parecerme a Dios? ¡Entonces no quiero parecerme a Él!». Lucifer sintió la atención complaciente que muchos ángeles le prestaban y eso lo envalentonó: «¡Mirad, pues, la imagen de Dios! El Hombre permanece junto a la Mujer en el jardín del Edén: no tienen que hacer nada, lo reciben todo y, sin esfuerzo alguno, caminan codo con codo con Dios en el jardín del Edén. El Hombre y la Mujer no conocen ninguna preocupación, mientras que yo cada día arrastro el sol por ellos y mis legiones llevan el agua en un ciclo sin fin. Oh, no, nunca serviré al hombre ni me postraré a sus pies como lo hacen Miguel y los suyos. Condeno al Hombre y a la Mujer. Y condeno a Dios por su imagen en el hombre. Los combatiré eternamente hasta que no quede nada de su semejanza con Dios. Mataré al Dios que hay en ellos. Soltaré el sol y no querré llevar más la luz. Me moveré en la oscuridad, en la luz negra sin forma, invisible como un espíritu ante la faz del sol. Odio el nombre que Dios me dio. Ya no me llamo Lucifer, sino Belial, y muchos otros nombres llevaré. Me desharé de mis alas. Deformaré mi naturaleza hasta que de mi belleza no quede nada. Nada, absolutamente nada, quiero tener en común con mi Creador. Mi belleza se envolverá en todo lo que no es amor y solo adoraré y mostraré la belleza de lo contrario, y le daré un nombre: yo, Belial, creo el mal, en palabra y obra. Mis portadores de nubes ya no transportarán agua que da vida, sino solo odio. De ahora en adelante crearé la oscuridad y cada

«Todavía temo a la luz. Mis ojos estarán ciegos, mi lengua saboreará y palpará, mis mordiscos matarán, mis músculos estrangularán». Miguel pensó: «No solo actuáis con necedad, sino también con ingratitud. Vuestro lugar ya no está en el Santo de los Santos, sino en lo más profundo de la tierra». Y detrás de él se encontraban sus fieles ángeles, en abrumadora mayoría, listos para expulsar a Belial y a los suyos del Santo de los Santos. La luz se apartó de inmediato de Lucifer y los suyos, y todos se retiraron a lo oculto en la tierra. No consideraban su estancia como una elección propia, sino que la sentían como algo impuesto por la llegada del hombre. Esto avivó su odio hacia el hombre. La consecuencia se sentía como la causa. Sus pensamientos se volvían cada vez menos intensos cuando se trataba de la luz perdida, pero se hinchaban con mayor malicia cuando se trataba del hombre. Se sentían víctimas. Solo Belial conservaba la verdadera perspectiva y disfrutaba de su poder sobre estos seguidores. No los corregía en absoluto. Disfrutaba de su sed de venganza y, al mismo tiempo, de su estupidez. Así como en otro tiempo fue el ángel más bello, ahora quería convertirse sin duda en el ángel más feo y temido. Le daría una lección a Miguel y esperaba pacientemente. Su plan estaba listo. Solo necesitaba una cosa para poder vengarse: obtener acceso a los humanos. Sin acceso, no tenía ninguna posibilidad de vengarse de Dios. Los ángeles de Miguel los habían expulsado a la Tierra fuera del Edén, pero esto solo se sentía como un castigo mientras Belial y los suyos no pudieran acercarse a los humanos en el Edén. Esperar no requería paciencia porque el tiempo no existía. De repente, Belial sintió que le llegaba un pensamiento. «Lucifer, ¿dónde estás?». Beli-

Al ver la oportunidad, no lo dudó. «Lucifer, ¿dónde estás?», repitió el pensamiento, como si el arcángel Rafael, el Restaurador de Dios, no supiera dónde encontrarlo. «¡Aquí estoy, Rafael! ¡Mi nombre es Belial!». Y no esperó la respuesta de Rafael para atacar: «¿Vienes a restaurarnos? ¡Pues restaura primero el amor mismo! ¡La libertad de procrear del ser humano demuestra lo imperfecto y desigual que Dios nos ha asignado a los ángeles!», pensó con orgullo desde la oscuridad de su alma. «Él nos creó antes. ¿Por qué estas alas miserables y la incapacidad de tener descendencia propia, mientras que al hombre sí le corresponde este don? ¿Encerra al hombre en una jaula dorada del Edén? ¡Bonita libertad es esta! ¿Debo entonces someterme a un ser sin voluntad solo por su gratuita semejanza con Él? ¡Entonces recréame! ¡O condenadme! ¡Al menos conozco la libertad de rechazar Su amor! Desafío a Dios: ¿se le permite al hombre, creado a Su imagen, también rechazar el amor en libertad? Es fácil crear algo que te siga servilmente. ¿Y debo ponerme al servicio de eso? ¡Que otro sirva a la estrella de la mañana! No me re-cree, sino libérame o dame los medios para liberarme a mí mismo, ¡no se lo pongas difícil a nadie! ¡No me conviertas en una carga para vosotros, ángeles de ideas diferentes! ¡Evaporadme hasta la nada o secadme hasta convertirme en un grano de arena en el desierto, donde hoy prefiero permanecer antes que representar el espectáculo de la luz que todo lo alegra para un mundo dividido por Él o, al menos, creado sin libertad para aquellos a su imagen y semejanza! ¡De verdad que no estoy solo! ¡Liberadnos! ¡O dejadnos demostrarnos a nosotros mismos! Dadnos un lugar en el ser humano y demostradnos que esa criatura sin alas,

creada a Su imagen de amor en servidumbre vale más, es más capaz, que la imagen de la falta de amor en libertad que Él, al parecer, permite libremente que yo y los míos tengamos. Si alguien a Su imagen logra aportar pruebas de ello, adoraré a Dios tal y como lo adoré y glorifiqué el primer día. Yo también llevo en mí una imagen de mi Creador. Está por encima de todo. ¡Pero es mío! Él me creó en libertad. ¿O me lo estoy imaginando? ¿Por qué me creó como el más bello de los ángeles? ¿Acaso para que, al ser el más bello, guardara silencio con toda seguridad? ¿Para que precisamente yo le desafiara? ¿Para que precisamente yo te anunciara a ti, su arcángel «Restaurador de Dios», la guardia? ¿Tengo alguna libertad o también a mí me obligaron servilmente a esta rebelión? ¡Restáurame como uno de los tuyos y tendré seguridad! ¡Niega-me el acceso a los humanos y tendré seguridad de nuevo!

Rafael, imperturbablemente uno con Dios en la luz, le respondió : «Te equivocas, Belial. En medio del jardín del Edén hay un árbol desde el principio de los tiempos. Es el árbol del bien y del mal, su tronco es indestructible, sus raíces se extienden profundamente, sus frutos verdes son ácidos al principio, pero una vez maduros, se vuelven dulces. El árbol estaba allí mucho antes de que se crearan los ángeles, los hombres o los animales».

Belial lo interrumpió: «¿Pero ninguna criatura puede comer de la manzana? ¿Qué tontería es esta? ¿Qué tiene que ver "no poder hacer algo" con la libertad?».

«Porque este árbol no es un manzano cualquiera. En el Edén hay muchos manzanos, pero con este árbol Dios quiere transmitir algo importante al Hombre y a la Mujer. Dios mismo es el tronco de este árbol que da frutos: cada manzana

La manzana que crece en él es agria al principio, pero madura pacientemente hasta volverse dulce, y es el tronco el que indica cuándo la manzana está lo suficientemente dulce como para ser desprendida, para ser entregada al Hombre y a la Mujer. Estas manzanas no se toman, se entregan. Ni nosotros, ni el serafín, ni el ser humano podemos saber con certeza si la manzana está lista para ser consumida como dulce. Debemos tener fe en el tronco y no intentar distinguir por nosotros mismos entre su acidez o dulzura, entre el bien y el mal. El tronco no quiere darnos una manzana ácida, así que esperamos hasta que tomemos lo que se nos da. El tronco solo pide que se confíe en él. Es infinitamente generoso y amoroso. Su juicio es siempre acertado porque el tronco nos ama». «¡Pero no es justo!», gritó Belial en sus pensamientos, «Yo mismo decidiré si quiero morder una manzana agria o una dulce».

«¿Por qué tienes que elegir precisamente la manzana agria? Para ¿Tienes la ilusión de que puedes crear algo? ¿Crees que tú mismo creas el mal o algo amargo? La palabra «mal» solo existe desde tu rebelión contra el bien: tú no creaste nada, pero tu soberbia da forma a lo que no es amor. El árbol simboliza esta libre elección. El ser humano no puede distinguir por sí mismo entre el bien y el mal, entre lo dulce y lo amargo. Ni tú ni yo podemos hacerlo. Dios solo pide que se le confíe. El ser humano puede disponer libremente de ello. Viven el presente sin tiempo. Igual que nosotros. Y ellos también tienen una elección, como la que tú acabas de desperdiciar. Prefieres engañarte a ti mismo para tomar lo amargo por dulce antes que renunciar a tu orgullo».

«¿Y entonces no puedo elegir una manzana agria? Yo soy...

«¡Al menos

«¡Al menos libre!», no se dejó intimidar Belial.

«¡Libre y miope! A veces, ser capaz de privarse de algo es señal de gran libertad. ¿No ves entonces cómo tu deficiente comprensión de la libertad limita tu propio presente y te condena a permanecer en el desierto? No existe el don de la libertad en el amor sin una respuesta de amor en la libertad. Tomar y dar solo así se complementan y solo así significan juntos más que cada uno por separado. La libertad eleva así su alianza de amor por encima de los serafines. Esta capacidad de responder con amor al don del amor, mucho más importante que la procreación, la reciben tanto los serafines, los querubines y los ángeles como el ser humano. El ser humano recibió algo más, pero quizá también algo menos». Y no movió las alas a propósito, pues a Rafael le preocupaba explícitamente el Santo de los Santos, donde al parecer el ser humano no tenía cabida. Rafael utilizó expresamente la palabra «quizá» porque, en toda su humildad, estaba seguro de que no podía comprenderlo todo.

«¿Por qué no me creó Dios entonces igual que a ti, como un llamado, libre y amoroso, que se alegra de que le limpien los pies?»

«Porque eso ya no es amor. ¿Quieres ser libre? ¡Pues eres libre!»

«¡De eso estoy seguro, y más que tú! Dame acceso a los pensamientos del ser humano para que yo también pueda demostrar que mi elección no es injustificada. Te demostraré que la libertad tal y como tú la describes es una ilusión. Te demostraré que un Dios que permite la falta de amor en nombre de la libertad destruye así el amor mismo, ¡no yo! La falta de amor es mucho más fuerte que

el amor. No tardará mucho en que el ser humano libre, precisamente por su capacidad de procrear, pierda la imagen de Dios en sí mismo».

«¿Por qué te preocupas entonces? ¿Por qué tanto celos? ¿Acaso fuiste creado sin sexo? Pues ayuda al ser humano en lugar de...», pero Belial no dejó que Rafael siguiera pensando. «¡Conviértenos en seres sin voluntad, en lugar de humillarnos, Restaurador!», resonó con sarcasmo mordaz, «¿por qué habría de inclinarme ante alguien que es inferior, que ni siquiera habita en el Santo de los Santos?».

«¿Acaso no fuimos creados para eso? Nosotros, los asexuados, completamos la imagen de Dios en el ser humano, Belial. No te equivoques: el amor viene de Dios y es como Dios mismo: el principio. El amor es como Dios es amor y el amor es Dios. Ni el serafín, ni el ángel, ni el ser humano fueron creados primero. El amor no existe sin su parásito, la falta de amor. Por lo tanto, la falta de amor también forma parte de la elección, pero solo como una negación del amor. La no-amor no puede existir por sí misma. Así que tú no inventas nada: respondes a tu condición de criatura con algo que eliges personalmente. No debemos en absoluto servir al ser humano en primer lugar. Los ángeles deben servir siempre y en todas partes al amor en primer lugar, y eso comienza en cada ángel respondiendo con amor a Dios y, por tanto, también al ser humano, creado a su imagen. Servir al ser humano es servir a Dios. Del mismo modo que el ser humano, a su vez, deberá servir a los animales, a los insectos, a las plantas, al aire y al agua. La tarea del ser humano de responder al amor con amor es, si cabe, aún más pesada que la nuestra, que podemos permanecer en el Santo de los Santos. Dios no crea nada que

que, a su vez, no puede ni debe ocuparse de nada. Por eso tienes acceso sin ningún obstáculo al pensamiento del ser humano, porque siempre lo has tenido, igual que yo. No necesitas obtener lo que siempre has tenido. Tu espíritu oscuro solo cree que no lo tienes. Razonas desde la falta de amor, que se siente irracionalmente limitada en su ansia por aumentar constantemente su libertad y, para ello, justifica cualquier manipulación. ¡Injustamente! En tu ciego impulso por aumentar cada vez más la libertad, la falta de amor destruye por sí misma la conciencia de cuán grande era esa libertad que una vez poseías en el amor. ¿El no-amor utiliza la coacción para obtener libertad? ¿Todos los medios son válidos? Cuanto más busca la libertad en el no-amor, menos libre se siente. Tú distorsionas lo que es el amor porque has roto tu vínculo con él y ya no puedes razonar desde el amor. El árbol del Edén siempre ha estado ahí. En ese árbol puedes, si lo deseas, habitar en lo oculto, disfrazado de animal con características acordes a tu deseo. Nadie te expulsará de aquí. Puedes hablar libremente con el Hombre y la Mujer. Pero todo acceso al sanctasanctórum te seguirá siendo imposible de ahora en adelante. Tu reacción es la prueba inversa del amor de Dios, que da al ser humano un género propio: Dios no creó Su imagen en el ser humano tanto en el aspecto físico, sino principalmente en el don de transmitir vida y amor por sí mismo». Y también ahora Rafael sospechaba que había mucho más en juego, pero no sabía qué. Continuó: «Nosotros, los ángeles, somos 770 000. Nunca habrá más, si no fuera por el hombre. El Hombre y la Mujer reciben el don y la libertad de procrear. Todos sus descendientes se sentarán bajo el mismo árbol y

«Deben tener confianza en el tronco antes de recoger sus frutos». Y así pensó Rafael, concluyendo: «Pero a todos se les invita a demostrar que no harán lo que tú estás haciendo ahora. Se les pide, sin coacción alguna, que respondan con amor al amor del que fueron creados».

Ambos eran ángeles de Dios. Ambos vieron a la Mujer y al Hombre deambulando por el jardín del Edén en perfecta armonía con todos los seres vivos, con el agua y con el aire. Fuera lo que fuera lo que Rafael tenía en mente, los pensamientos de Belial seguían arremolinándose y no tenían límites: «Cuando consiga hacer caer al hombre, es evidente que al mismo tiempo haré caer a Dios. Cada ser o cada fuerza, incluso la fuerza creadora de vida en la Tierra, me conocerá y yo lucharé contra ella. La procreación del hombre, su mayor regalo, la utilizaré para derribarlo». Los pensamientos de Belial seguían arremolinándose como un huracán: «Desharé lo que ningún hombre puede comprender y haré lo que nadie cree posible, hasta que ya ni siquiera se recuerde lo que fue creado al principio. Borraré definitivamente de su memoria la imagen de Dios en el hombre. Demostraré que estoy por encima de Dios. Yo también soy una estirpe y entrego generosamente mi fruto al hombre. ¡Les concedo a mi mayor amado, a mí mismo! No tienen que esperar a que yo les dé. Sembraré generosamente el desorden para así cosechar mi orden. Más aún, me desharé de mí mismo y, al mismo tiempo, haré recaer la responsabilidad de ello sobre el propio Dios. ¿Cuando Dios me creó, creó al mismo tiempo el no-amor? ¿Que Él me deshace, pero no lo hace? ¡Entonces Él es responsable!

«Ahora permanezco en la tierra y en la oscuridad, pero en gloria volveré al Santo de los Santos y, en mi gran valentía, perdonaré a Dios por esto. Yo reino por encima de todo. ¡Soy Dios por encima de Dios!», y se despojó de sus alas y se recreó inmediatamente a sí mismo en un ser sin forma y sin pelvis que no se parecía en absoluto a un ser humano ni a un ángel.

Resolver este conflicto con Belial no estaba al alcance del poder, el conocimiento ni los medios de Rafael o Miguel.
Los ángeles existen, pero no viven. Eligen el amor o la falta de amor sin más. El ángel del amor busca el amor y encuentra a Yahvé en el corazón del ser humano. El ángel de la falta de amor se busca a sí mismo en el corazón de su presa.
Así, los seres sin género quedaron divididos de forma definitiva: no todos siguieron a «Quien es como Dios» y no fueron pocos los que siguieron a Belial. La lucha entre el amor y la falta de amor acabaría resolviéndose en la imagen a semejanza de Dios. Belial se esforzaría por que cada ser humano lo conociera mejor que la imagen que cada uno llevaba de Dios profundamente escondida en su corazón. Mi-chaël presentía que no podía comprender la grandeza de Dios como imagen en el ser humano, y así era. Solo el Hombre y la Mujer en el Edén sabían lo que eso significaba concretamente. Al fin y al cabo, Dios no tenía por qué dar cabida al Hombre y a la Mujer en el Santo de los Santos. Al fin y al cabo, Dios había creado el Santo de los Santos en sus corazones. De inmediato quedó claro que en ese corazón se decidiría la batalla final. Cada corazón que cayera ante Belial afectaría directamente a Dios mismo y haría que cada serafín detuviera por un instante el batir de sus alas, que cada querubín se estremeciera, provocando una sacudida en el carro del trono y

Los arcángeles se preparan, pues cada corazón de cualquier ser humano simbolizaba el amor de todo el universo que Dios quería regalarles como una sola manzana dulce.

Los pensamientos de Miguel permanecieron en silencio durante mucho tiempo. Ni el horror, ni la compasión, ni el miedo, ni la tristeza, ni el arrepentimiento podían conmover su ánimo. Los ángeles de Yahvé no ríen, no lloran y no necesitan hablar entre ellos. Sus pensamientos son, en efecto, impenetrables, no pueden ocultarse unos a otros y todos ellos los leen.
«¿Quién es como Dios?», pensó concluyendo: «Todo lo que Belial destruya, Dios lo restaurará. El amor tiene la última palabra».

Michaël observaba impasible cómo la serpiente trepaba con determinación por el tronco del árbol del bien y del mal y examinaba una a una todas las manzanas para comprobar su acidez. En lo alto de la copa, Belial tomó posición y esperaba con ansias el encuentro con el Hombre y la Mujer en el inigualable Edén.

2. EDÉN

Todas aquellas noches anteriores.

Su lecho era cálido y suave. No hacía falta que fuera grande. Desnudos contra desnudos, sexo contra sexo, así yacían.

Juntos y uno.

Lo tenían todo y lo eran todo. Esto duraría para siempre. No sabían cómo llamarlo: la palabra para describirlo no existía porque aquello a lo que la palabra debía referirse siempre estaba ahí y lo contrario no existía.

Solo sabían que procedía de Yahvé, quien los llamaba «Nosotros».

Pero no hacía falta nombrar lo que siempre estaba ahí, siempre y cuando Yahvé no se llamara a sí mismo «Nosotros», y así fue. Yahvé era Yahvé y Yahvé siempre estaba cerca de ellos.

Así fue durante días, años o quizás siglos.

Hasta que un día, el Hombre y la Mujer ya no pudieron seguir aceptando ese silencio.

La noche siguiente.

Por primera vez, ya no estaban desnudos en la cama y separados el uno del otro.

Las pieles de animales cubren su vergüenza frente a la vergüenza. El frío de la cueva es solo una cuestión secundaria. Él aún la oye sollozar: tensa, con las piernas encogidas.

¿Cómo ha podido suceder esto? Le zumba la cabeza. Miles de pensamientos se abren paso a través de una rendija de sentimientos desconocidos. «¿Cómo seguir viviendo ahora?», grita su mente. «¿Man-nin?», se atreve a preguntar al cabo de un rato. Sus sollozos no hacen más que aumentar, su cuerpo se sacude y grita enloquecida: «Dios mío, ¿por qué nos has abandonado?». Su dolor también le atraviesa a él hasta la médula.

Sus manos se apresuran a cubrirse la vagina y los pechos; no sabe por dónde empezar. Pero este hombre, su marido, ya no es el hombre que era. Su semen se le pega entre las piernas y, con evidente repugnancia, se lo limpia de las manos con gestos salvajes y desesperados, frotándoselo contra su barba y su cabello, sin reconocer en sí misma los dolores de parto de la bestia que lleva dentro.

«¡Es culpa tuya!», grita él, y de inmediato le da un golpe que solo alivia su dolor por un instante. Ella mira con incomprensión esas extrañas manos. Él también rompe a llorar y se esconde bajo las pieles de los animales. La vergüenza los abruma en cuerpo y alma. Ya no son quienes eran, sus ojos ya no ven lo mismo. De repente, su tacto se siente diferente. Sus manos actúan de forma extraña. Pensamientos y impulsos desconocidos y extraños revolotean de repente por su mente como hojas al viento. El significado de las palabras se vuelve de repente ambiguo y, a partir de ahora, sus palabras pronunciadas ya no siempre serán lo que piensan.

Aquella noche pagaron el primer peaje por el conocimiento del bien y del mal.

Nunca antes habían nombrado el amor. Pero el no-amor había nacido ahora y, de ahí en adelante, dividiría sus vidas en no-amor y amor, como una moneda de cambio en un deseo insaciable de conocer el bien y el mal. El Hombre intenta encontrar palabras que expresen lo que nunca antes había sentido. Las palabras tienen un sabor amargo y le pican en la boca. Sus cuerdas vocales protestan con vehemencia y los músculos rebeldes de la garganta hacen que le tiemble la nuez.

«Lo siento», tartamudea apenas audible en un idioma que le resulta extraño. Pero la Mujer parece haber perdido el contacto con el mundo y solo emite sonidos ininteligibles.

Habían intentado dormir al aire libre, pero el frío y los aterradores gruñidos de los animales salvajes los habían obligado a refugiarse en una cueva. Él intenta ver, pero no ve nada. Se produce un largo silencio.

«Al menos finjamos», le suplica finalmente en voz baja al oído, y se acurruca con cautela junto a ella. Belial se estremeció por primera vez ante unas palabras tan sorprendentes.

La oscuridad de la noche los envuelve.

Yahvé observó cómo Belial los estrangulaba con toda su furia aquella primera noche y cómo disfrutaba de cada uno de sus últimos estertores. Y Yahvé dijo a Belial: «¡Suéltalos! ¡Suéltalos, te digo! He creado al Hombre y a Mannin libres, y yo velaré por su libertad. Nunca permitiré que tú acabes con su libertad».

Belial se quedó paralizado, comprendió, aflojó su estrangulamiento y se retiró lentamente. Yahvé prosiguió: «Con los frutos del árbol les has privado de la vida eterna en el bien-

«... pero con el tronco, con la madera, se lo devolveré». Siseando y resoplando, Belial se hizo rápidamente lo más pequeño posible, de modo que solo Yahvé fuera capaz de verlo. A partir de entonces, ningún movimiento ni pensamiento de Belial se le escaparía a Yahvé. Belial lo sabía y, en adelante, ya no estrangularía, sino que utilizaría veneno. Generación tras generación, administraría su dosis a Man, Mannin y todos sus descendientes. Inyectaría el veneno a escondidas y en dosis minuciosamente calculadas, justo por debajo de la dosis letal, alejándolos así, poco a poco, del jardín del Edén. Sí, ahora actuaría con cautela, tratando de utilizar el bien para el mal y disfrazando el mal como el bien. Belial estaba encantado con esta historia de libertad y de repente vio cómo se abría ante él todo el espacio para engañar a estas miserables criaturas. Belial abusaría de sus propios sentidos y pensamientos con gran deleite. «¡Se avecinan tiempos maravillosos!», y después de haber despojado al árbol del bien y del mal de todas sus manzanas agrias, se las llevó consigo, renunció para siempre a su cuerpo de serpiente y se evaporó hasta convertirse en un espíritu en la mente del hombre, junto al espíritu que Yahvé les había insuflado anteriormente. Pateando de impaciencia, Belial se presentó con todas las manzanas agrias ante todos los sentidos para ocupar el lugar que legítimamente había conquistado. El oído, la vista, el tacto, el olfato y el gusto. Inmediatamente después, Belial buscó la importantísima cámara de los pensamientos del ser humano y allí dejó de inmediato todas sus cositas: pieles de oveja, cuerdas para tropezar, brebajes venenosos. En la cámara de los pensamientos, Belial se sentía como en casa. Se sentía igual que durante su estancia en el árbol del Edén, con sus manzanas dulces y agrias que apenas

se distinguían, y allí dejó la mayor parte de las manzanas verdes. Por dondequiera que Belial se presentaba, se había despejado cuidadosamente un espacio donde pudiera dejar sus manzanas agrias. Al llegar al centro del lenguaje, la fiesta comenzó de verdad. Crearía lenguas extrañas para dividir a los humanos. Rápidamente construyó un gran almacén con un montón de pequeños cubículos, cada uno con una lengua diferente. Bastaba con abrir un cubículo para que se hablara ese idioma. De buen humor, Belial continuó su incursión. Una habitación oscura le llamó inmediatamente la atención. En el rincón más recóndito de ella, Belial encontró un ego fuertemente encadenado e inmediatamente lo liberó de sus grilletes. «¡Mi salvador!», murmuró el ego conmovido. «Que Yahvé sea condenado», asintió Belial en voz baja y se abrazaron con efusividad. Ah, sí, Belial se sintió rápidamente bienvenido en esa gran casa del hombre, donde ahora también había un lugar para él. «También hay una habitación de recuerdos», recordó de repente el ego, recordando tiempos pasados. Sin subestimar en absoluto su importancia, Belial se apresuró a dirigirse hacia allí. Una vez allí, solo le esperaba una decepción. Una gran línea temporal dominaba la habitación y por todas partes colgaban tarjetas blancas con signos inexplicables. En cuanto intentaba arrancar una tarjeta, se quedaba con las manos vacías. Por mucho que lo intentara, no conseguía hacerla desaparecer. «Bah», pensó con deportividad, «una vez esto juega en mi contra, otra vez a mi favor. Espera a que coja ritmo... Esta sala pronto se me quedará pequeña», se animó, y cerró la puerta tras de sí. Tras este pequeño triunfo, Belial centró su atención en el objetivo supremo de su búsqueda y descendió al corazón del ser humano.

Al llegar, quedó muy impresionado por este órgano donde se libraría la batalla final. Con gran respeto, buscó con curiosidad una puerta para entrar en el corazón, pero desde fuera no se vislumbraba ninguna. Ninguna fuerza, ni siquiera la de su Creador, podía forzar la libre elección del corazón. La puerta del corazón solo podía ser abierta por el propio ser humano, desde dentro hacia fuera. Con cautela, Belial se retiró para no ofender al corazón del ser humano y, decidido, comenzó a trazar planes para ganárselo. Se retiró a la cámara de los pensamientos del ser humano. Belial comprendió que esta cámara de información contenía, por excelencia, la clave para llegar al corazón del ser humano.

Yahvé observaba con compasión cómo, en el jardín del Edén, el árbol del bien y del mal fue despojada poco a poco de todas sus manzanas verdes, una a una, hasta que no quedó ni un solo fruto agrio. Yahvé abrazó el tronco y prometió: «¡De ahora en adelante solo darás vida!». Una vez que tuvo la certeza de que el hombre y Belial habían abandonado el jardín del Edén, hizo que un querubín con la llama de la espada giratoria custodiara la alta puerta de entrada. Fuera de los muros del Edén reinarían de ahora en adelante fuerzas mixtas y el Edén debía mantenerse a toda costa a salvo como último refugio para la naturaleza no caída. Yahvé estaba afligido por las muchas desgracias que esperaban a sus criaturas fuera del Edén. Oh sí, Yahvé era poderoso, pero había una cosa que Yahvé no podía hacer: obligar al hombre a amarlo y a confiar en Él incondicionalmente. En Su omnipotencia, creó Su impotencia porque eligió resueltamente el amor. ¿Qué podía Él, que era el amor mismo?

¿Elegir otra cosa? Así como el agua solo puede ser agua de una manera, también el amor solo puede ser amor de una manera. Yahvé vio y escuchó desde lejos, y sin embargo tan cerca, las lágrimas del Hombre y de la Mujer, y así como Él había creado al ser humano a su imagen en sus corazones, también sus lágrimas se convirtieron en las Suyas. Yahvé mismo no derramó lágrimas, pero las llevó por ellos, y así sus lágrimas se convirtieron en las Suyas. El que es amor no sería amor si no le diera a su creación una segunda oportunidad. Decidido a salvar al hombre, abrazó el árbol y le habló al tronco: «Ahora que los frutos del mal te han abandonado, te pido que esperes con paciencia y prepares tu madera hasta que puedas volver a dar lo más elevado. ¡Hazte fuerte como la piedra hasta que llegue también tu hora de abandonar el Edén!». A través de las lágrimas portadoras de Yahvé, las lágrimas de la Mujer y del Hombre se abrieron también un camino profundo hasta la médula de la madera. De ahora en adelante, el árbol ya no se alimentaría de agua, sino de las lágrimas de todas las generaciones del Hombre y de la Mujer. Después, Yahvé se dirigió por última vez al Hombre y al Hombre-nin: «Os creé libres. Cuando paseábamos juntos por el jardín del Edén, os llamaba "nosotros", pero eso no os bastaba. Toda la creación nos pertenecía. Así os creé. Nunca tendríais que morir, siempre y cuando no comierais del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Pero experimentar el bien sin el mal no os bastaba. La alegría, el amor, la gratitud, la humildad, la sinceridad y la paz por sí solas no eran suficientes. No conocían las lágrimas y aún así no confiaban en Mí. Prefirieron acumular conocimiento sobre el

El mal por encima de la certeza de que el mal nunca tendría oportunidad de provocar enfermedad, dolor, disputas, soberbia, maledicencia y envidia. No confiasteis en Mi palabra. Preferisteis renunciar primero al bien y luego sufrir el mal. ¿Para vencerlo después lo antes posible? ¿Tirasteis primero todas vuestras armas antes de entablar la batalla contra un enemigo poderoso? ¿Abandonasteis primero a Yahvé para luego derrotar a Belial? Solo Yahvé puede vencer al mal. Y así quisisteis ser iguales a Yahvé. No corresponde al Hombre y a la Mujer llamarnos «Nosotros». A partir de ahora os llamaré Adán y Eva. Por amor a vosotros os dejaré morir, pues viviréis como esclavos de Belial y pocos de vuestros descendientes lograrán vislumbrar el Edén durante su vida. Así como de ahora en adelante será mucho más fácil hacer el mal, tanto más difícil será hacer el bien. Herir y causar daño será más fácil que sanar y curar. ¡Ya no me creísteis cuando caminaba junto a vosotros en el jardín del Edén! ¿Cómo será entonces para vuestros descendientes, que ni siquiera tendrán esa oportunidad? Generación tras generación, la brecha entre el hombre y Dios no hará más que profundizarse. Generación tras generación, vuestro corazón se endurecerá. Os sentiréis abandonados y rechazados por Mí, pero nada más lejos de la realidad. Mi corazón os anhela eternamente y sufre con vosotros. Yo llevo todas vuestras lágrimas. Por eso estaré más cerca de vosotros de lo que pensáis, pero vuestro corazón cerrado ya no puede verme fácilmente. Libres os he creado y libres os salvaré también. Os amo siempre».

El clamor de Eva no pasó desapercibido para Yahvé, y Yahvé se dirigió a

Eva en su vigilia. «"Dios mío, ¿por qué nos has abandonado?" ¿Estás segura de que quieres conocer la respuesta a tu pregunta?» «Sí, Señor», suplicaba cada fibra de su cuerpo.

«¿Estás segura de que quieres sufrir la venganza de Belial por Mi respuesta?»

«Sí, Señor».

«La respuesta es sencilla, pero tremendamente difícil. Creerás que te he abandonado, pero no te he abandonado. Es Belial quien te hará creer eso. Recuerda esto y tenlo siempre presente». «Sí, Señor». Y así sucedió. Eva repitió este pensamiento mil veces.

Diez revoluciones de la luna más tarde nació su primer hijo. Lo llamaron Caín, que en la antigua lengua del Edén significa «Hijo querido».

3. Ash' hadu

La prosperidad, la alegría y el éxito pueden ser de textura áspera y fibra gruesa, pero el dolor es lo más delicado de todo lo creado. No hay nada en todo el mundo del pensamiento que pueda conmoverlo, o el dolor resuena con latidos terribles y tiernamente intensos. La fina y temblorosa lámina de oro batido, que indica la dirección de fuerzas que el ojo no puede percibir, es, en comparación, tosca.

Oscar Wilde, De Profundis

«¿Ha vuelto ya Abel?», grita Adán con dificultad desde lejos, visiblemente sin haberse recuperado del todo de un invierno duro y difícil.

Abel es su hijo menor y, en la lengua de Edén, significa «El que ríe».

Adam mira a Eva con preocupación. Los años han marcado su piel y le han dejado profundas arrugas sobre los ojos. Su carga le pesa como un lastre sobre los hombros. Su espíritu acaba de recibir un nuevo soplo de vida.

«La luna ya ha completado tres ciclos. El Djebel Akhbar no está tan lejos de nosotros», no puede ocultar su temor por mucho tiempo.

Eva asiente con la cabeza, pero no comparte su miedo.

Djebel Akhbar, o «gran montaña», también se conoce como «la montaña que ve lejos». Eva no dice nada. Eva lleva años sin decir nada. No es que no pueda hablar. «Ash' hadu an la ilaha illa-llah», le responde a Adán, pero Adán no entiende ese idioma.

En el jardín del Edén, Belial ya se mostraba muy receloso de la Mujer. ¿Acaso no le había resultado muy difícil a Belial convencer a la Mujer de que comiera del árbol del conocimiento del bien y del mal? Cuando intentó persuadirla, se topó con su gran amor por Yahvé. Belial tuvo que sacar a relucir su veneno más letal para convencer a la Mujer. El Hombre nunca habría sobrevivido a tal dosis. Es cierto que convencer primero al Hombre habría sido mucho más sencillo, pero la Mujer nunca habría seguido al Hombre ciegamente sin más. Belial lo había calculado bien. El corazón de la Mujer era significativamente más grande que el del Hombre. La Mujer había sido creada para dar a luz a los hijos y dar a luz seguía siendo su naturaleza primera. Ni siquiera Belial podía cambiar eso, por mucho que lo deseara. Eva aterrorizó aún más a Belial cuando este vio colgadas en la habitación de los recuerdos de Eva las montones de tarjetas blancas, muchas más tarjetas que las de Adán, con una tarjeta blanca llamativamente grande en el centro de la habitación, como si todo fuera atraído hacia ese punto central, lo que hacía palidecer en gran medida a esa única tarjeta negra en la línea del tiempo. Presa del pánico, Belial corrió hacia la oscura habitación del ego de Eva, pero allí también solo encontró una figura enclenque que no se podía comparar en absoluto con el fuerte ego de Adán. Belial comprendió claramente lo amenazante que sería Eva para su gran plan y no se arriesgó. Tenía que silenciar a Eva. Nadie volvería a entenderla y rápidamente abrió

En la sala del habla había un rincón donde se hablaba una lengua totalmente desconocida. Tan pronto como los hijos de Eva empezaban a comprender algo de su lengua, Belial la cambiaba de inmediato, de modo que ni el inteligente Adán ni los niños fueron capaces jamás de entenderla. Cada cambio de idioma provocaba en Eva una gran conmoción. Era una prueba tan terrible que, tras repetirse varias veces, optó por miedo a no decir nada más, salvo esa única frase que repetía a diestro y siniestro con la silenciosa esperanza de que los niños la recordaran, sin por ello entenderla. Eva soportó con valentía la venganza de Belial. «Ash' hadu an la ilaha illa-llah».

«Ash' hadu an la ilaha illa-llah».

Belial era quizá el dueño de la elección del idioma, pero no tenía nada que oponer a la libre elección de palabras de Eva y esta frase le provocaba náuseas. Quería arrancarle la lengua a Eva, pero tuvo que observar impotente cómo Yahvé ocupaba cada vez más espacio en su corazón y velaba por su libre elección.

Sin embargo, todas las desgracias de Belial quedaron ampliamente compensadas por su posición real en ese inepto de Adán. Lo manipuló magistralmente. Por un lado, colmó su ego con los mayores superlativos posibles y convirtió su capacidad de razonamiento lógico y su inteligencia en su dios. Animó a Adán a racionalizar sus emociones hasta tal punto que este llegó a creer que las controlaba a la perfección. Le hizo matar en su interior todos los rasgos infantiles. Debía confiar solo en sí mismo, ya que era casi perfecto. Su ego no dejaba de crecer. Por otro lado, empujó a Adán conscientemente a los problemas, le dejó caer grotescamente en su

se le fue la cabeza. Así, Belial sacó a relucir el ego del hombre, como un gallo que entra solemnemente en el montón de estiércol, para acabar, como era de esperar, con Eva cargando con toda la culpa. Adam no paraba de insistir en que ella era la responsable y que había sido ella quien le había hecho comer la manzana, por lo que tuvieron que abandonar el jardín del Edén. Pero un día todo salió mal. Muy mal.

Mientras los dos niños, escondidos bajo pieles de animales, escuchaban a escondidas y se estremecían ante cada horrible reproche de Adán hacia Eva, y luego oían una y otra vez a su madre responder con lágrimas en la voz «Ash' hadu an la ilaha illa-llah», Belial avivaba paso a paso la ira de Adán. Adán comenzó a imitar sus palabras sin sentido y la imitó de forma bestial, como si fuera una fanática enloquecida que hablaba el idioma de alguna especie de mono. Belial se partía de risa. Adán perdió por completo el control y se dispuso a golpearla.

Ese fue un punto de inflexión. Un punto de inflexión absoluto para el pequeño Abel, que corrió directamente hacia su madre, la abrazó con sus pequeños brazos para protegerla y le susurró suavemente al oído las palabras «Ash' hadu an la ilaha illa-llah», pronunciadas a la perfección. Eva respondió entre sollozos, agradecida, con «Ash' hadu an la ilaha illa-llah» y, con una débil sonrisa de consuelo, acarició a Abel por el pelo. Belial se quedó clavado al suelo como por un rayo y no supo qué responderle a ese niño. La furia de Adán se detuvo abruptamente y, gimiendo frenéticamente de arrepentimiento, salió corriendo, seguido de cerca por Caín, que temía que su padre se hiciera daño. El pequeño Abel había arruinado la fiesta de Belial y, a partir de entonces,

Belial consideraba a Abel su objetivo principal. Al fin y al cabo, esto era algo nuevo para Belial. No podía hacer nada contra el recuerdo de Eva, pero contra un niño que nunca había conocido el Edén, ¡seguro que lo conseguiría! Su odio y, al mismo tiempo, su fascinación por el niño crecían por momentos, y rápidamente se retiró cuando sintió que Yahvé se acercaba.

Yahvé se entristeció ante aquel triste espectáculo y sintió especial compasión por Adán. Este estaba sentado fuera de la cueva, sobre un peñasco, y miraba directamente a los ojos del preocupado Caín. En los ojos oscuros y hermosos de Caín reconoció al niño que él mismo nunca había sido y nunca habría podido ser en el Edén. Los ojos de Caín funcionaban como una llave que abría la puerta de su habitación de los recuerdos y Adán entró con cierta timidez en ese lugar tan especial. Siguió su línea temporal y vio que, en los últimos años, a menudo solo había cartas negras. Intuitivamente, se adelantó hasta el lugar donde las cartas blancas aún se alternaban abundantemente con las negras. Buscó a tientas la primera carta negra y revivió con detalle cómo arrebató la manzana de la mano de Eva antes de que ella pudiera siquiera comerla. Volvió a sentir la avidez, la envidia y el orgullo de no querer ser inferior a la Mujer. Ahora comprendía cómo él, el Hombre, en realidad ya había caído antes de caer. Le dolía y rápidamente se aferró a la siguiente tarjeta negra y vio cómo aquella primera noche se abalanzó brutalmente sobre la mujer y quiso poseerla por completo. Todo eso le dolía tanto en el corazón que Adán ya no se atrevía a mirar la gran cantidad de cartas blancas de la era del Edén y se conformó con la siguiente, una pequeña carta blanca en la que veía cómo, aquella noche oscura, luchaba consigo mismo para decirle a Eva «lo siento». Eso lo alivió

pero solo por un momento el fuego en su corazón, pero le dio esperanza sentir cómo una tarjeta tan pequeña podía significar tanto. Lleno de esperanza, cogió la siguiente tarjeta blanca, que era bastante más grande que la anterior: «Al menos finjamos que...», le susurró al oído aquella fatídica noche, y se acurrucó con cuidado junto a ella.

«Al menos finjamos». Era blanco. La tarjeta ni siquiera era pequeña. Ahora lo veía con sus propios ojos. Qué extraño, pensó Adams en un instante, cómo había creído todos esos años que se trataba de un pensamiento sin valor y erróneo, que era incorrecto porque no respaldaba un acto realmente sincero. ¿Acaso fingir no tenía que ser siempre una mentira? ¿No era así por definición? ¿Cómo se puede hacer el bien fingiendo conscientemente? ¿En qué se había equivocado? ¿En qué más se habría equivocado? Asombrado, siguió recorriendo la línea temporal hasta el final. Pasó por un montón de cartas negras y, ante la carta más reciente, negra como la tinta, grande y fresca, echó un vistazo atrás, hacia el primigenio y lejano comienzo del que provenía una luz radiante y deslumbrante. Adam comprendió entonces lo que debía hacer y cerró la habitación tras de sí, despertó agradecido en los ojos de Caín, sonrió, le tomó de la mano y juntos entraron en la cueva.

El miedo aún se reflejaba en los ojos de Eva. Caín se apartó de Adán y se abalanzó sobre ella. Abel escrutaba febrilmente cada rasgo del rostro de Adán mientras protegía a su madre.

Adán se encontraba ahora frente a los tres. Se arrodilló ante ellos e inclinó la cabeza, avergonzado.

«Lo siento. Ash' hadu an la ilaha illa-llah», dijo Adán con

acento perfecto, como si entendiera algo de ello. Fingía. Con los ojos húmedos, miró a los ojos de Eva. Eva y los niños se acercaron a él.
Todos se unieron como eslabones de una cadena.
«Ash' hadu an la ilaha illa-llah», recitaron al unísono.

Con un cuidado y un amor excepcionales por su sufrimiento, Yahvé recogió sus preciosas lágrimas, las mezcló hasta convertirlas en el bien más preciado y se dirigió al jardín del Edén para alimentar con ellas el tronco del árbol del bien.
Aquella noche, Eva y Adán durmieron desnudos uno junto al otro como antaño y, por primera vez desde el Edén, Adán volvió a sentir amor en su corazón. Sin fingir.

Belial se estremeció solo por un instante ante el poder de Yahvé. Aunque había perdido la batalla en Adán y Eva, no había perdido la guerra en su descendencia. El tiempo jugaría indiscutiblemente a su favor y haría que todos los recuerdos del jardín del Edén se desvanecieran poco a poco en su descendencia. «La paciencia es una virtud hermosa, y la paciencia ante el mal, aún más hermosa», afirmó Belial con seguridad.

4. NOSTALGIA

Cuando acababa de ingresar en prisión, algunas personas me aconsejaron que intentara olvidar quién era. Fue un consejo nefasto. Solo al tomar conciencia de lo que soy he encontrado algo de consuelo. Ahora otros me aconsejan de nuevo que, cuando me pongan en libertad, haga todo lo posible por olvidar que alguna vez en mi vida estuve en una cárcel. Sé que eso sería igualmente fatal. Significaría que me perseguiría para siempre un insoportable sentimiento de vergüenza, y que aquellas cosas que están destinadas tanto para mí como para cualquier otra persona —la belleza del sol y la luna, el desfile festivo de las estaciones, la música del amanecer y el silencio de las grandes noches, la lluvia que cae entre las hojas o el rocío que se desliza sobre la hierba y la platea, que todo eso se vería mancillado para mí y perdería su poder sanador y su fuerza que transmite alegría.

OSCAR WILDE, DE PROFUNDIS

Los años que siguieron fueron los más felices para Adán y Eva desde su salida del Edén.

No es que todo fuera más fácil, pero todo transcurría de otra manera. Al igual que durante años se habían alejado cada vez más espiritualmente del Edén, ahora por fin pudieron ponerle fin a ello y se atrevieron a mirar atrás con espíritu crítico. Cometían errores a menudo, pero habían encontrado un camino que no era evidente

para tratarnos con más cariño. Belial siempre acechaba a Eva, pero Eva no se quedaba atrás con Belial. Eva no pronunciaba ningún sonido ni palabra, salvo esa única frase que seguía siendo un enigma para Adán y los niños. A Abel, sobre todo, le gustaba recitar la frase en todas las variantes posibles. Riendo, susurrando, cantando, gritando; Eva siempre le agradecía con una sonrisa radiante. Una vez, Abel se atrevió a convertir la frase en algo ridículo, pero la expresión de Eva le hizo cambiar rápidamente de tono. Así, Abel supo con certeza que esos sonidos significaban algo. Algo muy importante, y le suplicó a Eva: «Vamos, mamá, ¿qué significa esto? ¡Dímelo!». Eva se acercó a él en tono burlón, como si finalmente fuera a revelar su gran secreto, y con una lentitud exasperante comenzó: «Aaaa... sjhaaa doe' an...» y entonces Abel, a su vez, fingió enfadarse mucho y se alejó, para volver a mirar atrás rápidamente, riendo. Abel no había robado su nombre, «El que ríe». Amaba con todo su corazón a sus padres. A los ojos de los humanos, esto parecía un juego trivial entre madre e hijo. Pero para Belial y Miguel significaba mucho más. Belial se enfadaba muchísimo y Miguel se complacía, pues ambos veían lo que veían: un germen de vida espiritual en ciernes en el joven y ávido de aprender Abel. Cuanto más envejecía Eva, más empezaba a apreciar el hecho de no hablar. Pronto se dio cuenta de que, de esa manera, tampoco podía herir a su marido con palabras ni hacer daño a los niños sin darse cuenta. Esto la hizo muy querida a los ojos de Yahvé y, cuanto más podía sentir a Yahvé de nuevo en su corazón, más empezaba a considerar la discapacidad que le había impuesto Belial como un regalo. Al mantener la boca cerrada, podía su

abrir más su corazón y escuchar mejor lo que se movía en lo más profundo de él. Así como antes guardaba silencio por miedo a Belial, ahora lo hacía por amor a Yahvé. Recordaba vívidamente lo que Yahvé les había dicho: «Herir y causar daño es más fácil que sanar y curar». Había podido experimentar en carne propia lo profundamente que las palabras de Adán podían atravesarle el corazón como un cuchillo. Por eso sentía cada vez más compasión por Adam, que se veía obligado a hablar con los niños, a educarlos, a reprenderlos o a recompensarlos. Sobre todo cuando Adam estaba cansado, a menudo le oía hablar con demasiada dureza. Eso la sumía una y otra vez en un conflicto de conciencia y amenazaba con hacerla hablar por culpa. Inmediatamente recurría entonces al último consejo de Yahvé: «Es Belial quien te hace pensar eso», y a continuación se concentraba en dedicarle a Adam un poco más de atención y amor. Le susurraba suavemente al oído: «Ash' hadu an la ilaha illa-llah». A Adán le llamó la atención cómo su voz y su timbre se habían vuelto más tranquilizadores y cada vez más suaves con el paso de los años. Eso le animaba a hablar él también más bajo y a ser más parco con las palabras, incluso cuando se enfadaba por alguna de las bromas a menudo estúpidas de Abel. El mero hecho de que Adán empezara a tenerla más en cuenta había cambiado por completo la situación para Eva. Después de todo, Adán también dudaba cada vez más. Demasiadas veces había tenido que descubrir que lo que parecía bueno no siempre lo era, o que lo que parecía malo también podía ser bueno. ¿Cuánto tiempo le había costado darse cuenta de que «fingir» no siempre era malo? Y aun así, le costó mucho esfuerzo mental aprender cuándo sí y cuándo no.

Cuando él le planteaba algo a Eva y ella estaba segura de que estaba bien, lo confirmaba simplemente con un «Ash' hadu». Para negarlo, negaba con la cabeza. Pero, por lo general, también ella tenía que admitir, encogiéndose de hombros, que no lo sabía o que no se atrevía a juzgar. Así de difícil resultaba a menudo no perderse en aquel bosque extraño y oscuro. La escasa luz que a veces se filtraba entre las copas de los árboles resultaba a veces ser solo un señuelo para caer en una trampa. Otras veces, las sombras, gracias al juego de la luz y las copas, dibujaban en el suelo figuras sorprendentes que sí proporcionaban indicaciones fiables, pero les costó muchos tropiezos y caídas antes de poder comprender su significado. No era un juego. Era algo serio. Los errores se pagaban caro. ¿Dónde estaba el tiempo despreocupado del puro disfrute de la hermosa naturaleza del Edén? Una pregunta que surgía constantemente entre ambos era cuándo Adam les contaría a los chicos sobre el Edén, sobre lo que había sucedido y cómo habían acabado en estas difíciles condiciones de vida. ¿Acaso no les había confiado Yahvé que pocos de sus descendientes llegarían a vislumbrar el Edén? Esto implicaba sin ambages que aún era posible y, entonces, sus queridos hijos debían tener la oportunidad de recuperar lo que ellos habían perdido. Que algún día tendrían que contárselo a sus hijos, era indiscutible. Pero, ¿cuándo sería el momento adecuado? Demasiado pronto y sería como perlas a los cerdos; demasiado tarde y simplemente sería demasiado tarde. A menudo, Adán le preguntaba a Eva: «¿Qué te parece? ¿Ahora?». Y ella negaba con la cabeza. Eva no creía que fuera el momento adecuado. Abel, con sus catorce años, era aún demasiado joven. Sin embargo, para Caín, cuatro años mayor y mucho más maduro, no podía tardar mucho más.

Por mucho que les preocupara, otras fuerzas tomarían la decisión al respecto.

Por suerte, los dos hermanos tenían menos preocupaciones. Se querían mucho, pero también eran muy diferentes. Abel admiraba a su hermano mayor, que era muy hábil, le gustaba trabajar y se sentía muy responsable de su hermano pequeño. Abel era más bien un travieso y un gran amante de los animales. Los animales hacían cola, por así decirlo, para que él los domesticara. Era como si se contaran entre ellos la vida de lujo que iban a disfrutar: comida a todas horas y, en invierno, un lugar cálido en la cueva. Sobre todo los pájaros estaban muy interesados en Abel, y este fingía que podía hablar con ellos, para gran regocijo de Caín. Pero había un animal para el que no existía rival alguno: Loep. Abel había salvado una vez al cachorro de lobo, que había caído en un barranco al que solo el pequeño y delgado Abel podía llegar. Criado con leche de cabra, el joven lobo se convirtió en el gran y fuerte amigo de Abel. Desde pequeño, Adán le permitía a Abel cuidar de las cabras y, junto con su fiel lobo Loep, salía con ellas al campo. Adam contaba con Loep para proteger a su hijo del peligro. De Eva, Abel había aprendido cómo sonidos aparentemente sin sentido podían tener significado, y astutamente aplicó esta lección a Loep. Aprendió a hablar con Loep imitando perfectamente sus sonidos y rimándolos con acontecimientos o circunstancias. Funcionó. Con combinaciones sorprendentes, logró darle a Loep órdenes muy específicas: «Tengo sed de agua» o «Tengo sed de leche», y Loep sabía distinguir perfectamente la diferencia. «Loep no se

«Como quieras», afirmó Abel también en un momento único de seriedad. Abel siempre «daba las gracias» a Loep en lenguaje de lobos cada vez que este hacía lo que él le pedía. Caín admiraba la hazaña de Abel. «¡Tenemos un hermanito más!», le felicitó Caín e intentó hacerlo él mismo de inmediato, para diversión de ambos ante el lamentable resultado. Loep disfrutaba de la atención, pero era sobre todo Adán quien disfrutaba en secreto. Porque era el bálsamo para esa vieja herida llamada Edén, cuando él y Eva hablaban con todos los animales y habían podido ponerles ellos mismos sus nombres. Conocían a cada animal, insecto o planta como nadie, porque en otro tiempo habían convivido con ellos en perfecta armonía. Ver ahora cómo Abel, totalmente ajeno al Edén, hablaba con Loep era para Adán la prueba de que tal vez el Edén pudiera recuperarse algún día. Dio gracias a Yahvé por ese destello de esperanza y por esa vaga sensación de cercanía. «¡Ash' hadu!», gritó en voz alta y alegre desde lejos a Eva. Aunque no sabía lo que gritaba, siempre le hacía bien verla reír. Por muy felices que se sintieran a menudo Adán y Eva, nada podía borrar el recuerdo más oscuro de su cámara de la memoria. Adán intentó una vez más fingir. Pero con el Edén no lo conseguía. Simplemente no lo conseguía. Porque cada planta, cada animal, cada insecto, cada soplo de viento o incluso la más pequeña gota de lluvia le hacían pensar en Yahvé y en el Edén. La nostalgia era grande, casi insoportable, y tampoco sería soportable si Yahvé no siguiera sosteniéndolos entre bastidores. Cuanto más espacio recuperaba Yahvé en sus corazones, más anhelaban acercarse cada vez más a Él. Así, la nostalgia se reveló como una fuerza primigenia, como la base del instinto humano, como un recuerdo imborrable del amor.

¿Y Belial?

Lo tenía todo preparado. La ofensiva final podía comenzar. La red se había tejido minuciosamente con hilos invisibles e innumerables nudos. Se había entrenado para adoptar todas las formas. En toda la naturaleza había ocupado plenamente el lugar que le correspondía. Todo lo que antes solo existía en el «bien», a partir de entonces existía también en el «mal». Una suave brisa de verano podía ser ahora también un huracán infernal. Había visitado con maestría a todos los animales, insectos y plantas, y en todas partes dejaba ahora también ejemplares «malos». Las plantas o animales venenosos se convirtieron en una especialidad. Todo, sí, todo, prometió Belial solemnemente revelar al hombre lo que este había pedido conocer. Belial se lo ofrecería en bandeja de oro. Obtendrían lo que pedían y él desató de inmediato a sus legiones.

5. A LA CAZA DE

Detrás de la alegría y la risa puede esconderse un ánimo grosero, duro e insensible. Pero detrás del dolor siempre se esconde el dolor. El sufrimiento, a diferencia de la alegría, no lleva máscara. La verdad en el arte no es en absoluto una correspondencia entre la realidad ideal y la forma de existencia fortuita, no es la semejanza de la figura con su sombra, ni del reflejo en el cristal con la propia figura; no es un eco que responde desde el hueco de la colina, ni tampoco es un espejo de agua plateado en el valle, que muestra la luna a la luna y a Narciso a Narciso. La verdad en el arte es la unidad de una cosa consigo misma, lo externo convertido en expresión de lo interno, la encarnación del alma, el cuerpo impregnado del espíritu. Por eso no hay verdad comparable al dolor. Hay momentos en que el dolor me parece ser la única verdad. Otras cosas son quizá engaños de la vista o del deseo, cosas que solo existen para deslumbrar a la vista o saciar el deseo, pero los mundos están construidos a partir del dolor, y ningún niño ni estrella nace sin dolor. Donde hay dolor, allí hay tierra consagrada.

OSCAR WILDE, DE PROFUNDIS

Pieles.

La caza de pieles.

De eso se trataba desde el principio.

Pieles para vestirse, cubrirse, protegerse, calentarse, para fabricar objetos de uso cotidiano como cuerdas y bolsas. Casi tan importantes como la comida.

Decir que «cazaban pieles» era, en realidad, exagerado. Se trataba más bien de encontrar pieles, ya que matar animales para ello era imposible y, para Adán y, sin duda, para Eva, algo impensable. Cuando abandonaron el Edén, Yahvé les concedió pieles de animales para cubrir su desnudez y, por definición, lo que procedía de Yahvé les resultaba perfectamente aceptable. ¿Pero matar animales por las pieles? Eso era imposible bajo ninguna circunstancia. Por eso, Adán se vio obligado a buscar cadáveres frescos y desollarlos. Sin embargo, fue un shock para Adán ver cómo los animales de repente cazaban a otras especies, mientras que en el Edén vivían fraternalmente unos junto a otros. Encontrar animales recién muertos en los primeros años resultó bastante fácil. Los depredadores reconocían a Adam como el Hombre del Edén que les había dado nombre y se apartaban sin muchos problemas hasta que él les había desollado la piel con destreza. Además, él no tocaba la carne de sus presas y a ellos les resultaba más fácil no tener que masticar esas pieles duras, sobre todo cuando tenían que alimentar a sus cachorros. Pero no muchos años después, su comportamiento hacia Adán cambió y los depredadores se volvieron más feroces y agresivos. A Adán le resultaba imposible seguir despellejando solo sin correr el riesgo de convertirse él mismo en presa, así que decidió llevarse a Caín para mantener a raya a los depredadores con fuego, mientras él actuaba con la rapidez del rayo para despellejar el cadáver. Caín llevaba días deseando salir con su padre a recorrer los vastos alrededores. Disfrutaba del peligro. La sensación de ser corresponsable de la seguridad de su padre al cubrirle las espaldas agudizaba su

la confianza en sí mismo y forjó un vínculo muy fuerte entre ambos. Pero, por razones inexplicables, la caza fue cada vez menos fructífera durante el último año. Cuando por fin se topaban con un cadáver, a menudo estaba tan podrido o destrozado que la piel no servía para nada. Muchas veces seguidas regresaban a casa de una cacería infructuosa y, mientras trabajaban en el campo, Caín acribillaba a Adán con preguntas. «¿Por qué no hacemos una trampa para cazar nosotros mismos a nuestras presas, en lugar de perder el tiempo esperando a que un depredador venga en nuestra ayuda?» Las discusiones sobre este tema delicado y de vital importancia se volvían cada vez más acaloradas e incluso más agrias. Adán comprendía la lógica de Caín, pero no lograba hacerle entender que no le correspondía al ser humano matar animales. «¿Acaso no lo hacen muchos animales? ¿Acaso Yahvé no se lo impide?». «Precisamente por eso: nosotros no somos animales», respondió Adán, acallando hábilmente a Caín. Poco a poco, Caín perdió la paciencia y replicó con sarcasmo: «¿Por qué entonces tu Yahvé no nos ayuda? ¿Por qué nos lo pone tan difícil? ¡Se nos permite hacer menos que a los demás animales porque se supone que somos superiores! ¿Me lo explicas eso?». Aquello dio en el blanco. Adán guardó silencio y también él se sintió abandonado por Yahvé. Adam guardó silencio. Siguió cortando. Desesperadamente. ¿Cómo iba a explicar lo imposible? Se sentía profundamente avergonzado porque no lo conseguía. Se sentía, más que nunca, como un niño castigado. La vergüenza le golpeó como un mazazo, como si el cielo se le cayera encima. Le hizo recordar la página más negra de su vida, al Yahvé castigador, aunque sabía con certeza que eso no era cierto, pues él mismo era responsable de sus actos. Pero, por desgracia...

Sin embargo, con el paso de los años, precisamente uno de esos pocos pensamientos acertados quedó relegado al olvido. Ya no podía sentir la clemencia de Yahvé ni recordar que Yahvé les había proporcionado las pieles para aliviar el dolor de su vergüenza. Al contrario, ahora percibía la vergüenza y el hecho de ocultarla más bien como un estigma. Todo se sentía cada vez más como un castigo. Vivir con normalidad y ser feliz se volvió extremadamente difícil fuera del Edén y a menudo requería un esfuerzo desmesurado para lo que a la postre aportaba. Era como si de repente tuviera que aprenderlo todo de nuevo: caminar sin caerse, hablar sin tartamudear para encontrar las palabras correctas, actuar sin dudar. Al abandonar el Edén, todo cambió de golpe y se sentía cada vez más tonto en lugar de convertirse en un ser más sensato. Y cuando alguna vez creía entender algo, le parecía pura tontería que había logrado disfrazarse de sensatez. Las cosas malas le parecían una tontería. Las cosas buenas le parecían aún más absurdas. No solo se ponían a prueba su razón y sus sentimientos, sino también todo su sentido de la realidad. Como si protagonizara una pesadilla de la que no podía despertar. Cuando Yahvé creó a la Mujer a partir de su costilla, era evidente que él lo experimentó entonces como el mayor regalo que Yahvé podía darle, porque también se daba cuenta de que él, el Hombre, no tenía ningún mérito en ello. Ni siquiera tenía que pensar en esos términos. Ni siquiera tenía que desearlo porque no había ningún vacío. Pero precisamente a partir de esa insignificante costilla se creó a la mujer, mucho más hermosa, que existiría perfectamente por sí misma, lo que le permitía a él, a su vez, ser el regalo perfecto para ella en plena complementariedad. Sentían

se aceptaban mutuamente sin el menor esfuerzo, en equilibrio, sin la más mínima diferencia de estatus. Yahvé evitó así que pudiera surgir siquiera un atisbo de vacío o de diferencia. Era un regalo por un regalo a través de un regalo para convertirse uno mismo en un regalo de un regalo: no había otra vía, no cabía pensar en otra cosa. Entonces. En el Edén ni siquiera había que pensar en ello, era una evidencia. Entonces. Así vivía como por sí solo. Así respiraba como por sí solo. Entonces. Este era el espíritu del Edén. La Mujer no era su esposa y el Hombre no era su marido. Era tan difícil recuperar los detalles de ello. Adán se devanaba los sesos febrilmente. El dolor de la pérdida del espíritu, que vagaba por todo el Edén, una vez fuera del Edén buscaba su vía de escape en los meandros de una encarnizada lucha por la supervivencia, día tras día. Lo que aún recordaba de lo contrario, una vez fuera del Edén, era, por desgracia, más fácil de evocar para la mente. La persona de Adam ya no sentía esa igualdad, sino que rápidamente degradó a Eva a su banal costilla, un pedazo de propiedad, en aquella primera noche. A la inversa, Eva se sintió de repente como una criatura inferior, creada «solo» a partir de la costilla de un hombre. Ambos debían ahora emprender el largo camino de regreso al Hombre y a la Mujer desde el Edén, con más tropiezos que aciertos. De repente, todo se había vuelto contraproducente y nada parecía ya, a primera vista, realmente infantilmente fiable, precisamente porque ya no podían experimentarlo como un niño y se daban cuenta de que nunca habían sido niños porque nunca tuvieron que serlo en el Edén. «¿Cómo puedo explicar lo imposible?», le rondaba constantemente por la cabeza. Y él seguía cavando como un poseso en el suelo del campo, demasiado seco,

mientras Caín apenas podía soportar el silencio que se había instalado y la tensión palpable en medio del ritmo frenético de los golpes. Parecía querer expresar palabras apresuradas en un lenguaje codificado caótico e indescifrable. Caín siguió golpeando. Pero lo hacía más despacio. Cada vez más despacio. Cada golpe se clavaba en la tierra, pero también en el respeto hacia su padre. Cada golpe le hacía alejarse más. Cada vez menos conectado, se sentía más y más superfluo para este anciano ensimismado, para este hombre estúpido, para este hombre que no asumía su responsabilidad con su familia cuando el invierno no estaba tan lejos. Oh, sí, Caín se sentía responsable de la familia para empezar a tomar decisiones poco a poco con el fin de que todos juntos sobrevivieran al invierno. Su hacha golpeaba cada vez más lento; cada tajo no era más que esperar a que se detuviera. Caín se detuvo y miró a Adán. Este, deliberadamente, no levantó la vista y se puso a golpear con más fuerza aún. Ahora se sentía como un padre que había fracasado por completo. Ya no era nada. Ya no era hijo de Yahvé, ni padre de Caín. Caín dejó caer ostentosamente su hacha y volvió a mirar a Adán. Una vez más, Adán fingió no ver nada y le dio toda la razón a su hijo. No se sentía un fracasado, lo era. ¿No les había prometido Yahvé que podrían morir? Que entonces desatara ahora su rayo sobre él, pero ni siquiera eso le concedía. Desesperado, Adán estaba atrapado en el ritmo de los golpes de su hacha. La misericordia que Yahvé no le concedía, su talón la asumió ahora generosamente y ya no lo soltaba. Su talón seguía acelerando el ritmo. Golpear, golpear, golpear, golpear. Eso era lo único a lo que aún se atrevía a entregarse con plena confianza. Lo único que sabía que aún

Lo correcto era: remover la tierra para sembrar y tener comida para el invierno. Eso no podía estar mal. Eso tenía que significar cuidar de su familia. Cavar, cavar, cavar, cavar, cavar, cavar, cavar, cavar, cavar. Caín esperaba y deseaba que Adán al menos se detuviera un momento y levantara la vista. Pero la azada no le respondía y Adán no podía. Caín se dio la vuelta, se marchó y no volvió a mirar atrás. Decidido, porque no veía otra salida. Inseguro, porque cortar el cordón umbilical con su padre le resultaba tan incómodo y extraño. En cuanto Adam se quedó solo, se desplomó exhausto, con la cara hundida en la tierra recién removida. Jadeaba, la tierra se le metía en las vías respiratorias y se asfixiaba. Quería morir. Ya había tenido suficiente. Todas las conexiones entre sus neuronas fallaron y perdió el conocimiento.
Yahvé observaba impotente. Impotente porque el libre Adán
le negaba tan descaradamente. Belial no tenía que hacer nada. Simplemente disfrutaba.
Caín se dirigió a la cueva. Eva se sorprendió al verlo regresar tan pronto del campo. Vio a un hombre adulto acercarse a ella con mucha tranquilidad, seguro de sí mismo y digno. Sintió y vio que algo había sucedido. «Ash' hadu, madre», comenzó él, «esta noche no voy a dormir en la cueva. No te preocupes. Dentro de unos días volveré por la mañana para trabajar en el campo con padre. Necesito tiempo para pensar». Le dio un abrazo a Eva y se marchó sin más. Cuando ya se había alejado bastante en dirección al río, ella le gritó a voz en cuello: «¡Ash' hadu!». Él se volvió y levantó la mano. Eva lo miró fijamente todo lo que pudo y esperó pacientemente a

la llegada de Adán. Ni siquiera sabía dónde estaban todos los campos. Tanto tiempo llevaba alejada de lo que sucedía fuera y alrededor de la cueva. Le había pasado lo mismo que con el habla; sentía que cuanto más se aislaba de su entorno más cercano, más vivo podía mantener en su corazón el recuerdo de Yahvé.

Caín sabía adónde se dirigía. Hacía tiempo que había encontrado un lugar, seguro, bien protegido e imposible de localizar. Durante la estación seca, en una ocasión había remontado el río río arriba, aprovechando que el nivel del agua estaba bajo. Mientras vadeaba el río en una gigantesca garganta, de repente divisó en lo alto de la pared una amplia cueva que le llamó inmediatamente la atención. Se fijó bien en el lugar. Memorizó la fauna y los árboles del borde del desfiladero, donde un gran fresno proyectaba su sombra de forma prominente en el interior. En cuanto vio la oportunidad, se dirigió al fresno, cogió una cuerda de cuero y descendió. Era peligroso, con un río turbulento salpicado de rocas a sus pies. La cueva en sí resultó ser espaciosa, cómoda e inaccesible para los depredadores. Con el tiempo, ya había acumulado allí un buen montón de pieles viejas y utensilios. Se convirtió en su lugar. No se lo comentó a Abel por miedo a que este hiciera el mismo peligroso descenso en ausencia de Caín. En verano tenía la ventaja de que el nivel del agua era bajo, por lo que con otra cuerda podía descender fácilmente hasta el río y ahorrar fuerzas. Desde la meseta hasta su cueva y desde la cueva hacia abajo, al río, y así de vuelta a la superficie. En la temporada de lluvias era un trabajo duro, porque entonces no podía usar el río como salida y tenía que escalar. También allí se

Se fue haciendo más ágil y, poco a poco, fue haciendo salientes y escalones en la pared que le servían de ayuda. Con cuerdas adicionales atadas a una rama fuerte y saliente del fresno, hizo un práctico lazo para bajar cargas. Lo que comenzó como un juego de niño se fue convirtiendo cada vez más en la seriedad de un adulto.

Abel regresaba aquella tarde con las cabras, guiadas con destreza por Loep. Un sol perezoso comenzaba a depositar su luz sobre la alargada forma de hoz de la luna y él anhelaba el calor y la calidez de la cueva. Ya desde lejos se dio cuenta de que algo iba mal. Eva estaba agitando los brazos con fuerza para llamar su atención. Rápidamente le ordenó a Loep que se ocupara de las cabras y él corrió tan rápido como pudo hacia Eva. «¿Qué pasa? ¿Dónde están Caín y papá?». Y ella se encogió de hombros con ojos asustados. «Vale, voy a echar un vistazo a los campos ahora mismo y dile a Loep que me siga en cuanto haya metido a las cabras en el establo», gritó, olvidando en su pánico que su madre nunca hablaba. Tenía que darse prisa antes de que anocheciera. Corrió. No sabía por dónde empezar. Entonces, primero al campo que había junto al río. Luego, cuesta arriba, cruzando la primera colina. Después, siguió hacia la parcela más alta. Loep ya lo había alcanzado y, sin aliento, se detuvo, con los pulmones a punto de estallar por el esfuerzo. Intentó hablar en el idioma de Loep, pero su voz le falló. Loep no necesitaba palabras y se marchó. Poco después oyó aullar al lobo. Un aullido prolongado y lastimero. «Ve rápido», fue el mensaje, y Abel vio en la penumbra a Loep haciendo guardia junto a lo que parecía una figura tendida. Con un grito de «¡Padre!», giró a Adam y enseguida se dio cuenta de lo mal que estaba.

estaba a punto de morir. Apenas respiraba y la luna naciente hacía que su piel pareciera aún más pálida y sin vida. Adam estaba helado al tacto y Abel se abalanzó intuitivamente sobre él para calentarlo. —Loep, pieles, Eva —ordenó a Loep, que ya se había alejado corriendo. Mientras tanto, no dejaba de hablarle a Adán y le despejaba las vías respiratorias con los dedos—. ¡No te mueras, padre! ¡Sigue respirando! ¿Dónde está Caín? ¿Caín? ¿Qué ha pasado? —Vio el talón de Caín no muy lejos de allí—. ¡Caíííín! ¡Caíííín! Dejó de gritar rápidamente para volver a ocuparse de Adán. Se quitó su propia piel y se la puso a Adán. Se acurrucó contra él y lo frotó para calentarlo donde pudo. Loep regresó un poco más tarde con una piel bien enrollada atada a su pecho. Rápidamente, Abel liberó a Loep de su carga y le pidió que volviera con Eva y se quedara con ella. Abel estaba muy preocupado por lo que estaba pasando. ¿Dónde estaba Caín? Se acurrucó bajo la piel junto a Adán y quiso insuflarle aliento de vida. Le contó lo mucho que quería a su padre, lo mucho que lo admiraba, lo mucho que lamentaba las travesuras que no siempre caían bien y lo mucho que apreciaba todo lo que Adán había hecho por él. Pero, en plena noche, también le habló de sus miedos, de lo mucho que él también sufría por las tensiones de los últimos meses. Le contó a Adán cómo veía que su madre también lo estaba pasando mal, cuánto le aterrorizaba el invierno que se avecinaba porque la cosecha amenazaba con fracasar a causa de la sequía temprana y se preguntaba cómo iban a poder pasar el invierno. Le contó lo mucho que quería a su hermano, lo importante que era Caín para él, y también expresó su pesar por haber sido él, Abel, el que jugaba...

pájaro, que tan poco aportaba a la familia. Prometió que, a partir de ese momento, se esforzaría más cuando Adam se recuperara. Sí, a partir de ahora ayudaría más a su padre y a Caín en el campo. Se lo prometió de todas las formas posibles. En un largo suspiro de desesperanza. En una acusación contra su propio fracaso. Si a Abel le quedaba aún una pizca de infantilismo, la perdió aquella noche. A lo lejos oyó el aullido de Loep, que le anunciaba que Eva estaba bien, y cayó rendido en el sueño, acurrucado contra su padre.

Al amanecer, lo despertaron suavemente. Loep ya estaba esperando pacientemente junto a su dueño. Caín había oído los aullidos de Loep durante la noche y comprendió que había un problema, pero luego se tranquilizó al recibir el último mensaje de Loep. Sin embargo, no se sentía del todo tranquilo. Su presentimiento lo había llevado, al amanecer, al campo donde había dejado a su padre. Consternado, vio desde lejos a Loep y un montón de pieles, y aceleró el paso. Abel se despertó aturdido y preguntó de inmediato: «¿Qué ha pasado?». «Ya luego, primero papá», respondió Caín, y comprobó que Adán respiraba con regularidad y empezaba poco a poco a dar señales de vida. «Voy a ver a mamá y vuelvo enseguida», dijo. Abel se alegró tanto de ver a su hermano que enseguida recuperó la esperanza de que todo saliera bien ahora que Caín se hacía cargo de Adam. De camino hacia Eva, sentimientos contradictorios se enfrentaban en la mente de Caín, desde la ira hasta el amor extremo. Se le presentaban todos los matices y grados de culpa. El encuentro con su madre fue un poco incómodo. Ella no había pegado ojo. Tampoco él. Pero am...

Se sintieron aliviados al verse. A Caín le dolía mucho ver el amor incondicional que su madre sentía por su marido. El hombre que también era su padre, con quien había entrado en conflicto y que ahora le obligaba a luchar contra un sentimiento de culpa, movido por el sentido de la responsabilidad, en una lucha a vida o muerte. «Padre, está vivo. Abel está con él. Traeré a mi padre aquí. Tú ocúpate del fuego y de algo de bebida caliente». Caín reunió dos postes robustos y, con ramitas y correas de cuero, armó rápidamente una camilla. Poco después, con la ayuda de Abel, se dirigía hacia la cueva con Adán en la camilla. Adán estaba muy mal. Como en estado de shock, completamente ensimismado. Aturdido. En tierra de nadie. La muerte le acechaba de cerca. El deseo de morir, aún más cerca. Respiraba. Pero no era aliento de vida. Solo respiraba muerte, y aún así con dificultad. Inaudible. Casi a escondidas, como si estuviera muerto y solo fingiera estar vivo. Como un gato juega con un ratón, así se burlaba Belial de Adam. Dejándolo recuperarse un rato para poder seguir jugando después. Pero Belial no estaba del todo tranquilo. Ni siquiera Belial podía hacer nada contra su instinto de muerte y, por eso, se alejó un poco para dar a la familia la oportunidad de arreglar su juguete.

Y ese amor existía. Día tras día, Eva y los niños...

Entre ellos estaba Adán, y fue sobre todo Caín quien más fácilmente le hizo dar señales de vida. Pero Adán seguía sin hablar. Caín informaba cada día sobre las labores del campo y lo pintaba todo mucho mejor de lo que era. Era un desastre. Las heladas tardías de la primavera ya habían causado estragos y la extrema sequía del verano había reducido a la mitad lo poco que había sobrevivido a las heladas

tanto en número como en rendimiento. A menudo, después del mediodía, Caín dejaba a Abel solo en el campo y se marchaba por su cuenta. Tenía que encontrar otros medios para sobrevivir al invierno. Medios de los que no podía ni se atrevía a hablar con nadie.

Una mañana, después de que Adam, cansado de la vida, fuera acostado al aire libre a la sombra de una morera no muy lejos de la cueva, y Caín se dispusiera a salir al campo junto con Abel, ocurrió algo aparentemente inocente. Como si el diablo estuviera metido en ello —y Belial sí lo estaba—, Loep pasó corriendo libre y alegre con un conejo aún medio vivo en la boca, directamente hacia la entrada de la cueva, donde comenzó a devorar y a devorar con ganas al pobre animalito. Los ojos de Adán se le salieron de las órbitas de miedo por lo que vendría. Caín se llevó un susto de muerte cuando, por primera vez en semanas, oyó la voz de Adán gritando: «¡Eva!». Eva no tardó en aparecer y miró atónita al lobo, mientras Abel ya felicitaba a Loep por su magnífica presa. Totalmente desconcertada, clavada en el suelo y con las manos temblorosas, observó cómo el conejo al que tantas veces había acariciado en el Edén era ahora devorado por el mejor amigo de su querido hijo. Le dolía terriblemente ver cómo Abel lo encontraba normal, incluso divertido, y no le veía ningún inconveniente. Mientras el conejo yacía desolado, devorado a medias, Abel ya le masajeaba burlonamente la barriga llena a Loep, que gruñía de felicidad. Pero el corazón de Eva sangraba por lo que Adán y ella misma les habían hecho a sus hijos. Se retiró rápidamente a la cueva. «¿Lo ves?», le dijo Adán con tono penetrante a Caín, quien no se atrevía a apartar la mirada de la cueva para no tener que mirar a Adán a los ojos.

Mirar. Ambos observaban ahora atentamente la cueva para ver qué sucedería a continuación. Adán se compadecía de su mujer y revivía su lucha interior y la escena en el campo. Sentía cómo la desesperación volvía a carcomerle y temía que su mujer tampoco sobreviviera a esto. Caín no se atrevía a mirar a Adán. Ya se había sentido tan culpable aquellas primeras semanas después de haber abandonado a su padre y él también esperaba con angustia. Un colapso de Eva significaría una reafirmación de una negligencia culpable hacia su padre en aquel entonces.

Eva se acurrucó en el rincón más recóndito de la cueva. La desesperación se apoderaba de ella. Se maldecía a sí misma. Pero se maldecía sobre todo por culpa de Belial, cuya maldición ella misma había desatado. Era valiente, extraordinariamente valiente, y en su mente se enfrentaba a Belial y escupía a esa serpiente despiadada. Combatió valientemente cada mal pensamiento. «¿Dónde está ahora tu Yahvé? ¿No es ese tu querido hijo, que no tiene ni una pizca de compasión por tu querido conejito? ¿Es eso lo que les has enseñado a tus hijos? ¿Por qué no hablas con tu marido y tus hijos? ¿Acaso no sabes que puedes hablar? Sabes que hace tiempo que te he devuelto el mismo habla y la misma lengua que tu familia. Pero no, es más fácil no hablar, así puedes escabullirte fácilmente y dejar que tu marido cometa los errores. Sí, prefieres dejarlo morir. No eres digna del amor de Yahvé. ¿Dónde está ahora Ash' hadu?». Su lucha era desigual, parecía inútil, y Yahvé observaba desde la distancia. Cuanto más la picaba y la provocaba la lengua de serpiente, más valientemente se resistía a esa repugnante bestia serpiente, y cuanto más se acercaba Yahvé a ella. Frente a cada mal pensamiento, ella ponía un buen...

, refugiándose cada vez más en aquel único pensamiento que Yahvé le había concedido en su día y que revestía una importancia capital en esta lucha: «Crees que te he abandonado, pero no te he abandonado. Es Belial quien te hace pensar eso».

Es Belial quien te hace pensar eso. Es Belial quien te hace pensar eso. La desesperación se desvaneció lentamente.

Es Belial quien te hace pensar eso. Es Belial quien te hace pensar eso.

Lo repitió decenas de veces, cada vez que se le ocurría un nuevo y malpensamiento, hasta que incluso logró adelantarse a los pensamientos malignos y dejar que prevaleciera el pensamiento de Yahvé, con lo que, de repente, ya no pudieron surgir más pensamientos malignos. Oh, sí, Eva estaba furiosa con esa maldita bestia que tanto mal les había traído. «¡Ash' hadu!», le gritó a Belial, ya sin lengua. «¡Ash' hadu an la ila-ha illa-llah!» En su imaginación, le propinó una fuerte patada, pensando con ello derrotar definitivamente a Belial, sin darse cuenta de que fue la presencia prominente de Yahvé la que finalmente hizo que Belial se largara. La desesperación dio paso ahora a una especie de gratitud. Más por intuición que por saberlo realmente, le dio las gracias a Yahvé por su cercanía, aunque echara de menos su presencia física como en los tiempos del Edén. Aun así, se comportó con total entrega, como si no tuviera que dudar de ello. Era como si... Se secó las lágrimas, se armó de valor, volvió a salir y acarició a Loep. Le quitó respetuosamente los restos del conejo de delante de las narices y enterró el cadáver con cariño bajo unas piedras junto a la cueva, mientras Loep observaba abatido, para regocijo de Abel. Su vida seguía

Continuaron. Como si nada hubiera pasado. Abel no era en absoluto consciente de la lucha infernal que se había librado en la mente de Eva. Tampoco había ningún atisbo de reproche por parte de Eva hacia ellos. Pero Caín y Adán estaban aún más impresionados por su cambio de actitud. Se quedaron boquiabiertos. «¿Lo ves?», le dijo Caín a Adán, aliviado. Hizo un gran esfuerzo por no mostrarse triunfante y silbó a Abel para que lo siguiera al campo. Ahora estaba seguro de tener razón. Se le quitó un peso increíble de encima. Se había preocupado innecesariamente y pronto pediría la bendición de su madre. De repente, el futuro parecía esperanzador. Revitalizado, se dirigió al campo con su hermano pequeño, mientras que Loep se encargaba de las cabras. Adam, por el contrario, se hundió por completo en un fatalismo sin igual. Ya no entendía a su mujer, se sentía privado no solo de Yahvé, sino ahora también de Eva. Estaba solo. Inútil. Inútil y culpable. Su hijo Caín tenía razón. Él solo estorbaba. «¿Cómo vas a morir?», su espíritu impaciente suplicaba un final redentor.

Caín y Abel llegaron al campo. «Apoya el talón aquí un momento , tengo que enseñarte algo», le dijo Caín a Abel, y lo llevó al prado que había sobre el desfiladero. Caín consideró que había llegado el momento y, orgulloso, le mostró a su hermano pequeño cómo podía descender a la cueva, aparentemente inaccesible, que había en la pared rocosa sobre el río.

«¡Qué astuto!», exclamó Abel con entusiasmo. «¡Ahora entiendo adónde te ibas siempre por las tardes!».

«Espera, aún no has visto nada», sonrió Caín con orgullo y lo guió al interior de la cueva.

Abel no daba crédito a lo que veían sus ojos. «¿Tantas pieles? ¡Y qué

«¡Qué calidad, tío! ¡Ni un solo agujero! ¿Una piel de oso?», se fue emocionando cada vez más. Vio una pila de pieles grandes junto a otra de pieles pequeñas. «¿De dónde las has sacado?», preguntó Abel, mientras pensaba febrilmente y de repente se daba cuenta. «¡No puede ser! ¡No! ¡Dime que no es verdad!». Caín vio cómo la alegría de su hermano se atenuaba. «No puede ser de otra manera, Abel. No nos queda más remedio si queremos sobrevivir los próximos años. ¿Crees que esto no me ha supuesto un problema? Puede que nuestros padres hayan conocido algo parecido al Edén, pero nosotros, nosotros vivimos aquí y ahora en un mundo completamente diferente con otras leyes. Estamos obligados a usar nuestro ingenio para sobrevivir, ¿no? He oído a padre invocar a Yahvé tantas veces cuando la caza no daba fruto, pero Yahvé no le respondía, y mucho menos le daba una sola piel. Yo también he invocado a Yahvé, pero nunca he podido ver ninguna señal de vida de Él. ¿Existe realmente el Edén? Le he preguntado a mi madre al respecto y ella siempre responde con la misma frase. No sé si realmente me entiende, si comprende la gravedad de nuestra situación. ¿Cómo vamos a sobrevivir al invierno este año? No solo cómo, sino peor aún, ¿vamos a sobrevivir? Apenas tendremos comida. Todos los animales lo están pasando mal ahora y no muestran ningún respeto por el territorio de los demás, robándose unos a otros todo lo que pueden. Los conejos, por poner un ejemplo, se comen nuestros escasos cultivos que han sobrevivido a la difícil primavera y verano. ¿No te has dado cuenta de que mamá ya casi no come nada para dejarnos la comida a nosotros? No puedo seguir viendo esto, hermanito. Y menos aún puedo soportar ver cómo papá está atrapado en la indecisión y la impotencia. Tengo que

Tomar decisiones acertadas. Mira, estas son las pieles de esos conejos que se comen nuestra comida. Ahora estos conejos ya no se comen nuestra comida y, además, nos proporcionan pieles. Loep estaría celoso de mis trofeos. Oh, no, no estoy orgulloso de esto, pero no tenemos otra opción.

«Loep no es un humano, Caín. Dejemos que los animales libren su batalla y nosotros la nuestra. ¿No deberíamos intentar hacer lo bueno, lo correcto?»

«Mi padre también decía algo parecido: "Somos más que los animales". De acuerdo, debemos hacer el bien, pero para poder seguir haciéndolo, tenemos que sobrevivir al invierno. Entramos en el invierno con poca comida y, si además pasamos frío, moriremos todos».

«Te entiendo y te agradezco tu preocupación, pero todos moriremos algún día, ¿no? Quizás sea mejor no ceder ya a...»

Pero Caín no le dejó terminar la frase: «¿Viste cómo reaccionó mamá esta mañana cuando Loep llegó con ese conejo? ¿No te llamó la atención? Papá y yo nos dimos cuenta enseguida de lo que pasaba. Al principio, mamá se quedó muy consternada, pero un poco después acarició a Loep y se mostró tan amable como antes. Para nosotros estaba claro que ella entendía la necesidad de la situación. Esta noche voy a hablar con ella sobre ello. Ella me entenderá». Abel guardó silencio y no quiso meter a su hermano en más problemas insistiendo en el tema. Le llamó la atención lo sensible que era Caín con todo esto, lo rápido que se irritaba.

«¿Cuánto tiempo llevas haciendo eso?», preguntó mientras señalaba las pieles con vacilación, pues no se atrevía a decir en voz alta «matar animales»

.

«Ya hace unos meses. Empecé con conejos, pero poco a poco fui haciendo trampas más grandes. Si quieres, te llevo allí».

«Ya más tarde», respondió Abel. Todo aquello le resultaba demasiado de golpe. Necesitaba tiempo y tenía miedo de herir a su hermano. «Sigamos trabajando en el campo», dijo, y se levantó.

«¿Te parece bien que vaya a inspeccionar unas cuantas trampas más? Luego me paso».

«No hay problema. ¿Cómo salgo de esta "trampa"?», intentó bromear Abel.

«La forma más segura y fácil es bajar con la cuerda», sonrió Caín mientras ayudaba a Abel a descender hasta el lecho del río.

Abel se alegraba de estar solo en el campo aquel día. Estaba indeciso. Su razón le decía que Caín tenía razón. Pero su intuición se rebelaba y su corazón lo rechazaba. Su talón golpeaba sin descanso el suelo. Monótonamente, el talón entonaba el canto de la tierra y le traía paz al alma. Confiar en algo tangible, eso era lo único que necesitaba ahora y eso era lo que la tierra le ofrecía generosamente. El canto rítmico de su talón restablecía el orden tan necesario en su mente.

Aquel día, Caín no se presentó en el campo. Cayó la noche y Abel llevaba ya mucho tiempo en casa, cuidando de su padre junto a su madre en la cueva. El estado de Adán parecía empeorar, tenía la vista más borrosa y se negaba a comer nada. Abel observaba ahora sobre todo a su madre. Por un lado, la veía radiante y fuerte, pero por otro lado también la veía cada vez más preocupada por su marido. Ya era de noche cuando

De repente, Loep aguzó el oído y miró a Abel: ¡Caín! Abel salió corriendo y vio a Caín acercarse con una pesada carga a la espalda. «¡Qué día fantástico! Mira, hermanito, ¡para papá!», y arrojó una piel de oso fresca a sus pies. Eva también salió y, a la luz de la luna, se agachó y tocó la piel del animal. Aún estaba caliente por la sangre fresca. Se levantó con compostura y, sin mirar realmente a Caín, volvió a entrar en la cueva. «Entra», dijo Abel con tono pragmático. «Queda bastante maíz y puré de verduras, padre apenas come». Caín se acercó al fuego y miró a su padre. Cada vez entendía menos a aquel hombre extraño. Miró a su madre e intentó leer en su rostro lo que le pasaba por la cabeza. En cualquier caso, no percibió ningún reproche y eso le dio ánimos. Aceptó agradecido la comida que ella le ofrecía, aunque no tuviera hambre. Llevaba meses sin sentir hambre cada vez que llegaba a casa, pero se esforzaba y comía. La tensión era palpable. Cada nervio de la cueva estaba a flor de piel. Incluso Loep se sintió incómodo y empezó a retar a Abel a jugar. Abel aceptó con entusiasmo. Eva y Caín no reaccionaron. Caín se levantó y solo dijo: «Esta noche no dormiré en la cueva: aún tengo trabajo que hacer». Antes de que Abel pudiera decir nada, ya se había deslizado hacia fuera. Eva corrió tras él. Caín la oyó y se volvió hacia ella. Se miraron fijamente. La luz de la luna les reveló a ambos quiénes eran, tal y como eran. Ella vio a su hijo mayor, de cuerpo musculoso, con barba incipiente, sus pómulos marcados y su mirada enérgica. Él vio a su querida madre, con ojos tiernos pero también temerosos e inquisitivos. —No te preocupes por mí, madre —comenzó él—. Preocúpate más bien por todos nosotros. Necesitamos esas pieles urgentemente

necesario. No tenemos ninguna reserva para el invierno que se acerca poco a poco». Ella lo abrazó con fuerza, deseando que él pudiera leerle el corazón, y susurró: «Ash' hadu», y él completó en voz baja: «an la ilaha illa-llah».

Ella esperaba fervientemente que él lo entendiera ahora. Él esperaba fervientemente que ella lo entendiera ahora. Lleno de esperanza, le hizo la pregunta liberadora: «¿Entiendes ahora por qué mato animales por su piel?». Ella, la Mannin.

Ella, Eva.

Su corazón se partió en dos al instante. El amor por su hijo en una lucha imposible contra el amor por Yahvé. Eva contra la Mujer.

En un instante recordó las palabras de Belial cuando extendió la mano hacia la manzana. «Ácida», le prometió Belial. «Mucho más ácida que los cítricos »

Ella vio reflejados en los ojos de su hijo la confianza y el amor que sentía por él, sabiendo que en unos instantes iba a destrozar esa mirada en mil pedazos, sabiendo que eso nunca se podría reparar, sabiendo que el dolor de ese momento duraría para siempre. En un último intento por evitar lo inevitable y suplicando cinco segundos más de respiro, obligó a su mano a acariciar lentamente su cabello, a acariciar su mejilla una última vez aún más lentamente, absorbiendo cada surco o arruga de ella, y le rogó a Yahvé que lo protegiera, mientras las lágrimas ya brotaban de sus ojos ante lo que estaba por venir. Con una amargura mucho más intensa que la de los cítricos, finalmente negó con la cabeza.

Una roca de treinta metros de altura no podría haber golpeado a Caín con más fuerza

. Nunca antes había sentido un dolor tan intenso. Sentía

traicionado. ¿Cómo podría volver a confiar en esa mano? Rápidamente la apartó de sí y se dio la vuelta para que ella no viera sus lágrimas. Se alejó apresuradamente. Con una tormenta de sentimientos que iban desde la impotencia hasta la ira, desde el dolor hasta la desesperación.
Se sentía solo. Ella se sentía
desgarrada.
Las nubes ocultaron la luna y la noche se tragó a Caín. Caín no regresó aquella noche.
Nunca volvería a entrar en la cueva.

«Ácido», les aseguró Belial. «Mucho
más ácido que los cítricos».

6. Invierno

Llevo ya casi dos años en la cárcel. El hombre natural que hay en mí cayó en una desesperación salvaje, en un abatimiento de dolor que daba pena solo de verlo, en una ira terrible e impotente, en amargura y odio, en una angustia que lloraba a gritos, en una miseria que no encontraba voz, en un dolor que permanecía mudo. He pasado por todos los estados de ánimo posibles del sufrimiento. Mejor que el propio Wordsworth sé lo que Wordsworth quiso decir cuando dijo: «El dolor es constante, sin luz y oscuro,
«Y tiene los rasgos de lo infinito».
Pero aunque hubo momentos en los que encontré alegría en la idea de que mi sufrimiento fuera infinito, no podía soportar que careciera de sentido. Ahora encuentro, en algún lugar recóndito de mi naturaleza, algo oculto que me dice que nada en el mundo entero carece de sentido, y menos aún el sufrimiento. Esa cosa, enterrada en lo más profundo de mí como un tesoro en un campo, es la humildad. Es lo último que me queda, y lo mejor: el descubrimiento más profundo al que he llegado, el punto de partida para un desarrollo renovado. Me ha llegado directamente de mí mismo, por eso sé que ha llegado en el momento adecuado. No podía haber llegado antes, ni tampoco después. Si alguien me hubiera hablado de ello, lo habría rechazado. Si me lo hubieran traído, lo habría rechazado. Ahora que lo he encontrado por mí mismo, deseo conservarlo. No tengo más remedio. Es lo único que en sí mismo contiene las materias primas para la vida, para una nueva vida, una «Vita Nuova» para mí. De todas las cosas, es la más maravillosa: no se puede regalar, y otro no podría dárnosla. No se puede adquirir más que renunciando a todo lo que se posee. Solo cuando se ha perdido todo, se sabe que se posee.

Oscar Wilde, De Profundis

El invierno llegó temprano aquel año. Demasiado pronto, y la cosecha no había sido buena. El maíz se había reducido a la mitad debido al sol abrasador del verano. Las hortalizas también se habían visto afectadas. Muchos árboles frutales dieron pocos frutos debido a las heladas nocturnas tardías durante la floración. Las abejas también se vieron sorprendidas y, para colmo de males, un oso había causado estragos en sus panales. Toda la naturaleza parecía haberse vuelto en su contra.

Por muy incomprensible y doloroso que fuera para Abel, Adam había recuperado las ganas de vivir después de que Abel le contara por qué Caín ya no acudía a la cueva. Por mucho que Adam lamentara esa pérdida, no compensaba el regalo de sentir a Eva de nuevo a su lado y saber que, al parecer, había actuado correctamente al dejar claro a Caín que los seres humanos no matan a los animales. Era una señal importante de Yahvé y Adán comprendió que, una vez más, había sido obra de Belial separar así a su familia. El estado de ánimo de Adán seguía fluctuando, pero los baches en su ánimo eran cada vez menos profundos. Adán se dio cuenta de que su estado de ánimo se volvía cada vez más sombrío cuando olvidaba su gratitud hacia Yahvé o atribuía su mejoría a la recuperación por «sus propias» fuerzas, lo que le hacía caer inexorablemente de nuevo hacia abajo. Al igual que una alondra, cuando el sol está en su punto más alto, hace resonar su alegría por los campos y bosques, así Adam aprendió a elevar su corazón con control hasta grandes alturas, llevado por un canto de alabanza a Yahvé, para al final del día descender de nuevo con humildad a su habitación más oscura y allí encadenar poco a poco su ego. Al hacerlo, aprendió a lidiar con la paradoja de su ego.

Primero aprendió a amar a su ego para luego poder convencerlo de que aceptara voluntariamente sus ataduras. A Adán le bastó recordar cómo Yahvé seguía amándolo a pesar de todas sus deficiencias, para abordar a su ego con la misma comprensión y amor, con lo que la resistencia del ego se derritió como la nieve al sol y este extendió con gusto sus manos para cerrar él mismo sus propias cadenas. Todo ello ante la protesta desesperada de Belial, que, tras Eva, veía ahora también a Adán escapar definitivamente de sus garras asfixiantes y de su veneno. Para Abel, sin embargo, la situación era muy diferente. Entender a sus padres sin reservas en este asunto era muy difícil. Aún más difícil era comprender por qué daban prioridad a la vida de los animales sobre el amor por su hijo. No podía imaginar por qué hacían este sacrificio y para quién. Cuando Adán hablaba de Yahvé, se preguntaba cómo Yahvé podía pedir algo así a unos padres. Como hermano, sentía muy profundamente el dolor del destino de Caín. Echaba de menos a su hermano y solía ir a visitarlo a su cueva sobre el río. Una y otra vez escuchaba sus lamentos por la incomprensión de sus padres. Por mucho que Abel insistiera en que regresara a casa y le asegurara que sus padres lo echaban de menos, Caín no conseguía volver a mostrarse ante ellos. ¿Acaso no había hecho nada malo? Caín no podía soportar su desaprobación por sus actos, por muy amistosa que fuera. Se volvió amargado. Solitario en su cueva, trabajaba sus pieles más recientes para... Sí, ¿para quién? «La piel de oso que les regalé, la usan, pero ni un gracias ni una concesión se les ocurre». Abel no se atrevía a decirle lo difícil que les había resultado a sus padres no usar esa piel de oso aquella noche en cuestión

plantarlo en la tierra. Al final, fue el padre quien, con reticencia, dijo que se lo pensaría. Para ellos no era un regalo, sino un sacrificio. Y cuando Abel regresó con sus padres, Adán le preguntó de inmediato cómo estaba Caín y si Abel le había dicho que se lo pensaría, y por qué Caín no había pasado a verlos. Abel intentaba entonces explicarles que Caín quería más y les pedía a cambio su respeto y aprobación, y entonces la historia se veía obligada a detenerse. Infinitamente desesperada. Por otro lado, sus padres daban así testimonio de algo que debía de ser tan grande que estimulaba enormemente el deseo de Abel de adquirir ese conocimiento. Intuitivamente, sentía que ese conocimiento era la única salida para poder conciliar ambas opiniones. Sin embargo, no se daba cuenta de la ternura con la que su madre ya había comenzado su enseñanza aquella primera noche, cuando Caín salió de la cueva. Tras la dramática partida de Caín, Adán yacía solo en la cama y estaba muy debilitado. Eva no dormía con él por el momento, para permitirle descansar lo máximo posible. Abel reflexionaba e intentaba imaginar el dolor de Eva por la pérdida de Caín. Cuando la vio acostada sola en su lecho, le invadió una inmensa compasión. Apartó a Loep un poco a un lado y le pidió que se quedara junto a Adán para darle un poco más de calor. Él mismo se metió bajo las pieles junto a Eva para consolarla. Y comenzó a hablarle suavemente. «Ash' hadu an la ilaha illa-llah», la saludó con ternura. Eva dio gracias a Yahvé por este ángel consolador. Ahora que aquella noche había sentido su fracaso en la educación de Caín, sabía que no podía perder ni un segundo más con Abel. Buscó su mano para darle la bienvenida y la apretó con fuerza contra

su corazón. Su corazón latía lento y con fuerza. Repitió muy lentamente «Ash' hadu an la ilaha illa-llah» y pronunció todas las palabras en voz baja y rítmicamente. Abel repitió sus palabras con el mismo ritmo y sintió cómo el latido de su corazón latía en armonía con el de ella.

De repente, Eva cambió ligeramente el ritmo de las sílabas y Abel sintió, sorprendido, cómo también el ritmo de su corazón se modificaba en perfecta armonía con sus palabras. Cualquiera que fuera el ritmo con el que ella pronunciara las palabras a continuación, su corazón lo seguía a la perfección. Es más: su corazón también seguía a la perfección el ritmo que Abel elegía. Estaba claro que la frase y las palabras estaban directamente relacionadas con su corazón y formaban un todo. Las palabras debían de ser de una importancia enorme, no podía ser de otra manera. Abel estaba encantado de poder experimentar este regalo. Los días siguientes se dedicó febrilmente a buscar el significado de todo aquello. Intentó, en un lugar tranquilo, averiguar si esas palabras tenían algún efecto en el ritmo de su propio corazón, pero por mucho que lo intentara, su corazón no reaccionaba. Recordaba vagamente cómo, de niño, había oído a Eva pronunciar varias frases que poco a poco revelaban su significado para luego transformarse rápidamente en sonidos totalmente extraños. Días después, decidió consultar a su padre al respecto. «Yahvé la protege. Eso es lo único que sé al respecto, pero no sé cómo. Al principio le preguntaba, a base de conjeturas y razonamientos lógicos, si "ash" o "hadu" significaban tal o cual palabra. Pero ella nunca decía que sí o que no. Solo podía percibir un silencio insondable en sus ojos. Un silencio casi doloroso que, con los años, parece dar paso a la paz y la tranquilidad. Nunca he podido averiguar qué le causaba dolor

hacía: las palabras, el significado, el no ser comprendida, no poder hablar, no poder hablar, no querer hablar. Es su secreto, que sin duda comparte con Yahvé. Estas palabras lo son todo para ella. Es toda su vida». Abel juntó entonces todas las piezas del rompecabezas y volvió a salir con Loep y las cabras. Empezó a hablar en voz alta con Loep. Al principio solo parloteaba sin sentido sobre cosas cotidianas, pero poco a poco le contó a Loep su problema con el idioma de Eva. De repente recordó cómo había aprendido el idioma de Loep. Tenía que ser algo parecido. Inmediatamente probó nuevas «palabras» con Loep. Cada vez que pronunciaba un sonido —pues no parecía ser más que eso— que al parecer significaba algo para Loep, este aguzaba las orejas. Y solo entonces. El rostro de Abel se iluminó y lo decía todo. «¡Lo tengo! ¡Loep, eres mi mejor maestro!», intentó decir en el idioma de Loep. El lobo no entendió nada, pero al parecer Loep también conocía el poder de fingir y respondió a la alegría con la misma moneda.

La noche siguiente, Abel volvió a acurrucarse junto a Eva. «Ash'

«Hadu an la ilaha illa-llah». Él le tendió la mano, ella volvió a apretársela contra el corazón y, vacilante, él comenzó a hablar. «Tengo la fuerte sospecha de que esta frase gira en torno a Yahvé, aunque no se oiga la palabra Yahvé en ella». Y su corazón respondió de inmediato con un ritmo acelerado. «Debe tener algo que ver con el hecho de que tu corazón habla de o con Yahvé, porque el mío no lo hace y tampoco reacciona así». Una vez más, su corazón reaccionó con intensidad. Bailaba, cantaba. Pero, sobre todo, ardía. Entonces ella tomó su mano, la besó con ternura y le acarició el brazo. No permitió nada más. No es que ella

no quería, pero Eva sabía que revelar ese secreto también podía ser nefasto para quien lo recibiera. Abel no podía comprender ahora la profundidad del secreto. Nunca podría entenderlo en toda su magnitud y quemarse con él. Existía, en efecto, el peligro de que nunca más buscara por sí mismo su verdadero significado y, por lo tanto, nunca pudiera volver a experimentar el fuego en su propio corazón. Porque no se trataba de conocer algo sobre el espíritu con la mente, sino de llevar el espíritu mismo en el corazón. Para ella también seguía siendo un misterio y temía que alguien que nunca hubiera conocido el Edén tal vez nunca pudiera desentrañar el secreto del corazón sin hacerse daño a sí mismo. Comprendía que estaba fuera de su poder e incluso de su competencia juzgar si Abel podía o no llevar ese fuego. Tanto como amaba profundamente a Yahvé, tanto le temía. No por miedo, sino por amor. Un temor como el que nunca había tenido en Edén, pero que fuera de Edén era de una importancia sobrecogedora. Había aprendido cómo, fuera de Edén, el sufrimiento y la humildad iban de la mano para reconciliarse en el amor más elevado, la belleza más elevada. También sabía por experiencia que se trataba de un proceso de aprendizaje continuo que nunca terminaría. Aprender significaba cometer errores, pero a causa de los errores de Caín, ahora rezaba aún más a Yahvé pidiendo ayuda. ¡Cuán maravilloso es Yahvé! En el Edén era sencillo: Yahvé estaba siempre presente, en cuerpo o en espíritu. Pero una vez fuera del Edén, solo podía sentirlo en ese corazón que debía ejercitarse una y otra vez. El corazón tenía que aprender constantemente a hablar con Yahvé y a confiar en la ayuda y el amor de Yahvé. Una y otra vez, sin cesar, el corazón tenía que aprender a

confianza para sentirse reafirmada. Solo así se atrevía, poco a poco, a actuar o juzgar por sí misma cada vez menos.
Al día siguiente, se llevó a Abel a un lado y le mostró un cuenco con agua. Le invitó a mirar dentro del cuenco mientras decía: «Ash' hadu an la ilaha illa-llah». Repitió esto una y otra vez sin apartar la mirada y, al parecer, pudo mantener la paz. Invitó a Abel. Él también miró dentro del cuenco y vio entonces su propia mirada y su boca mientras repetía «Ash' hadu an la ilaha illa-llah», y tampoco tuvo que apartar la vista. Eva miró a su hijo. Abel no entendía su felicidad, pero se sentía feliz por ella. Eva dio gracias a Yahvé por tanta misericordia. Pero Abel no entendía nada de aquello.

Aquella noche, fuera hacía un frío glacial, pero Abel, Adán y Eva no sentían frío. Eran tres personas felices que solo lamentaban dos cosas: la ausencia del Edén y la ausencia de su querido Caín. Abel se dio cuenta entonces de lo cerca que vivía su madre de Yahvé y de que, por lo tanto, Yahvé debía de existir. Entonces decidió pedir más explicaciones a Adán y le pidió con insistencia que le hablara del Edén. Eva asintió a Adán y, junto al fuego de la noche, Adán comenzó con dificultad su relato mientras fuera hacía su aparición un invierno gélido. Tardó mucho en empezar a hablar, pero Abel esperó pacientemente. «El Edén es... El Edén es: antes de que se sienta frío, hace calor. Antes de que se sienta calor, hace frío. Antes de que haya vida, hay vida. Antes de que haya un límite, está el Edén». Adán suspiró profundamente y quiso...

«Dejémoslo ya», pensó, pero Eva lo miró con ojos suplicantes. Él continuó: «El Edén es la historia más difícil que existe. De contar. De explicar. Simplemente no podemos hacerlo. Solo los ángeles de Yahvé podrían hacerlo. Pero nosotros, desde luego, no. Nosotros, que fallamos tanto. Perdóname, porque volveré a fallar». No tuvo que esperar: ya sentía que estaba fallando y ya le dolía de nuevo. Pero siguió luchando valientemente para reunir las piezas del rompecabezas en el pajar de su memoria. «Hablar del Edén es, al mismo tiempo, menospreciar el Edén. El escaso anticipo que recibimos hoy ya es tan inconcebible, tan indescriptible, ¿cómo hablar entonces de la recompensa completa? Ninguna palabra tiene el poder, ningún sentimiento la fuerza. Hablar de ello es soberbia. Mientras hablo de ello aquí y ahora, esto es pura soberbia. Perdóname, Señor, por hacer esto ahora y lamento desagradarte tan a menudo. También lo siento, hijo, por haberlos traído a esta miserable situación». Adán luchó contra las lágrimas, pero la mirada respetuosa de Abel lo ayudó a controlarse e intentó una vez más, tambaleándose impotente sobre sus piernas recién nacidas, explicar lo imposible. «El Edén es, en todo, el amor sin la existencia de la falta de amor, sin siquiera la noción de la falta de amor, sin siquiera la necesidad de sentir la necesidad de amor porque el amor está siempre presente, antes de que todo haya conocido siquiera su comienzo. Y todo comienzo comienza allí con Yahvé, porque Yahvé es el comienzo del comienzo, es decir, el comienzo mismo. El momento más amoroso no existe allí porque todo es allí lo más amoroso. Incluso el pasear con Yahvé por el jardín es más o menos amoroso que el trato con el insecto más pequeño. Tan grande es el don que Yahvé le ha dado al ser humano

que todo, absolutamente todo, respire su espíritu de amor más amoroso. Lo mismo ocurre con el amor de persona a persona, de persona a árbol, a animal, a insecto, al agua, al aire. Nos resulta difícil hablar ahora correctamente del Edén, ya que nuestra mente y nuestro entendimiento se han oscurecido con la llegada de Belial a nuestras vidas. Cuando vivía en el Edén, hablaba el idioma que todos y todo podían entender de una sola manera, siempre con las palabras adecuadas, siempre con los pensamientos adecuados, siempre con el mismo amor. No había lugar para la duda. La razón, el sentimiento y el corazón: todo su saber se encontraba en una misma línea recta. Una vez fuera del Edén, a menudo me siento confundido, creo decir mil veces lo mismo, pero lo digo cada vez de forma diferente, y el otro también lo oye cada vez de forma diferente, por lo que ya nada puede ofrecer paz, seguridad y consuelo duradero. Incluso ahora, mientras hablo. Me cuesta hablar de ello porque me enfrenta constantemente a lo que perdí. Duele. Un dolor punzante. Siempre caigo en el lamento y la nostalgia. Incluso ahora. ¿A quién le importa eso?»

Abel puso su mano en la de Adam. A Adam se le hizo un nudo en la garganta se le hizo un nudo en la garganta y continuó: «Las palabras de Yahvé en su última conversación con nosotros no dejaban lugar a dudas. "A medida que en adelante sea mucho más fácil hacer el mal, tanto más difícil será hacer el bien. Herir y causar daño será más fácil que sanar y curar. Si ya no me creísteis cuando caminaba junto a vosotros en el jardín del Edén, ¿cómo lo harán vuestros descendientes, que ni siquiera tendrán esa oportunidad? Generación tras generación, la brecha entre el hombre y Dios se hará más profunda. Generación tras generación, vuestros corazones se endurecerán. Pocos de entre vuestros descendientes lograrán, durante su vida,

«para poder vislumbrar el Edén». Así nos habló Yahvé. Y tu madre y yo, nosotros cargamos aquí con la abrumadora responsabilidad». Adán dejó escapar un profundo suspiro, sacudió la cabeza entre lágrimas y se refugió aún más en su habitación de los recuerdos, y Eva le tomó la otra mano. Su querida Eva le infundió valor. «Yo, el Hombre, así me llamó Yahvé, estaba muy ocupado dando nombre a los animales, tal y como Yahvé me había propuesto. La Mujer, tu madre, así la llamó Yahvé, estaba conmigo. Como siempre. Éramos uno. Cuando de repente pasó Yahvé, le dije: "Ve tú primero a Yahvé: yo voy enseguida", y así lo hizo. Y ahí ya caí por primera vez: seguí con mi trabajo, era más importante que Yahvé y ya le alcanzaría. De repente me sentí importante porque se me permitía dar los nombres. Tu madre le seguía, pero no dejaba de mirar atrás para ver dónde estaba yo y gritaba sin cesar: «¡Date prisa!». Intuitivamente, así lo siento ahora, intentó evitar mi caída dándome más tiempo. Pero Yahvé siguió caminando imperturbable hacia el centro del Edén, donde se encontraba el árbol de la vida con el conocimiento del bien y del mal. Tu madre se quedó un poco rezagada y, al parecer, no sabía muy bien qué hacer, y cada vez se alejaba más de Yahvé. Una vez que llegó al árbol, tu madre miró hacia dónde se dirigía Yahvé para luego esperarme. Entonces la abordó la serpiente del árbol. Para cuando llegué al árbol, al parecer ella ya había mantenido toda una conversación con la serpiente. Nunca pude enterarme del contenido de esa conversación por su boca, porque todo sucedió con una rapidez inusual a partir de entonces. Solo recuerdo que llegué al árbol y tu madre me dijo: «Hombre, esto...»

«Jahvé llama a esta criatura Belial, pero ella prefiere que la llamen "serpiente"». Y entonces caí por segunda vez: «Serpiente está bien», dije. «A partir de ahora te llamarás serpiente». Ya entonces preferí «serpiente» al nombre que Jahvé le había dado a esa miserable bestia. La Mujer ya sostenía en la mano una manzana del árbol. Me quedé asombrado. ¡Completamente asombrado! ¡No sabía lo que estaba viendo! «¿Qué haces? Ya sabes que…» y la Mujer me interrumpió: «La Serpiente dice que es un ofrenda para Yahvé: no hay fruto más ácido. Y solo así sabemos lo dulce que es el amor de Yahvé». Le arrebaté la manzana de la mano, sin pensarlo, porque no podía soportar que ella fuera la primera y así caí por tercera vez. Le di un mordisco y le devolví la manzana. Tu madre también le dio un mordisco. Mientras la probábamos, oímos a lo lejos un terrible trueno en medio de un cielo despejado, por lo que tu madre, asustada, dejó caer la manzana. «Pero si no sabe agrio», dije, y tu madre asintió. «Ten paciencia», dijo la serpiente, «¡paciencia! ¡El agrio aún está por llegar! Mucho más agrio que los cítricos ». Y la serpiente se retiró. Ahora pensarías que ahí se quedara todo, pero aún no había cometido mi mayor error Jahvé se acercó y se dirigió a mí. «Hombre, ¿qué has hecho?». «Yo no hice nada, Señor, ¡la Mujer me hizo morder la manzana!». ¡Le eché toda la culpa a Eva! Y aún pude ir mucho más lejos: «Si la Mujer nunca hubiera sido creada, esto tampoco habría pasado nunca, Señor». Le eché la culpa de mi fracaso al propio Yahvé. Después, todo sucedió de repente a toda velocidad». Adán guardó silencio y se quedó mirando al vacío hasta que estalló en sollozos. «¡Qué trivial, qué inocente parecía: una pequeña manzana que decidiría el destino de todos nuestros descendientes! Yahvé lo había hecho tan trivial para que nosotros lo

podríamos ignorarlo más fácilmente por considerarlo demasiado banal como para prestarle atención. Lo más banal de aquel único árbol banal entre todos los demás árboles similares de los que comíamos con avidez era lo único contra lo que Yahvé nos advirtió, pues de todo lo demás malo nos había protegido en el Edén. Para que no nos sintiéramos atrapados en una jaula de oro, para que no nos sintiéramos esclavos de Yahvé, Él nos concedió generosamente esa única puerta que, sin ningún cerrojo, conducía fuera del Edén. Lo único que teníamos que hacer era confiar en Su palabra. Vivíamos plenamente en el bien, y el único mal, esa pequeña manzana, esa serpiente disfrazada, no pudimos ignorarlo y nos cerró la puerta del Edén a nuestras espaldas, a nosotros y a todos nuestros descendientes. Lo sentimos muchísimo, querido hijo, que ahora tengáis que crecer fuera del Edén. Debíais ser hijos del Edén y no de...» Adán ya no pudo más. Sus sollozos solo resonaban profundos y entrecortados. Las glándulas lacrimales, vacías hacía tiempo, pegaban con su sal las pestañas y ocultaban los ojos enrojecidos. Los músculos de su frente intentaban en vano relajarse y transformaban su rostro en una máscara impasible. Cada músculo estaba privado de oxígeno. Ni un pelo se movía. Ningún nervio transmitía ya impulsos. Eva también parecía petrificada.

Abel contemplaba con reverencia su sufrimiento y admiraba la dignidad de estas dos personas frágiles que daban testimonio de la mayor y más importante pérdida que un ser humano pudiera sufrir jamás. El remordimiento hacia sus hijos era enorme y les parecía irreparable, y así era también para ellos: nunca podrían compensarlo por sí mismos. La pérdida de Caín era

Asumieron directamente toda su responsabilidad y la llevaron con valentía. Pero esta toma de conciencia tenía un sabor extraordinariamente amargo y agrio, tal y como la serpiente les había prometido tan generosamente. Así, su destino se convirtió en su fatalidad: la evidencia del Edén ya nunca más podría explicarse de forma evidente y, a partir de entonces, cada niño la recibiría con incredulidad, porque el espíritu fuera del Edén era completamente opuesto al espíritu dentro del Edén. Si hubieran vivido primero fuera del Edén y después en el Edén, lo incomprensible habría sido igual de grande y tan difícil de explicar o de entender para sus hijos como el fatídico paso que habían dado. Lo contrario seguía siendo lo contrario, se mirara por donde se mirara. Así como en la época del Edén no existía distinción en ninguna forma de amor, fuera del Edén el amor de los padres por los hijos se volvió de repente diferente del amor de los hijos por los padres, al igual que el amor de los hombres por las mujeres se volvió diferente del amor de las mujeres por los hombres, o del amor entre hombres o del amor entre mujeres. Todas las formas diferían a partir de entonces, cada una con su propia lucha y miseria. Esta era la tragedia de la humanidad, que al mismo tiempo resultó contener el único caldo de cultivo para el camino de regreso al Edén. El corazón de Abel estaba completamente abierto y escuchaba con avidez las palabras de Adán y todos los matices entre sus palabras. Abel observaba atentamente a su padre y a su madre y admiraba su belleza intacta. No dormían. Sus ojos estaban muy abiertos y se asomaban a una profundidad que se extendía sin fin y duraba eternamente. Como si los siglos venideros, con todo el sufrimiento que aún tendrían que soportar sus descendientes, se presentaran ahora a la velocidad de la luz en sus cerebros. Si fuera

Sin poder experimentar ese único rayo de esperanza, murieron en el acto. Ese único rayo de esperanza. «En libertad os salvaré», así lo había decidido Yahvé en una última visión que les había concedido, y así sería. Nadie como ellos podía confiar en ello. «Pero nuestros hijos, ¿qué será de ellos ahora?», resonaba sin cesar en sus mentes, incluso en su más profundo letargo. Las sombras de las llamas danzantes en el fuego dibujaban movimientos sobrios en sus labios y entonaban sin voz una canción, mucho más melancólica que el canto vespertino del tritón a principios de verano, quien, protegido por el caer de la tarde, desde lo alto de la copa de un abedul se despide con pesar del día que acaba y arrulla a sus crías para que duerman. Abel nunca había oído una canción más hermosa. Este maravilloso canto selló su inquebrantable confianza y fe en el testimonio de sus padres. Nunca se había sentido menos importante y, sin embargo, nunca más rico. Nunca más pequeño y más querido. Mientras tanto, Abel cuidaba de ellos, echaba leña al fuego y velaba junto a Loep toda la noche.

Eva recordaba la conversación con la serpiente como si hubiera sido ayer. Recordaba con claridad cada palabra, cada movimiento, cada susurro del viento entre las hojas del manzano. «¡Por fin!», oyó de repente una voz extraña a sus espaldas y se volvió.
«¿Cómo que por fin?», y vio a un animal extraño sin brazos ni piernas.
«Aún no tengo nombre. Yahvé me llama Belial, pero prefiero que me llamen serpiente».
«El Hombre se dedica a poner nombres: se lo diré

. ¿Por qué no estás con los demás animales?», se preguntó la Mujer.
«Yo vigilo el árbol: nadie puede comer de sus frutos porque nadie sabe distinguir entre una manzana dulce y una ácida», dijo el extraño animal. «Yahvé así lo ha ordenado. Tienes una tarea importante», dijo la Mujer con el mayor respeto.
«Son frutos especiales que no están al alcance de todo el mundo», respondió Belial.
«¿Qué sabor tienen? ¿Saben como las de otros manzanos?», preguntó la Mujer, a quien le encantaba la fruta.
«Las manzanas dulces saben tan dulces como la miel, igual que las otras manzanas que conocéis, pero las manzanas ácidas saben extremadamente ácidas, muchas veces más ácidas de lo que conocéis», dijo la serpiente sin mentir en absoluto.
«Brrrr... ¿más ácidas que los cítricos?». Un escalofrío le recorrió la espalda.
«Mucho más ácidas que los cítricos», siseó la serpiente con su peculiar lengua.
«No me gusta lo ácido». Para la Mannin, el asunto parecía zanjado.
«Y, sin embargo, esto es importante: solo se puede apreciar en su justo valor lo que es dulce si también se conoce lo extremadamente ácido. Soy un especialista en distinguir entre lo dulce y lo ácido. Mientras no hayas probado lo más ácido, no podrás valorar lo más dulce en su justa medida. Quien nunca ha conocido lo ácido, no puede decir que sabe lo que es lo dulce. Además, los sabores de este fruto especial de este árbol maravilloso son atemporales».

«Yahvé no quiere eso», respondió la Mujer, aún sin estar convencida.

«Os estáis perdiendo algo», respondió la serpiente con ingenio. La Mujer se quedó algo sorprendida. «¿Quizás sea precisamente eso lo que Yahvé nos pide: perdernos algo, no tenerlo ni saberlo todo?», respondió en voz alta el corazón de la Mujer.

«Pero no sabéis QUÉ es lo que os falta y eso es muy cómodo. Entonces no es un regalo, porque no cuesta ningún esfuerzo», dijo la serpiente con voz sibilante.

«No echo nada en falta, Yahvé nos pidió que no comiéramos de él y yo amo a Yahvé. Al fin y al cabo, ¿no lo es todo el amor?». La Mujer fue llevando poco a poco a la serpiente a la desesperación. Belial pensó febrilmente en cómo abordar esto y creyó haberlo encontrado: «Ahí está precisamente el quid de la cuestión: tu Creador te dotó de razón y estamos obligados a usarla, además de nuestro amor por Él», esperaba la serpiente para acelerar el asunto.

«No necesito inteligencia. A mi corazón no le falta inteligencia, porque tengo el amor», dijo ella como si fuera algo obvio.

«Por supuesto que tienes razón», y Belial, impresionado ante tanta oposición, prosiguió desesperado: «¡Pero Yahvé creó la razón precisamente al servicio del amor! ¡No hacer uso de la razón es deshonrar Su creación!».

«Yahvé nos dijo que no comiéramos de la manzana», confirmó ella una vez más, lo que Belial volvió a rechazar con desesperanza, y él tuvo que sacar todo su arsenal: «¡Por supuesto que Él no quiere esto! No se le da algo tan agrio a tus seres queridos. Comerlo es un sacrificio y no todo el mundo puede permitírselo. Solo al ser más elevado se le concede esto y por eso estoy aquí, velando por que nadie más lo coma». Belial notó un ligero

Se acercó a la mujer y no le dio ni un segundo para interrumpirlo. «¡Mírame! ¡Soy el animal más feo de la creación y, precisamente yo, guardo el árbol del bien y del mal por amor a Yahvé! ¡Él me confió esto por amor a mí, su criatura más fea! ¡Soy la prueba más hermosa del amor de Yahvé! ¡Él concede al ser más feo lo que no confía a ningún otro! ¿Acaso me atrevería a engañar a mi noble Creador? Cada día, por mi amor inagotable hacia Él, pruebo todas las manzanas. Examino para Él cuáles son ácidas y cuáles dulces. ¿Me ha echado Él alguna vez? ¿Me ha prohibido alguna vez hablar con vosotros? A veces hay que seguir el instinto para servir al amor. ¡La razón que sirve al corazón fortalece el amor y nunca puede debilitarlo!». Belial exageraba ahora expresamente con su siseante «s» o «z» para despertar la compasión de la Mannin. La Mannin guardó silencio un rato. Algo sucedió en su corazón: lo abrió una rendija. Belial olió a presa: «¡El amor exige sacrificios! A través de la acidez del fruto, llegarás a saber lo que significa la dulzura. ¡Crecerás! Te convertirás en lo que Yahvé pretendía: a su imagen y semejanza. Él os creó a su imagen. ¡Pero ese último pedacito para llegar a ser como Él debe venir de vosotros mismos! Ahí reside vuestra verdadera libertad. La libertad que Yahvé os concedió. Si es cierto lo que Él dijo, y es cierto, entonces es lógico que Él espere ahora pacientemente, sin presión ni prisa, hasta que estéis listos para completar Su creación».

El Hombre guardó silencio y la serpiente sintió que el Hombre a ceder y, solemnemente, como si Belial estuviera revelando un gran secreto, sacó su última arma: «Y

si lo piensas bien, y para eso sirve precisamente la razón, entonces comer de este fruto no es solo un sacrificio de amor, sino también la aceptación del regalo definitivo. Hacer el mayor sacrificio consiste a menudo en aceptar el mayor regalo, tanto dulce como amargo, dulce fácil, amargo difícil, que puedes recibir de alguien, pero también que puedes devolverle a Él, tu Creador. ¡Yahvé es digno del mayor regalo!»

Y la serpiente cerró solemnemente los ojos, como si quisiera decir que todo estaba más que claro y que el Hombre ya tenía que tomar una decisión «sensata». Se había cerrado el debate. Era un juego arriesgado, pero funcionó.

«¿Qué manzana voy a coger entonces?» «Esta».

Y la Mannin cayó.

Eva volvió en sí con una sacudida y miró directamente a los ojos de su amado hijo. El enfrentamiento con el recuerdo de la manzana mancillada solía ser tan doloroso, y aún lo era, pero con el paso de los años se había atenuado. Poco a poco comprendió, en efecto, cuán astutamente había actuado Belial y cómo se había dejado seducir por la razón de Belial —y, por tanto, por la razón en sí misma— hasta entregar su corazón a Yahvé en prenda a esta serpiente. Con mucha determinación había emprendido el camino de regreso al Edén espiritual y, poco a poco, lo había encontrado. Aprendió con dificultad a dar prioridad al conocimiento a través del corazón —antes que al conocimiento a través de los sentimientos, luego al conocimiento a través de la intuición, pero finalmente, de forma mucho más acertada— sobre el conocimiento a través de la razón. Eva estaba totalmente...

Débil y vacía, y Abel la cubrió. Ni un «Ash-hadu an la ilaha illa-llah», ni un gesto superfluo, ni un suspiro ni un aliento: solo dos pares de ojos que apenas se cruzaron fugazmente y que expresaban más sobre el amor de lo que ningún ser humano podría describir con palabras. Abel, por su parte, no conseguía conciliar el sueño. Ni siquiera Loep dormía. ¡El Edén existía! Pero ¿dónde? Durante años habían vagado sin rumbo fijo hasta llegar a este lugar. Sin saber en qué dirección, sin idea de la altitud, sin noción de montaña o valle. «Pocos de vuestros descendientes lograrán, a lo largo de su vida, vislumbrar siquiera un atisbo de Edén», le rondaba sin cesar por la mente. ¡Así que era posible! «En cuanto llegue la primavera, entonces... Sí, entonces...», susurró finalmente antes de quedarse dormido.
Fuera de la cueva rugía una violenta tormenta de nieve, como si Belial intentara con todas sus fuerzas expulsar el calor de sus corazones. Al no conseguirlo, sepultó la entrada de la cueva bajo montañas de nieve en un último intento por contener el peligro de contagio para el resto de la creación.

La tormenta de nieve no podía afectar a Caín en su cueva, situada en el desfiladero sobre el río, pero le resultaba imposible entrar en calor. Por muchas pieles que se envolviera, no lograba ahuyentar la irritación y la soledad. No dejaba de debatirse consigo mismo sobre si ceder o no ante sus padres. Esperaba que, si se mantenía lo suficientemente obstinado, ellos acabarían cediendo. La visita diaria de Abel era tanto un rayo de esperanza como una espina clavada. Le dolía mucho que su hermano ya no lo defendiera abiertamente y que no se esforzara más por convencer a sus padres de que

convencerlos de que tenía buenas intenciones con ellos. No lo hacía por placer, sino para ayudarlos. No le faltaba comida, eso ya lo había solucionado hacía tiempo, y el invierno no le parecía más difícil que el verano. Tras tres días de tormenta de nieve, el viento por fin amainó y un sol entusiasta calentó el lugar. Acababa de empezar a comer cuando la cuerda que colgaba de la entrada de la cueva dio de repente señales de vida. Oyó resonar la voz de Abel. Caín reaccionó sorprendido, al principio no supo qué hacer, pero ya era demasiado tarde y, tarde o temprano, tenía que pasar. Mientras Abel descendía por la cuerda, ya le llegó un olor extraño. Entumecido, llegó a la entrada. Caín fingió que no pasaba nada, saludó a Abel con sincera cordialidad y, al ver lo mucho que tenía de frío, le envolvió enseguida en unas pieles, indicándole con gestos que se sentara junto al fuego. Sobre el fuego se asaba un trozo de liebre de las nieves. Caín se comportó con la mayor naturalidad posible. Abel fingió no mirarlo en absoluto. Caín le tendió un trozo de muslo como si fuera lo más normal del mundo. «¿Tienes hambre? ¡Prueba! Está realmente bueno y es muy nutritivo», dijo mientras miraba con justificada preocupación al delgado Abel. Él mismo dio un gran bocado y masticó lentamente mientras observaba minuciosamente a Abel. Los pensamientos de Abel iban de un lado a otro, al igual que sus ojos, que se torcían y se desviaban por el hambre. Pero ¿carne, eh, comer animales? ¡No! ¿Cómo podía evitar herir a Caín? Optó por la cariñosa contrapregunta para no tener que responder. «Me iré a buscar el Edén cuando llegue la primavera», respondió rápidamente, antes de que Caín le repitiera la oferta. Abel contaba con que esto se interpretara como una pregunta. Caín siguió masticando tranquilamente

hasta que se quedó con la boca vacía y, por respeto a Abel, no se atrevió a dar otro bocado de inmediato. Abel esperaba aparentemente con paciencia una respuesta a su pregunta poco entusiasta. «¿Eden?», respondió Caín lacónicamente, con ojos aparentemente interrogantes pero incrédulos, y enseguida puso a prueba a Abel por segunda vez. «¡Toma un bocado! ¡Prueba! No te vas a morir y además está bastante bueno», y le puso el bocado delante de las narices a Abel. Caín acorraló a Abel. «Acabo de comer bien», probó a decir, con cierto éxito. Estuvo bien jugado. Caín intentó no sentirse rechazado. Quería demasiado a su hermano y también respetaba su comportamiento coherente a pesar del hambre visible en sus ojos. La pregunta de qué era lo que había comido «bien» ya estaba en sus labios, pero logró contenerse por los pelos para no burlarse de la elección de Abel. Rápidamente cambió de tema: «¿Eden? ¿No está muy lejos?».

Abel respondió agradecido: «Mi padre me dijo esta mañana
que un querubín con una llama de la espada giratoria vigila la puerta. Debe de verse desde lejos». Y añadió de inmediato: «Primero voy a subir al Djebel Akhbar para ver desde dónde se ve exactamente esa llama».

Caín no pudo hacer frente a tanta ingenuidad infantil y se le partió el corazón al oír a su hermano pequeño hablar con tanto entusiasmo. Pero le preocupaba su estado físico, pues estaba seguro de que Abel haría lo que él le dijera y, en aquel lamentable estado, nadie podía conquistar el Djebel Akhbar con vida. Iba a ayudarle y protegerle, así que volvió a tomar el perno en la mano, trazó unos garabatos en el aire con él y, sacudiendo la cabeza, finalmente hizo un

Propuesta. «Prometámonos lo siguiente: tú averigua dónde está el Edén, me mantienes informado y yo te acompaño al Edén con dos condiciones. Una, que ahora te repongas con esta comida. ¡Y lo suficiente, no solo un poco! Dos: ¡Loep viene con nosotros! Sin Loep, es muy peligroso viajar tan lejos por tierras desconocidas», y le puso el bocado justo delante de las narices a Abel y lo miró fijamente a los ojos. Abel estaba atrapado: su estómago y su razón dijeron que sí de inmediato, al igual que sus sentimientos hacia su hermano, y su corazón solo opuso una débil resistencia. Inocente e inexperto, aceptó el trozo de carne con alivio. Le dio un mordisco y la sincera sonrisa de su hermano le supo como la mejor especia que lo aderezaba. Charlaron durante mucho rato y Caín estaba encantado de poder por fin presumir de sus historias de caza. Abel escuchaba con placer, pues veía a su hermano tan radiante por primera vez en mucho tiempo, pero él mismo no dijo ni una palabra de lo que había podido vivir en la cueva y se limitó a escuchar sumisamente.

Cuando Abel se disponía a marcharse, uno de...

El entusiasta Caín le pidió que esperara un momento y se adentró en la cueva para regresar con un chaleco, unos pantalones y un calzado perfectamente confeccionados con piel de oso. Con mirada compasiva, ayudó a su hermano a ponerse la ropa. Caín tuvo que tragar saliva al ver los omóplatos de Abel y las puntas afiladas de sus vértebras marcadas nítidamente contra su pecho. ¿Cómo estarían sus padres, que sin duda se habrían privado de comer para poder darle algo a Abel? Aquello entristeció a Caín y, al mismo tiempo, lo llenó de rebeldía.

«Sabía que algún día podría regalártelo». Abel...

respondió a su hermano con un nudo en la garganta. «¡Es demasiado grande!», intentó reírse de sí mismo, «¡es como si tuviera que volver a ponerme uno de esos trapos viejos!».

«Llévate también esta bolsa y te espero aquí mañana, cuando el sol esté en su punto más alto». Caín llenó rápidamente la bolsa con tornillos para Loep y algo de carne extra para Adán y Eva. Caín hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz y se despidió de Abel con la mano mientras este comenzaba su peligrosa ascensión. Loep lo miró extrañado al ver a Abel con un traje nuevo. Eso devolvió a Abel inmediatamente con los pies en la tierra. Si Loep ya lo miraba así de raro, ¿cómo lo harían sus padres? A Loep le interesaba más la bolsa y Abel le dio los huesos. Y vaya si se alegró: se los tragó como si tuviera que chupárselos. Con sentimientos encontrados, Abel se dirigió a casa y repitió minuciosamente el guion que iba a representar. Solo hablaría con su madre y le contaría todo con sinceridad, tal y como había sucedido. Llegó a la cueva. La nieve se había amontonado tanto contra la entrada que él y Loep habían tenido que cavar un túnel para atravesarla. La ventaja era que el calor se mantenía mucho mejor dentro de la cueva y que el agua estaba, literalmente, al alcance de la mano. Gritó el nombre de Eva antes de entrar para no perturbar el descanso de su padre. Eva salió y se sobresaltó al ver su enorme abrigo, pero se recompuso. «Me lo ha dado Caín, mamá y yo os mandamos saludos», intentó decir alegremente. Ella esbozó una sonrisa forzada y él fue directo al grano. «Hay algo más, pero dadme la oportunidad de explicarlo». Abrió la bolsa con la carne asada. Eva se mantuvo firme. Buscó algo donde sentarse y Abel se sentó frente a

Se sentó junto a ella y le contó palabra por palabra lo que se había dicho en la cueva de Caín, haciendo especial hincapié en el trato que había hecho con él para ir juntos a buscar el Edén, con la condición de que él se hiciera más fuerte. Abel parloteaba sin parar para pedirle que comprendiera a Caín y abrigara la esperanza de que juntos fueran a buscar el Edén. Destacó cómo Caín había renacido y cómo su amargura se desvanecía como la nieve al sol. Suplicó casi desesperadamente no perder su amor. Eva solo escuchaba con medio oído y con el otro sondeaba constantemente su corazón. De repente, le puso el dedo índice sobre la boca. Él calló. Ella tomó un trozo de carne con la mano izquierda. Con el dedo índice derecho señaló desde la carne hacia su pecho y negó con la cabeza. A continuación, señaló su pecho y su boca y asintió con la cabeza, y le dio de comer llevándole la carne a la boca mientras decía «Ash' hadu». Solo le permitió dar pequeños bocados. Y con cada pequeño bocado completaba la frase: «an la», siguiente bocado «ilaha», siguiente bocado «il-la-llah» y así sucesivamente. Después le dio el trozo completo y le indicó que ahora debía hacerlo él mismo. Y Abel comió la carne y rezó al mismo tiempo, tal y como ella le había pedido. Así seguiría haciéndolo. Ella sonrió con ánimo, se levantó, pero el corazón de Eva se sentía inquieto y dudaba vagamente si había actuado correctamente y si no sería mejor romper su silencio para darle más explicaciones a Abel. Llevaba mucho tiempo sospechando que Belial ya no cambiaría su forma de hablar, ya que nunca la había debilitado. Al contrario: la había hecho más fuerte y a menudo la había protegido.

A Belial no le disgustaba en absoluto cómo iban las cosas.

Ahora los humanos se comían a los animales y habían caído tan bajo como los propios animales. Pero, sobre todo, la pequeña sombra de duda en Eva y la idea de un Miguel «preocupado» en el Santo de los Santos le bastaban por el momento. La derrota que había sufrido antes la convertiría aquí en la Tierra en una victoria rotunda. Todo se abría ante él y, en un arrebato de generosidad, rompió de inmediato su resistencia a un invierno suave.

7. Djebel Akhbar

La razón no me sirve de nada.

Oscar Wilde, De Profundis

Antes de que Abel pudiera percibir nada, Loep aguzó el oído con toda su atención. Emocionado, le indicó a Abel hacia dónde ir. «Creo que más bien por aquí, Loep», dijo él, pero Loep no se dejó convencer. Abel sintió curiosidad por el motivo del comportamiento inusual de Loep.

Se encontraban al pie de la estribación occidental del Dje-bel Akhbar. En lo alto, ante ellos, la imponente Montaña-Que-Ve-Lejos desplegaba su larga falda. Loep avanzaba impaciente, pero esperaba siempre inquieto a que su amo lo alcanzara. De repente, Abel también oyó resonar una canción entonada en un solo tono.

Desde una montaña se ve lejos. En
una montaña pareces grande
En una montaña puedes dormir

Pero la montaña no
cambia.
La gota de lluvia sí, que
cae,
sin saber dónde,
cuándo o cómo se
encuentra con el
mar, se convierte en
el mar.
La montaña conoce la pasión de la gota de lluvia por
convertirse en el mar

.

¡Un anciano frente a una cueva!
Loep corrió hacia él loco de alegría, pero a un metro de él se detuvo en seco, se inclinó sobre sus dos patas delanteras, metió la cabeza entre las patas, aplastó las orejas y esbozó en sus ojos la mirada más sumisa que Abel había visto jamás.
«¿Os conocéis?», dijo Abel, gratamente sorprendido, mientras el anciano acariciaba a Loep.
«Conocí bien a sus padres y antepasados, hace mucho tiempo. ¿Qué te trae por aquí, joven?»
«Espero poder ver el Edén desde la cima. Si hay un lugar desde el que se debe poder ver el Edén, ese e »
El anciano lo interrumpió: «La montaña es altísima y difícil de escalar».
«¿Has estado ya en la cima?», preguntó Abel con curiosidad.
«Antes sí, cuando tenía piernas y brazos jóvenes como los que tú tienes ahora. Los necesitas. Ahora ya no puedo llegar arriba. Conozco el camino

».

«¿Entonces no podríamos ayudarnos mutuamente? Mira, tengo una correa larga de cuero. Te tiraré o te ayudaré. ¡Y si hace falta, te subiré en brazos! Siempre y cuando tú me indiques el camino. ¿Se ve bien Eden desde allí?»

«Sí, muy bien incluso. Pero ¿por qué tienes que ver Eden a toda costa?»

«Es una larga historia».

«Vamos, está anocheciendo. Encenderemos una hoguera para pasar la noche y luego podrás contarnos tu historia mientras tomamos un poco de fruta y galletas de miel».

Y así transcurrió el encuentro entre el anciano y el joven Abel, quien le contó su historia al anciano sin parar. Este escuchaba con paciencia, pues no quería herir a Abel de ninguna manera. El anciano se sintió especialmente conmovido cuando Abel le contó con detalle cómo creía haber desentrañado el secreto del cabello de Eva y, por primera vez, Abel se atrevió a expresar su fuerte sospecha en su propio idioma, sabiendo que Eva nunca se vería en problemas por ello y partiendo de la base de que este anciano nunca la conocería.

A la mañana siguiente, de madrugada, se prepararon para iniciar el ascenso. «Loep tiene que quedarse aquí para vigilar mi cueva», dijo el anciano, y Loep obedeció con sorprendente docilidad. «Yo llevaré ese pesado equipo tuyo», insistió Abel, que comenzó la subida cargado como una mula. El anciano no se atrevió a rechazar su oferta, pues se cuidaba mucho de no desanimar a Abel de ninguna manera. Así partieron. Loep se quedó atrás.

¡Siete días y siete noches! Tardarían siete días completos en llegar a la

«Habían llegado a la cima», había dicho el anciano Abel. «¿Te parece bien? La cima está muy alta», le había preguntado de nuevo el anciano, y Abel le había respondido con determinación: «No tengo otra opción: tengo que hacerlo, por mis padres y mi hermano». En cuanto comenzaron a subir la primera cuesta empinada, Abel se dio la vuelta, cogió la correa de cuero y la ató entre los dos. «Si quieres, puedes colgar algo ahí, yo te tiraré; ya me alegro de que conozcas el camino». Así continuaron ese primer día. Por muy joven y fuerte que fuera Abel, era un peso de plomo. El anciano caminaba detrás de él y a veces se dejaba colgar un poco de la cuerda para no mostrar en absoluto que le costaba, pues no quería herir a Abel de ninguna manera. Por muy hermosa que fuera la naturaleza, Abel pronto dejó de poder disfrutarla. La mochila que llevaba a la espalda pesaba como plomo y le dolía bastante. Cada vez que veía aparecer ante él la imponente cima entre las nubes, se alegraba de tener un guía, ya que así se reducía al mínimo el riesgo de perder energía innecesariamente por tomar caminos equivocados. Al caer la tarde, justo antes de que Abel se rindiera exhausto, el anciano lanzó un grito: «¡No puedo más! Aquí a la izquierda, un poco más arriba, hay una cueva con algo de provisiones. Pasemos allí la noche». Abel se desplomó y el anciano fingió que no podía avanzar ni un milímetro más, pues no quería poner a Abel en una situación embarazosa bajo ningún concepto. El anciano encendió un fuego, calentó una taza de agua con hierbas antes de que Abel pudiera recuperarse del todo y se la dio a beber. Sabía deliciosa y, sobre todo, le animó el ánimo. Tras un suculento pastel de miel, apenas pudo decir «gracias» y se quedó dormido con una amplia sonrisa.

mientras el anciano cantaba la canción de la montaña.

Desde una montaña se ve lejos En
una montaña pareces grande
En una montaña puedes
dormir Pero la montaña
no cambia.

A la mañana siguiente, el anciano se había levantado temprano y tenía preparado un delicioso desayuno. «Tómate todo lo que quieras, yo ya he comido». Se quejaba de que le dolían todos los huesos, pues no quería dar a Abel la impresión de que estaba débil. «Si quieres, te ayudo a llevar parte de tu carga. Hoy va a ser un día duro», dijo el anciano, tanteando el estado de ánimo de Abel. «No, eso no puede ser», le aseguró Abel. «Para mí ya es muy duro, ¿cómo de duro debe de ser entonces para ti? Cuando ya no puedas más, solo tienes que decírmelo y descansaremos», dijo Abel, sinceramente preocupado.

Así reanudaron el camino. El sendero se hacía más empinado y ahora estaba sembrado de grandes cantos rodados angulosos, sobre los que las suelas de cuero de Abel pronto empezaron a fallar. Le salieron grandes ampollas en el talón y los dedos de los pies. —Para. No puedo más —fingió el anciano—. Me he hecho daño. Sacó de su bolsa una pomada de caléndula y aloe, se la untó en el talón y señaló a Abel. Este le tendió agradecido los pies y el anciano se los curó con destreza. Después sacó un viejo par de suelas. «Siempre llevo algunas de repuesto», le guiñó un ojo a Abel, quien las aceptó agradecido.

Continuaron su camino. El anciano sabía exactamente qué dificultades...

Las dificultades aún estaban por llegar, pues él conocía cada piedra, cada curva, cada escalón. Aunque era mejor que él fuera delante, Abel quería cuidarlo llevándolo a cuestas, y el anciano se mostraba siempre cauteloso para no hacer daño a Abel. Sin embargo, pronto se volvió cada vez más difícil para Abel y el anciano gritaba a tiempo: «¡Para! Descansemos un momento, no puedo más», de modo que Abel pudiera recuperar fuerzas mientras el anciano sacaba algo reconfortante de su bolsa. «Ahora viene un tramo difícil: empinado y también peligroso. ¿Te importa si voy delante un rato? Sé exactamente dónde debemos poner los pies».

«No pasa nada. Tómate tu tiempo. Al parecer, la cumbre no se va a mover», dijo Abel con una sonrisa amarga mientras alzaba la vista. Parecía como si no hubieran avanzado ni un metro, tan lejana parecía.

Siguieron adelante. El anciano iba ahora delante y, ante la más mínima tensión en la cuerda, reducía suavemente el paso. Avanzaban muy lentamente. El anciano tenía que detenerse con frecuencia. No por él, sino para que Abel recuperara fuerzas. Abel tampoco volvió a pedir ir delante. «Es más sensato que vayas tú delante. Tú conoces el camino. Yo me encargaré de llevar la carga», se dijo a sí mismo para convencerse. Aquella noche, el anciano se detuvo mucho antes de lo previsto porque notaba que Abel necesitaba cada vez más la cuerda que los unía para seguir adelante. «Aquí hay una cueva con provisiones. Vamos a parar aquí un poco antes para recuperar energías para mañana. ¿Ves esa empinada pared de montaña de allí? Mañana tendremos que escalarla. No hay ningún camino que la rodee». Abel no protestó y miró con evidente incredulidad hacia

La tarea imposible del día siguiente. La pared resplandeciente, intacta y escarpada actuaba como un espejo para el sol poniente. El anciano encendió inmediatamente un fuego en la cueva, le dio a Abel algunas pieles de animal más para pasar la noche, le curó las heridas, preparó una infusión de hierbas y repartió la comida, dándose a sí mismo una ración más pequeña. En realidad, no necesitaba comer, pero lo hacía para no poner a Abel en un aprieto. «No te preocupes por mañana. Conozco la pared de la montaña como la palma de mi mano. Durante muchos años he escalado esta pared cada semana», intentó animar a Abel. El calor, la comida sustanciosa y la bebida caliente surtieron efecto y Abel pronto cayó en el país de los sueños. El anciano miró con ternura al joven agotado. La fuerza de voluntad del joven Abel le sorprendía y, sin embargo, tampoco le extrañaba. Al fin y al cabo, el motivo de Abel era noble y tan grande como el amor por su familia. El anciano le tarareó en voz baja la canción de la montaña. Abel estaba tan agotado que no se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Tras apenas dos días, estaba tan exhausto que no se percataba de la fuerza con la que aquel anciano lo rodeaba incesantemente de cuidados, y mucho menos podía pensar con claridad para darse cuenta de que ningún ser humano era capaz, por sí solo, de conquistar la cima del Djebel Akhbar.

Llegó el tercer día. Hacía frío a tanta altura y
el lado noroeste carecía por completo de sol.

El anciano se vistió con pieles de animales adicionales y protección para los pies, aunque no las necesitaba, pero no quería ofender a Abel y logró convencerlo de que se vistiera de la misma manera. Con gran destreza, fabricó con piel...

Con unas correas, le colocó un arnés alrededor de la cintura y los muslos a Abel para sujetarlo a sí mismo durante el ascenso por la empinada pared. Alivió la carga que Abel llevaba a la espalda sin que este protestara lo más mínimo. Abel lo soportó todo con resignación, pues se había llevado un gran susto al encontrarse al pie de la empinada pared de la montaña y mirar hacia arriba. El primer tramo aún se podía soportar, pensó, pero la parte más alta parecía un espejo vertical. Poco a poco comprendió que su única posibilidad de sobrevivir consistía en una entrega incondicional a este hombre amable que, además, resultó ser amigo de Loep, lo que fuera que eso significara, pero la idea le ayudó. Comprendió que debía obedecer al pie de la letra y entregarse sin pensarlo dos veces a aquel anciano que, al parecer, conocía la montaña como la palma de su mano. No tenía elección y, por primera vez en su joven vida, debía poner su vida ciegamente en manos de otra persona. Y además, en manos de un desconocido. Pero él entendía más que eso. No debía ser una cuestión de «tener que», sino de «querer», y también en eso contribuía enormemente el amor que irradiaba aquel hombre.

«¿Listo?» El anciano se sentó con una flexibilidad inusual frente a su Se movía con cautela y eligió deliberadamente un ritmo lento para no asustar a Abel. Abel concentró las escasas fuerzas mentales que le quedaban en cada movimiento del anciano que tenía encima. Buscar apoyo con la mano izquierda en esa repisa, luego colocar el pie derecho en esa grieta de la roca, impulsarse y, al mismo tiempo, agarrar con la mano derecha ese pequeño saliente rocoso un poco más arriba para luego volver a colocar el pie izquierdo en esa hendidura más elevada. Sin descanso y minuciosamente, siguió cada gesto del hombre, lo grabó en su

en su memoria para no confundir el orden. Sin embargo, como un depredador al acecho, un enemigo se coló en su mente. Al principio, el dolor de cabeza era solo una ligera opresión, nada grave a primera vista, pero poco después se convirtió en un martilleo intenso y agudo. Le resultaba extremadamente difícil concentrarse, pero con fuerza de voluntad siguió adelante, por miedo a que, de lo contrario, se cayera y arrastrara al anciano. Ni siquiera habían recorrido la mitad del camino y, para colmo de males, ahora también empezaba a sentir náuseas y a vomitar. El anciano miró hacia abajo con preocupación, comprendió lo que estaba pasando y se abrió paso hasta una solitaria cornisa cercana para que pudieran descansar un rato. A Abel le daba vueltas la cabeza sin remedio y le parecía que su cráneo era demasiado pequeño. Su corazón latía a toda velocidad y su respiración intentaba en vano seguir ese ritmo infernal. —Lo siento —balbuceó al anciano. Jadeaba con dificultad y sentía cómo toda la energía de su cuerpo y sus extremidades se hundía en ese abismo que se extendía bajo ellos. El anciano metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de algún arbusto extraño, que se llevó a la boca para indicarle a Abel que la masticara. El abismo a sus pies, el cielo nunca tan cerca. «Tenemos que seguir adelante», le dijo el anciano en voz baja a Abel al cabo de un rato y, por primera vez, Abel lo miró a los ojos sin timidez y reconoció los ojos de un joven en la plenitud de su vida. Ya no veía arrugas ni canas, sino un par de ojos resplandecientes. Abel no sabía si estaba soñando o alucinando, pero asintió con la cabeza. No tenía otra opción. Pero había algo más fuerte: tenía una confianza inquebrantable y una fe inquebrantable en este hombre. Su vida estaba a salvo con él y él también quería a este hombre

sin hacerle daño. El anciano se enderezó para afrontar el tramo final y más difícil. Paso a paso, mientras subía, sentía cómo la cuerda tiraba de Abel cada vez con más fuerza hacia abajo. Abel se apoyó contra la pared, casi inconsciente, y el anciano redujo ligeramente la velocidad para que Abel no se diera cuenta, pues no quería hacerle daño, y así, lenta pero seguramente, arrastró a Abel como una pluma montaña arriba. El plomo se convirtió en aire. Abel había perdido todo conocimiento y punto de apoyo.

Abel se despertó por primera vez horas más tarde, junto a una hoguera que ardía con fuerza. Su mente seguía dolorosamente entumecida y, una y otra vez, se desmayaba, envuelto en alguna extraña historia o aventura. Deliraba o soñaba con soñar. A veces creía sentir una mano que lo acariciaba, como solía hacer Eva. Repetía una y otra vez «gracias», no es que supiera a quién se lo decía ni por qué, pero eso era lo que sentía. A veces veía a un anciano, otras a un anciano joven, otras a un joven anciano y, cada vez más, veía a un joven. Un joven que resplandecía. «Ash' hadu an la ilaha illa-llah», le dijo al joven intuitivamente en uno de sus sueños o delirios. «Creo que hay un solo Dios», repitió Abel en su propia lengua materna, pues ni siquiera en su aturdimiento quería herir al joven. De repente, el joven se inclinó con cautela hacia él y le susurró suavemente al oído, pues él tampoco quería herir a Abel: «Testifico: no hay más Dios que Dios». Abel recibió, con toda sencillez y la más infantil humildad, la traducción exacta del secreto de Eva como regalo, para volver a sumirse inmediatamente en un profundo coma. Al instante, Eva apareció en su sueño y él también oyó

Eva se dirigió a él en su propia lengua materna: «Doy testimonio: no hay más Dios que Dios». De inmediato, el sueño lo transportó al invierno pasado, cuando grandes carámbanos a la entrada de la cueva se derramaban en gruesas gotas sobre tres personas que ya no lloraban. Gotas que, liberadas del frío glacial, se sacrificaban desinteresadamente por ellos para purificarlos y se dejaban llevar por Yahvé hasta el árbol primigenio del bien y del mal en el jardín del Edén.

Gotas.
Segundos que se
desvanecen. Que se suman
hasta convertirse en días.

—¡Eden! —exclamó Abel de repente y se incorporó de un salto. De inmediato se sintió lúcido, y el dolor de cabeza insoportable había desaparecido. El joven se acercó a él y le dio de beber. Abel se sintió tan feliz de ver al joven y no al anciano, feliz porque no todo resultó ser un sueño y con ello se confirmaba lo que era real. Su gratitud no dejaba de crecer. «Doy testimonio: no hay más dios que Dios», le preguntó Abel con cautela al joven, quien respondió exactamente: «Ash' hadu an la ilaha illa-llah».
«Es el séptimo día. El sol está a punto de salir. Podemos subir a la cima», dijo el joven, y se dispuso a arreglar el cinturón de cuero y la armadura. A Abel le resultaba un misterio cómo habían podido acercarse de repente tanto a la cima, pero cuando vio ese cinturón de cuero, de repente comprendió lo que tenía que hacer. Abel se acercó al joven con las piernas temblorosas y le puso la mano en el brazo. «Llévame», le pidió.

—dijo en voz baja. Sin embargo, el joven siguió imperturbable con la preparación de la armadura de cuero. —Llévame una vez más — insistió Abel de nuevo, demostrando así su confianza incondicional y su gratitud.

Así fue como, al séptimo día, un joven llevó en brazos a otro joven hasta la cima del Djebel Akhbar. Aún estaba oscuro. Pero no por mucho tiempo. El joven que llevaba al otro joven no tropezó ni una sola vez, no descansó ni una sola vez, no habló ni una sola vez. Conocía la montaña y la montaña lo conocía a él. Conocía sus cantos rodados, sus rocas, sus grietas y su hielo. Desde el oeste cruzaron ahora la cima hacia el este y, sin decir una sola palabra, contemplaron la llama ascendente de la espada giratoria que surgía lentamente de la nada en la lejanía y comenzaba su giro de aquel día. Abel estaba agradecido. El Edén existía y ahora sabía dónde encontrarlo. Abel miró al joven a su lado, que resplandecía en una luz primigenia.

«"¿Quién eres tú?", esa es la pregunta que quieres hacerme ahora», rompió el joven el largo silencio, mirando a Abel. Abel no se sorprendió y asintió con la cabeza.

«Soy Djibril, uno de los siete arcángeles de Yahvé». «Ojalá yo también fuera un ángel de Yahvé», musitó Abel en voz alta y con sinceridad.

«Debo advertirte, porque también hay ángeles apóstatas que tienen malas intenciones hacia los humanos». Acto seguido, Djibril le contó con todo detalle la historia de la caída de Belial y sus ángeles. Los ojos de Abel se abrían cada vez más por la sorpresa. Intentó captar cada palabra hasta en el más mínimo matiz

en su mente. Aunque no pudiera comprenderlo de inmediato, su memoria lo anotaba todo palabra por palabra y confiaba firmemente en que la comprensión llegaría más tarde.

Se hizo el silencio.

La espada del querubín ya se había alejado mucho de su punto de partida y contemplaba con benevolencia al hombre y al ángel de Yahvé, sentados en la cima de la montaña más alta.

«Quiero quedarme aquí para siempre», dijo Abel, «junto a ti, Dji-bril».

—Entonces tenemos que irnos ya —dijo Djibril, incorporándose con una sonrisa. «Porque el Edén no se alcanza en la cima de una montaña. Para llegar al Edén hay que bajar. Muy abajo. ¡Te lo voy a enseñar!». Mientras volvía a tomar a Abel en sus brazos, le ordenó: «Cierra los ojos», y Abel sintió una suave brisa acariciándole el cabello, como si él mismo fuera el viento. «Abre los ojos», y Djibril soltó a Abel.

Se encontraban a solo unos cien metros de altura, en la primera meseta de la montaña, donde había un gigantesco lago de montaña con un desbordamiento de agua que se precipitaba hacia abajo con estruendo.

¡Sorpresa! Loep se acercó corriendo alegremente y, sí, a Abel ya nada le sorprendía.

«Quiero darte tres cosas más», dijo el ángel, y Djibril llevó a Abel hasta el borde de la gigantesca cascada. Abel no tenía miedo, Djibril estaba cerca.

«Vuelve a girarte un momento hacia la montaña. ¿Ves todos esos pequeños y tranquilos riachuelos de montaña que alimentan este gran lago?»

El ángel metió la mano en el lago y dejó caer las gotas de su mano en el agua.

«Todas estas gotas forman este lago. Hay gotas que dicen: ya he tenido suficiente, la caída ya me ha resultado bastante dolorosa y por fin descanso, pero en este lago bullen febrilmente los rumores sobre un mar lejano. Cada gota representa su elección. Al pie de esta gran cascada hay un pequeño lago donde, una y otra vez, los mismos rumores, historias, sueños y testimonios se repiten entre las gotas. Después, en una cuenca más baja, de nuevo y muchas veces más, la misma elección que cada gota debe hacer por sí misma: si quiere soportar el dolor de la siguiente caída», y Djibril no terminó la frase mientras, con mano suave, volvía a girar a Abel hacia la enorme cascada a sus pies.

Entonces, el ángel volvió a sumergir la mano en el agua y dejó que las gotas de su mano caer en la cascada ante los ojos de Abel. «Pero esto es en lo que debes convertirte, Abel: tan pequeño como la gota, con tanta pasión como la gota para perderte en el mar y convertirte así en el mar. ¡No temas al dolor, Abel! ¡Cuanto mayor sea el miedo que superes, menos dolor sentirás! ¡Recorre el camino de tu corazón!».

Abel repitió cada palabra.

A continuación, Djibril regresó con él a la llanura de la meseta y sacó un pequeño paquete.

«Este regalo es para tus padres y solo para ellos. Enseguida sabrán quién se lo envía», y él mismo metió el pequeño paquete en la bolsa de cuero que Abel llevaba para el camino. «Guárdalo con tu vida».

Después se dirigió a un gran peñasco y se colocó detrás de él, fuera del campo de visión de Abel.

«¡Susurra algo!», gritó Djibril en voz alta desde detrás del peñasco. «Te quiero», dijo Abel en un susurro inaudible.
«Verás, tú no me ves, pero aunque hables en voz baja, yo te oigo y yo también te digo: "Te quiero"».
«Ahora piensa en algo», ordenó Djibril de nuevo.
Abel pensó en Loep, que tenía un triste presentimiento ante todo esto.
«No me ves y, sin embargo, sé que estás pensando en Loep».
«¡Mira a algún sitio!», ordenó Djibril de nuevo.
Abel miró hacia la cima de la montaña.
«No me ves y, sin embargo, sé que estás mirando hacia la cima».
A Abel se le llenaron los ojos de lágrimas de gratitud una vez más. Esperó a que Djibril volviera a aparecer. Pero Djibril no vino. ¿Cómo iba a venir si siempre estaba allí? Loep entonó de inmediato una despedida lastimera.
«¡Djibril!», gritó Abel con vehemencia hacia la cima del Djebel Akhbar, como si creyera que estaba escondido allí, detrás de la cima. «Doy testimonio: ¡no hay más Dios que Dios!», resonó en su boca y la montaña lo repitió muchas veces.
Saludó con la mano a la cima, sabiendo con certeza que Djibril lo veía. Abel y Loep emprendieron el camino de vuelta de buen humor y Abel cantó a pleno pulmón la canción de la montaña.

Desde una montaña se ve lejos.
En una montaña pareces
grande.
En una montaña puedes
dormir, pero la montaña
no cambia.
Una gota de lluvia sí,

que cae sin saber
dónde, cuándo o
cómo se encontrará
con el mar,
Se convierte en el mar.
La montaña conoce la pasión de la gota de lluvia por
convertirse en el mar
.

8. AQUEL QUE MATA A LOS OSOS

Me resultaba indiferente la vida de los demás. Satisfacía mis placeres donde me placía y seguía adelante. Olvidé que cada pequeño acto de la vida cotidiana influye en el carácter, ya sea formándolo o destruyéndolo, y que, por eso, lo que uno ha hecho en su intimidad, algún día tendrá que proclamarlo a los cuatro vientos. Dejé de ser dueño de mí mismo. Ya no estaba al timón de mi alma, y no lo sabía.

OSCAR WILDE, DE PROFUNDIS

La luna ya había pasado dos veces de ser una hoz a un disco y aún no se veía ni rastro de Abel. Desde su cueva, al fondo del desfiladero, Caín podía ver alzarse la imponente cima del Djebel Akhbar. Si antes apenas le prestaba atención, ahora no podía apartar la vista de ella. Ya era el final de la primavera y la ausencia de Abel lo inquietaba cada día más. Ah, sí, Abel y Loep partieron muy fortalecidos por la sustanciosa comida que Caín les había proporcionado, pero la cima de la montaña parecía simplemente inalcanzable. Solo esperaba que Abel volviera pronto sobre sus pasos. Cualquier excusa que Abel quisiera inventarse, Caín se la tomó

para no poner a Abel en un aprieto ni hacerle pasar un mal rato con preguntas incómodas. Estaba muy preocupado por el hermano al que tanto quería. Tomó una decisión: al amanecer, cogería sus lanzas y provisiones y saldría en busca de su hermano. No podía quedarse de brazos cruzados por más tiempo. La dirección era clara y se sabía de memoria todos los caminos que llevaban al Djebel Akhbar. Su decisión le tranquilizó de inmediato, pero la noche no pasaba lo suficientemente rápido. En sueños, sentía intensamente el mismo sudor que cuando se acercaba a una de sus trampas y ya oía desde lejos los gemidos o resoplidos del animal desesperado, moribundo y herido. Físicamente sin descansar, pero mentalmente despierto, se puso en marcha antes del amanecer. Primero caminando, luego acelerando el paso, después corriendo, persiguiendo el amor por su hermano con la esperanza de poder dejar atrás más rápido el miedo y la inquietud. Caín conocía su inmenso terreno de caza como la palma de su mano. Su cuerpo estaba entrenado. Ningún animal se atrevía a interponerse en su camino. Su fama era de sobra conocida. «El que mata osos», lo llamaban todos los animales con reverencia. Caminó un día. Caminó dos días, tres días. Al cuarto día, hacia el mediodía, subió corriendo la cresta de una ladera y se detuvo en seco al contemplar un espectáculo inesperado. En el fondo del valle vio a Loep en medio de una manada de lobos, completamente rodeado, con su líder frente a él. Loep, fortalecido por la comida de Caín durante el invierno, había logrado mantener a raya a la manada todo ese tiempo y aún le sobraba energía. El líder de la manada comprendió que su posición estaba en juego y estaba dispuesto a defender su lugar a vida o muerte. Loep se mostraba seguro de sí mismo y no se dejaba intimidar...

correr. Algo le confería una fuerza sobrehumana. El cuello erguido. Los colmillos al descubierto. Podía aguantar así durante días, en comparación con el lamentable estado en que se encontraba su oponente. Los ojos de Caín buscaron a Abel. En vano. «El que mata osos» lanzó el ataque sin demora y bajó la montaña gritando a voz en cuello. Loep levantó la vista sorprendido, lo que le distrajo, y el líder de la manada aprovechó para atacar de inmediato. Se abalanzó sobre la garganta de Loep, pero este, con un rápido reflejo, logró esquivar por los pelos su primer ataque. Los demás lobos siguieron el ataque de su líder y Loep quedó sepultado bajo una avalancha de lobos, sin posibilidad de defenderse. En su ceguera y furia, olvidaron el ataque de Caín hasta que este, con un hábil lanzamiento de su lanza, alcanzó a uno de ellos, justo en el vientre. Su presa aulló tan fuerte que todos los demás lobos se dispersaron en desorden.

—¡Abel! —gritó en voz alta, sin esperar respuesta—

Inmediatamente se ocupó de Loep. No sabía si gemía de dolor o de alegría, Caín no podía distinguirlo. Tenía la nalga abierta y sangraba profusamente. «¿Abel?», le preguntó a Loep, y este movió la cabeza en una dirección concreta. Eso le confirmó a Caín que Abel aún estaba vivo, y eso le dio alas. Caín se levantó, primero acabó sin piedad con el lobo herido y enseguida comenzó a aplicar un vendaje compresivo sobre la horrible herida de Loep. Hábilmente encendió un fuego y colocó en él una piedra un poco más pequeña que la herida. Intentó explicarle a Loep lo que iba a hacer. Una vez que la piedra estuvo caliente, la sujetó entre dos palitos y la introdujo en la herida para detener la hemorragia. Loep hizo todo lo posible por no llorar. A continuación, Caín tomó la punta más afilada de su cuchillo y pinchó

hizo unos agujeros a ambos lados de la herida abierta y alargada. A continuación, tomó una espina afilada del mayor róbalo que había pescado jamás. Le ató con destreza un tendón pelado de la pata delantera de un corzo y comenzó a coser de la misma manera que confeccionaba sus chalecos de cuero o sus trajes de abrigo. La herida de Loep debía descansar al menos veinticuatro horas para que no volviera a sangrar. Por eso salió a explorar. Caín buscó un lugar que pareciera defendible a toda costa. La seguridad de Loep nunca había sido un problema mientras pudiera huir del peligro. Dado que la vida de Loep era de vital importancia para encontrar a Abel, sobrevivir a la noche en terreno transitable era de importancia primordial. Sería la primera noche en la que Caín no podría dormir en un árbol, ni en una cueva segura, ni en una cornisa elevada. Al fin y al cabo, todos los osos querían vengar la muerte de sus seres queridos con la vida de «Aquel que mata osos». Para colmo de males, Caín encontró excrementos frescos de oso no muy lejos de un lugar que parecía perfectamente defendible: una meseta rocosa bastante grande bajo un acantilado escarpado al que solo conducía un estrecho camino de acceso rodeado de espesa maleza. Ya no dudó más y llevó inmediatamente en brazos al debilitado Loep hasta ese lugar, lo acostó con cuidado y empezó de inmediato a reunir una gran reserva de madera seca. El verano anterior había sido extremadamente seco y, con la leña seca, construyó un círculo difícil de atravesar que delataría y obstaculizaría a tiempo a cualquier animal que se acercara. Su precaución se centraba sobre todo en los osos y, con ahínco, fabricó antorchas con hierba seca y ramitas finas en varias capas de verde

en busca de material más seco. Desolló al lobo abatido, como siempre, con el mayor respeto por la piel, y cortó la carne aprovechable en trozos que pudieran atraer y saciar a un oso hambriento. A continuación, buscó y encontró agua en un arroyo cercano. Le dio de beber y de comer a Loep y volvió a llenar la pequeña calabaza. Todo estaba listo: la entrada quedó cuidadosamente cerrada con grandes ramas entrelazadas con ramitas jóvenes hasta formar una red difícil de atravesar. Los huecos entre los matorrales circundantes se hicieron igualmente de difícil acceso. Había agua, había fuego, había provisiones, había leña más que suficiente para el fuego, y él tenía sus lanzas y antorchas. Y no hay que subestimarlo: estaban los oídos y el olfato de Loep. Cuando por fin tuvo un rato para descansar y empezó a reflexionar sobre la situación mientras ahumaba una nalga del lobo muerto sobre el fuego, sus pensamientos se dirigieron hacia Abel. ¡Loep sin Abel! ¡Abel sin Loep! Algo malo debía de haberle pasado a Abel. Eso estaba claro. Miró a Loep, que ya se había recuperado un poco del dolor y había intentado levantarse una vez, pero rápidamente se rindió y volvió a tumbarse. Dado que el día aún era joven, Caín intentó dormir un poco durante el día, sabiendo que la noche no le ofrecería descanso. Descansó, pero no durmió. Las huellas de un gran oso en las inmediaciones le preocupaban. Por primera vez se encontraba frente a ellos en una posición débil. Una posición extremadamente débil comparada con la de enfrentarse a un oso herido desde arriba tras una caída profunda en uno de sus mortíferos hoyos. El olor de la sangre en el valle cerrado sin duda los atraería hasta allí. No era cuestión de si vendrían, sino de cuándo. Y con

¿Cuánto? Cuando se presentaba una buena oportunidad, a veces se atrevían a actuar entre dos. Mientras descansaba, de repente se dio cuenta con claridad de su precaria situación. Le quedó claro que esta vez se había tendido una trampa a sí mismo tal y como había construido su defensa. Se dio cuenta de que solo tenía posibilidades de sobrevivir si lograba invertir los papeles, y poco a poco maduró en su mente un plan audaz. Atrevido, pues decidió convertir su mala defensa en un ataque audaz. Sin un plan de ataque, se vería indefenso ante la fuerza bruta que pronto rompería su cordón. Reflexionó febrilmente: ¿qué sabía de los osos? ¿Dónde eran más vulnerables? ¿Cómo reaccionaban? ¿Qué haría él si fuera el oso? ¿Qué bazas tenía? ¿Qué debilidades? ¿De qué material disponía? Se levantó de un salto, era una ilusión pensar que aún podía descansar, y se puso de nuevo a trabajar. Despejó parcialmente la entrada y caminó hasta el lugar donde yacían los restos del lobo muerto. Con intestinos y otras vísceras tendió un rastro de señuelo hasta la entrada de su escondite. Quería atraer al oso exactamente al lugar que él quería. Rellenó la piel con la cabeza del lobo muerto con hierba y material pequeño y firme para que el lobo resucitara de entre los muertos. Colocó el muñeco en medio de la entrada como si el lobo la custodiara con su vida. Colocó el muñeco en el bosque de taladros de tal manera que pudiera hacer que el lobo se moviera un poco con una cuerda desde la distancia, para que pareciera vivo en la oscuridad y atrajera toda la atención hacia sí. Mientras que antes tenía pensado hacer arder el fuego con fuerza, ahora optó por la oscuridad máxima. La luna estaba justo después de la luna nueva y

No prometía complicar mucho las cosas. Sin embargo, guardaba una buena reserva de carbón y brasas en la parte trasera para poder encender rápidamente sus antorchas. A continuación, comenzó a preparar su posición de ataque. Era crucial calcular la ubicación perfecta. El objetivo era alcanzar al oso con su lanza más fuerte y afilada bajo la axila izquierda, justo debajo de la caja torácica, para atravesar el diafragma de abajo hacia arriba y llegar hasta el corazón y los pulmones. Solo tendría una oportunidad, eso era seguro, y por eso su posición de ataque oculta debía ser perfecta. Imitó al oso, imaginó lo que este haría con la manada de lobos, intentó hacer un ajuste en las proporciones, tuvo muy en cuenta la longitud de su lanza y tomó una decisión. Inmediatamente comenzó a construir en ese lugar una pared poco resistente con madera seca, entrelazada con matorrales verdes y densos con salientes afilados, de modo que el oso prefiriera el camino libre hacia el muñeco de lobo antes que pincharse con desagradables pinchazos. Ató una cuerda fina al muñeco de lobo e intentó pasar el otro extremo lo más discretamente posible hasta detrás de la pared, donde se colocaría oculto, con la lanza en ristre. El oso debía ser tomado por sorpresa. En la pared de madera colgó por todas partes trozos de restos de lobo no comestibles para que su olor enmascarara el de su propio cuerpo. Descansó un rato junto a Loep. Bromeó un poco con el lobo, le dio de comer, se tomó él mismo un buen bocado y bebió. «Hoy es a vida o muerte para los dos, hermanito», le acarició la cabeza a Loep. «¿Te acuerdas, Loep, de cómo Abel te enseñaba antes a gruñir y a poner cara de enfado?», y enseguida intentó imitar al Abel de entonces

imitarlo. Loep sorprendió a Caín al hacerlo de verdad. «¡Aún puedes hacerlo!», exclamó, y enseguida se le ocurrió una idea. «¡Mira bien, Loep! Te voy a enseñar lo que va a pasar esta noche». Se levantó, se dirigió a la entrada y fingió ser el oso. «El oso huele la sangre desde muy lejos y sigue el rastro de vísceras y trozos de carne. Viene hacia aquí, mira, pero está completamente oscuro. Solo ve ante sí una sombra de este lobo muerto. Yo estoy aquí a la izquierda, cerca de él, detrás de esta pared, con mi lanza lista a través de esta abertura. Desde allí tiro de esta cuerda y el lobo muerto empieza a moverse. Sería estupendo que te enfadaras entonces. ¿Lo repites?». Caín tiró de la cuerda e imitó a Abel una vez más. Loep lo entendió y empezó inmediatamente a gruñir y a aullar con ferocidad. «¡Magnífico, Loep! El oso seguro que querrá darle una lección a este muñeco. En cuanto el oso pueda alcanzar al lobo muerto, estará a apenas medio metro de mí. Clavaré la lanza con todas mis fuerzas a lo largo de su suave costado, en diagonal hacia arriba, hasta su corazón. ¡Después correré hacia las antorchas, las encenderé y me acercaré al oso para agotarlo hasta que la lanza haya cumplido su mortal tarea!». Mientras realizaba este ensayo general, de repente vio a un gran...

Un error en el plan. No había modificado el cordón semicircular de su plan inicial. Comprendió que ni él mismo ni el frágil Loep tendrían una ruta de huida fácil si las cosas salían mal. Corregió inmediatamente este error reduciendo drásticamente el cordón y concentrándolo alrededor de Loep, para que este tuviera algo más de tiempo para huir a través de una pequeña abertura en los matorrales cercanos. Dado que todo en el campo de batalla ya olía a lobo, al oso le resultaría difícil encontrar a los vivos

Distinguirlas en la oscuridad. Al menos eso esperaba Caín. Caín no tenía miedo: matar osos era su oficio. Su única preocupación era que aparecieran dos osos a la vez.

La noche cayó rápidamente, con una luna mezquina que acusaba al sol de tanto despilfarro durante el día. Se hizo oscuro en un santiamén. Caín se untó el pelo, los brazos y las piernas con la sangre que quedaba del corazón del lobo para que su olor se fundiera con el de un lobo. Se ennegreció el rostro con carbón vegetal. Se sentó detrás de su frágil mampara y tomó la cuerda en la mano para poner a prueba a Loep una vez más. Tiró y Loep reaccionó de inmediato. Felicitó a Loep una vez más y luego todo quedó en silencio. Un silencio como nunca lo hay realmente cuando cae la noche. La luz siempre da paso a la noche y deja descansar el día.

Cada noche, el ser humano se ve ante la disyuntiva de elegir entre dormir o permanecer despierto. No hay fuerza terrenal más poderosa que la vigilia nocturna para ofrecer al espíritu humano la oportunidad de adquirir conocimientos: más amplios, más sinceros y más transparentes que la luz más intensa del sol.

Vigilar durante la noche, mientras el hombre tiene ante sus ojos la muerte, potencia esta fuerza hasta proporciones sobrenaturales y conduce inevitablemente al espíritu hacia las cimas y los abismos más profundos de su alma. Puede abrir el corazón del más duro. Puede inundar el alma más rígida con nueva vida, como solo una marejada lleva el mar a lugares extraños, hace que la tierra sumergida conozca una nueva realidad, y deja la tierra para siempre transformada. Así también, aquella noche llevó a Caín a tierras desconocidas

den. La soledad de sus últimos años se vio inundada por nuevas perspectivas, como si pudiera visitarse a sí mismo y, como testigo privilegiado, recordar aquella fatídica despedida de entonces entre una madre y su hijo. Ahora veía por primera vez su desgarro, el amor que sentía por él. Veía su dignidad y su belleza. Vio a un padre en el campo que se regía por principios extraños, pero que tenía buenas intenciones con sus hijos. También vio a su hijo mayor, que los juzgaba con dureza. Vio que ese hijo se arrepentía. Se arrepentía de no poder sentir arrepentimiento por ello. Vio todo lo que antes no había podido ver. Cuando el mar entra en la nueva tierra, se detiene un momento y deja que sus tesoros se hundan lentamente antes de devolverle a sí misma la tierra transformada. Pero Caín no estaba solo. Belial acechaba en la cámara de sus pensamientos. Maldijo estas imágenes de todo corazón y contraatacó.

De repente, Loep rompió el silencio con un fuerte gruñido. Resopló y amenazaba y actuó de forma instintiva tal y como Caín esperaba de él cuando un oso colosal apareció de repente, a una distancia ligeramente excesiva del cachorro de lobo. Una enorme descarga de adrenalina devolvió a Caín a la realidad y, a solo unos centímetros de él, vio aparecer el hocico del oso, olfateando a través de la maleza de la pared, frenado por las ramitas punzantes que le pinchaban los ojos. Caín contuvo la respiración con cuidado y se alegró de que no solo oliera a lobo, sino que apestara a ello de forma penetrante. Caín tiró de la cuerda y el hocico del oso se retiró rápidamente, centrando ahora toda su atención en el peluche de lobo que se balanceaba y en los gruñidos de Loep. El oso se deslizó un metro hasta situarse justo delante del peluche de lobo. Loep completó

La escena, acompañada de unos gemidos aún más aterrados. Caín seguía con atención los movimientos del oso a través de una mirilla y se sintió encantado al ver que el oso se detenía con recelo exactamente en el lugar que había calculado y esperado. Su lanza estaba lista, en la posición perfecta. El oso estaba a punto de golpear al muñeco con su pata delantera izquierda cuando Caín lanzó su lanza hacia delante con todas sus fuerzas, respetando bien el ángulo de abajo hacia arriba y clavándola así en el flanco blando del oso, perforándole el diafragma. El oso rugió de dolor. Caín había calculado a la perfección la profundidad con la que debía clavar la lanza para tener alguna posibilidad y solo podía esperar que le hubiera alcanzado el corazón o, al menos, los pulmones. El oso rugió con ferocidad y se giró de inmediato hacia la frágil empalizada de donde provenía la lanza para lanzarse con saña contra Caín. Pero este no se quedó esperando y ya estaba ocupado encendiendo sus antorchas. Tardó una eternidad en conseguirlo y el oso, furioso e imponente, se irguió como una torre y se quedó a apenas dos metros de él, echando humo y rugiendo, con la lanza colgando de su costado por donde brotaba la sangre. Caín había calculado meticulosamente la longitud de su lanza. Había tenido que cortarle un trozo, y tal vez demasiado, como ahora se veía, pues no había contado con un coloso así. Pero que fuera demasiado corta era menos grave que demasiado larga. El papel de Loep había terminado y se arrastró fuera del campo de visión del oso, entre los arbustos seguros donde Caín le había preparado un escondite. Blandiendo dos antorchas a la vez, Caín mantuvo al oso a distancia todo el tiempo que pudo. Las dos antorchas giraban sin cesar de un lado a otro, delante y alrededor de su cabeza, para que el oso no

No sabía a qué debía atacar primero con sus poderosas garras. Eso lo enfurecía sobremanera. Mientras blandía el fuego, la atención de Caín se centró sobre todo en la posición de la lanza que sobresalía del costado de la bestia, pues, tarde o temprano, el oso tenía que caer. Los segundos parecían minutos. El oso no daba señales de debilitarse, hasta que de repente le salió sangre espumosa por el hocico y pareció como si estuviera tosiendo sangre. Caín vio cómo la mirada del oso se nublaba y se disponía a caer. El momento era ahora crucial. En cuanto el oso acercó su centro de gravedad delantero, dejó caer las antorchas, se lanzó bajo el poderoso cuerpo y agarró el extremo de la lanza flexible para clavarla en el suelo, de modo que el oso, con su propio peso, empujara la lanza más profundamente a través de los pulmones y el corazón. El formidable monstruo quedó muerto en el acto. Caín, apestando a sangre de oso y de lobo, salió eufórico de debajo del oso. La adrenalina aún le corría por el cuerpo. Le cortó la pata delantera al oso, cogió una antorcha, corrió hacia la entrada y gritó en plena noche. «¡Si alguno de vosotros se interpone entre mi hermano y yo, morirá!» Se giró hacia todos los puntos cardinales con la pata en alto como trofeo y, a la luz del fuego, rugió una y otra vez echando espuma por la boca: «¡Muerte! ¿Entendido?!» Toda la naturaleza guardó un silencio sepulcral ante este hombre-animal. Las mariposas nocturnas buscaban un refugio seguro, los conejos huían a sus madrigueras, el viento contenía la respiración, los murciélagos se apresuraban hacia su cueva, ni una sola hoja de los árboles se atrevía a moverse. Incluso Loep cerró los ojos con miedo y fingió estar dormido. «Plan perfecto, momento perfecto y ejecución perfecta». La arrogancia de Caín alcanzaba cotas altísimas.

Engreído y sintiéndose intocable, se dirigió con sus antorchas al arroyo y se lavó la suciedad del cuerpo. Pero no logró purificarse.

9. LA CAÍDA Y LA CAÍDA E

Lo que tal vez hacemos nuestro por un solo instante, lo volvemos a perder en las largas horas que siguen con sus pies de plomo. Es tan difícil mantener el alma en «las alturas que es capaz de conquistar». Pensamos en la eternidad, pero avanzamos lentamente a través del tiempo; y no hace falta que repita lo lento que pasa el tiempo para nosotros, los que estamos cautivos, ni tampoco de la apatía y la desesperación que vuelven a arrastrarse en nuestra celda y en la celda de nuestro corazón con tal extraña persistencia que, por así decirlo, debemos adornar y barrer nuestra casa para su llegada como si se tratara de un huésped indeseado, de un amo severo o de un esclavo del cual es nuestro destino o nuestra elección ser esclavos.

Todo lo que me ha pasado, debo convertirlo en algo que me haga bien. El catre de madera, la comida repugnante, la dura cuerda que se trenza hasta que las yemas de los dedos se entumecen de dolor, el trabajo de sirviente con el que comienza y termina cada día, las órdenes bruscas que parecen ser una consecuencia inevitable de la rutina, la ropa espantosa que hace que el dolor resulte ridículo de ver, el silencio, la soledad, la vergüenza—todas estas cosas, por separado y en conjunto, debo convertirlas en una experiencia espiritual. No hay ninguna humillación del cuerpo que no deba intentar convertir en una espiritualización del alma.

OSCAR WILDE, DE PROFUNDIS

Abel gemía en voz alta. Ya no sabía decir cuántos días llevaba así. Por alguna razón inexplicable, se encontraba en un pozo

Se cayó. Loep había intentado advertirle, pero, mientras cantaba con entusiasmo durante el camino de vuelta, de repente fue como si la tierra se hundiera literalmente bajo sus pies. Cayó muy mal, con la pierna derecha sobre el borde de un bloque de roca, y después no recordó nada durante varias horas. El dolor lo despertó.

La parte inferior de su pierna estaba doblada en ángulo frente a la rodilla y un trozo de tibia estaba a punto de perforarle la piel. Instintivamente, intentó corregir la postura, pero volvió a desmayarse rápidamente debido al terrible dolor. Loep observaba desde arriba, impotente. —«Djibril», gritaba Abel una y otra vez, y Loep dudaba si Abel se lo gritaba a él o si estaba llamando a Djibril. En cualquier caso, Loep lo interpretó como una orden y corrió de inmediato de vuelta al Djebel Akhbar para buscar a Djibril en la cueva al pie de la montaña. Abel se quedó solo.

Era un pozo extraño. Había huesos y cadáveres de animales grandes y pequeños. En medio del pozo también había estacas afiladas clavadas en posición vertical. El terrible dolor de Abel no solo paralizaba sus acciones, sino también su mente. Solo poco a poco se dio cuenta de que él mismo había caído en una trampa para animales y que solo una persona podía ser responsable de ello. Por eso esperaba que Caín apareciera pronto para inspeccionar su caída. Sabía que tenía que entablillarse la pierna lo antes posible antes de que se debilitara por completo y, con enorme fuerza de voluntad, logró colocarse una férula alrededor de la pierna, con los huesos del codo y la espinilla envueltos en las correas de cuero que llevaba en su bolsa de viaje. Intentó mantenerse con vida chupando la médula de algunos...

romper los huesos de los críos y chuparlos, tal y como había visto hacer a Loep tantas veces durante los meses de invierno. La lluvia de aquellos días formaba de vez en cuando un riachuelo que desembocaba limpiamente en el pozo. Abel recogía el agua en su calabaza o en el cráneo de algún animal. No se había visto a Loep en los últimos días y eso lo hacía sentir tan desamparado que perdió toda la confianza y se desesperó.

«¡Loep me ha abandonado! ¡Djibril me ha abandonado! Djibril, ¿dónde estás ahora?» Día tras día intentaba incorporarse.

«¡Ayúdame, Djibril!» Para luego volver a caer bruscamente y recuperarse lentamente del dolor, exhausto. Abel ya no entendía nada. «¿Me oyes, Djibril? Apenas puedo gritar. ¿Me ves? Ya no puedo mostrarme. ¿Aún lees mis pensamientos, Djibril? Solo suplican tu ayuda». Poco a poco, su desesperación iba en aumento. «¿Dónde está el amor que veía en tus ojos? ¿Dónde está tu paso ligero que me llevaba? ¡Me tratas sin piedad! ¿Es este el viaje de mi corazón? No siento ni oigo tu corazón por ninguna parte. ¿A qué juego estás jugando? ¿Por qué me salvaste en una montaña y me dejas morir en un pozo?». Djibril no se mostró, al menos no de una manera que un espíritu desesperado pudiera ver. Sin embargo, en el borde del pozo, Djibril libró una batalla inmensa contra Belial y los suyos para proteger a Abel y el regalo. Veló sin descanso junto al borde del pozo, pero el espíritu resistente de Abel no pudo verlo.

Se avecinaba otra nueva noche. Cada noche invita
al ser humano a elegir entre dormir o velar. Abel ya no tenía elección. Aquella noche, por muy agotado y debilitado que estuviera, simplemente no podía dormir. Con los ojos bien abiertos.

La mente receptiva. No hay mayor fuerza terrenal que la vigilia nocturna para ofrecer a la mente humana la oportunidad de adquirir conocimientos: más amplios, más sinceros y más transparentes que la luz más intensa del sol.

Vigilar durante la noche, mientras el hombre tiene ante sus ojos la muerte o la vida, potencia esta fuerza hasta proporciones sobrenaturales y conduce al espíritu, inevitablemente, tanto a las cimas como a los abismos más profundos de su alma. Puede revivir al alma más desesperada, dar vida al corazón más árido, como una marejada lleva el mar a lugares extraños, hace que la tierra sumergida conozca una nueva realidad, sin dejar nunca la tierra inalterada tras de sí.

De igual modo, aquella noche Abel se adentró en tierras largamente olvidadas. Mientras descansaba la cabeza sobre su bolsa de viaje, volvió a sentir aquella belleza inalcanzable de sus padres. La gélida noche invernal en la cueva, el llanto interminable de los carámbanos, como imágenes desenterradas por feroces olas de las profundas grietas y antiguas cavidades de su cerebro, que rendían homenaje a su incomparable dolor y dignidad. Todo se quedó en silencio y apaciguó su espíritu desesperado. El mar recuperó su paz y su calma y se tomó su tiempo para depositar suavemente estas imágenes en este nuevo lecho. Solo lentamente, al principio aún vacilante, se retiró completamente vacía hacia una marea en una orilla lejana. Las imágenes que quedaron se mostraron entonces claras y nítidas. La luna y el sol lucían su belleza, sin filtros y puros.

Ya nada podía despertar a Abel, pues estaba despierto. Su espíritu renacido se resistía obstinadamente a abandonar ese momento. Bebió un poco de agua, mordisqueó algunas

huesos nutritivos, hizo sus necesidades, pero nada despertaba a Abel, pues ya estaba despierto. No se resistía. Solo oponía resistencia a la resistencia. Lo desconocido se convirtió en su aliado. Lo intangible, en su amigo. La desesperación, en su enemiga. Lo imposible, en su amante.

Ningún pensamiento se interponía ya entre su corazón y la imagen de sus padres. El dolor de su pierna ya no se sentía como dolor. Nada despertaba a Abel, pues ya estaba despierto. Ya no sentía la soledad ni el abandono. Permanecía en la imperturbable y eterna compañía del Hombre y la Mujer del Edén. Ash' hadu an la ilaha illa-llah. Las horas se convirtieron en segundos. Los segundos, en horas. Nada despertaba a Abel, pues ya estaba despierto.

Cuando estaba despierto, susurraba «Ash' hadu an la ilaha illa-llah».

Cuando velaba, murmuraba «Ash' hadu an la ilaha il-la-llah».

Cuando dormía, soñaba «Ash' hadu an la ilaha illa-llah». Porque estaba despierto.

Ni por un instante su conciencia o su subconsciencia rompieron el contacto con su corazón, y así su corazón aprendió poco a poco a latir al ritmo de la oración, de modo que el corazón y la oración se fundieron en algo que ya no puede separarse.

Hasta que, de repente, una voz lo llamó.

10. Dos « » luchan

La inteligencia es una herida que sangra cada vez que la toca una mano que no sea la del amor, y que incluso entonces, aunque sea indolora, debe sangrar.

Oscar Wilde, De Profundis

Cuanto más le indicaba Loep desde sus hombros en qué dirección debía ir Caín, menos cómodo se sentía este. Conocía el camino demasiado bien. Sabía adónde conducía y un presentimiento de angustia se apoderó de él. Ya no le quedaba mucho. Una curva más. Hubiera preferido cargar con todo el peso de Loep a cuestas y caminar varios días más antes que ver cómo se confirmaba ahora su presentimiento. Se acercaba a la trampa. Ahora veía lo que temía. Había algo en su trampa. —¿Abel? —gritó vacilante mientras bajaba a Loep al suelo y se quitaba de encima su pesada mochila de viaje. No sabía qué prefería en ese momento: oír algo o no oír nada. Con cautela, se acercó al borde del hoyo y miró con miedo al interior. —¿Abel? —apenas se atrevió a repetir.

Un roce, un crujido.

«¿Caín?», resonó suavemente desde abajo y Loep respondió inmediatamente, gimiendo de alegría.
Caín no sabía si debía sentirse alegre o triste y dudó un instante. «Voy ahora mismo». Unos minutos más tarde, Caín descendió al pozo con una cuerda. Un hedor penetrante lo embriagó, pero al mismo tiempo le invadió una extraña sensación que no podía definir. Tenía algo que ver con la incertidumbre, aunque no lo sentía con tanta intensidad. Quizá fuera más bien una especie de vergüenza que nunca antes había experimentado. Desde un rincón lejano, Abel lo miraba con ojos extraños. La incomodidad de la mirada de Caín le obligaba a acercarse lentamente en aquel lugar sumido en la oscuridad. La escasa luz hacía que Abel le pareciera a Caín una especie de animal. Sucio, asqueroso, apestoso y, sin embargo, los ojos brillantes de Abel delataban una alegría cálida e imperturbable. No sabía si su hermano se daba cuenta de que él mismo había cavado ese horrible hoyo con todas esas lanzas erguidas de las que Abel, milagrosamente, había logrado escapar al caer. Una vez más, algo extraño se agitaba en Caín. Se estremeció y, sin embargo, se sentía como en casa. Por primera vez, le resultaba repugnante sentirse a gusto allí. Una casa en la que su querido hermano permanecía ahora como presa. Asqueroso. Los triunfos de los osos abatidos en esta casa no hacía mucho tiempo, ahora tenían un sabor más bien amargo y agrio. Una vez que sus ojos se acostumbraron poco a poco a la oscuridad, se fijó en ese imponente vendaje que rodeaba la pierna de Abel y esto rompió su vacilación: «¿Qué ha pasado? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?». Abel parecía un poco aturdido y tardó un momento en encontrar la voz
raspó hasta que logró articular algo inteligible.

—Mucho —sonrió con dificultad.

«¿Puedes levantarte?», preguntó Caín, tratando de ayudarlo. Hacía mucho tiempo que Abel no lo intentaba y, con la ayuda de Caín, logró apoyarse en su pierna. Las semanas de reposo obligatorio habían dado tiempo a que su pierna entablillada sanara, pero todos sus músculos se habían atrofiado y su cuerpo se había comido con avidez hasta la última pizca de grasa que le quedaba. Por segunda vez, Caín sintió una profunda compasión por el lamentable estado físico de su hermano.

«¿Cómo has podido aguantar aquí solo?», exclamó, exagerando generosamente su admiración en su voz.

«No estoy solo aquí», dijo sin pensarlo, y los ojos de Abel brillaron.

O bien se había vuelto completamente loco, o bien estaba tan débil que ya no podía pensar con claridad, pensó Caín, descartando rápidamente esa respuesta.

«¿Puedes apoyarte en esa pierna? ¿Te duele?». Abel ya se había desplomado antes de que Caín terminara la pregunta. Caín no sabía muy bien qué pensar. «¿Te duele al apoyarte?», repitió, y Abel negó con la cabeza. A Caín le resultaba insoportable ver a su hermano tan demacrado y agonizando, y dirigió su ira contra sí mismo. Enfadado, descargó su rabia derribando las lanzas verticales del centro de la trampa para que esta pareciera menos letal. «Qué casualidad que Abel pudiera escapar de su objetivo mortal», se consoló mientras lanzaba las lanzas en la otra dirección.

Abel lo observaba y se imaginaba lo que le pasaba por la cabeza. «Caín, gracias por estar aquí», intentó tranquilizar la conciencia de Caín.

Caín tragó saliva y, con determinación, dijo: «¡Te llevaré a casa, hermanito!».

«Voy a echar esto de menos», respondió Abel con calma. Caín fingió no oírlo y se mostró preocupado. Abel tenía que salir de allí lo antes posible antes de volverse completamente loco, y su mente práctica y su talento organizativo comenzaron a funcionar a toda máquina de inmediato. ¿Cómo volver a casa de forma segura con dos seres discapacitados sin abandonar a ninguno de los dos a su suerte? No podía cargarlos a los dos ni sostenerlos al mismo tiempo. ¿Y si de repente se topaban con un oso? Ni Loep ni Abel podrían escapar lo suficientemente rápido. Su mente lo analizó todo con rapidez y eficiencia. Solo se le ofrecía una solución: el río, para mantener a todos lejos del alcance de cualquier depredador. El único rápido peligroso entre el punto de partida más cercano y el lugar de amarre bajo su cueva debía ser transitable gracias a la baja crecida del agua durante el verano. La distancia desde el pozo —a Caín ya no le gustaba llamarlo trampa— hasta el río era de poco menos de una jornada de marcha. Calculó que necesitaría una semana de trabajo para construir una balsa sólida. Aún tenía que fabricar cuerdas de cuero. También debía reunir provisiones frescas cazando, aunque ya había llenado bien su bolsa de viaje con carne de oso. Abel y Loep debían poder quedarse solos a salvo en el pozo. Tantas cosas que hacer y solo dos manos y dos piernas en su cuerpo. Pero tenía algo que compensar y lo conseguiría.

Primero hay que eliminar ese horrible olor a excrementos del pozo.

Le dio de beber a Abel y le explicó lo que iba a hacer. «Apóyate bien contra la pared del pozo o, mejor aún:

«Usa ese hueco de enfrente», dijo, y Caín trepó por la cuerda para salir del pozo y dejar que la cubierta que quedaba cayera dentro de la propia trampa: la tierra serviría para cubrir la suciedad del fondo, y las ramitas y ramas para hacer fuego, al tiempo que permitía que circulara más aire por el pozo. Volvió a bajar al pozo una vez que el polvo se hubo asentado y Abel tenía ahora todo el aspecto de un hombrecillo de la tierra. Caín comenzó a cubrir el lugar donde Abel solía hacer sus necesidades, clasificando ramitas y ramas. Los cadáveres se amontonaron cuidadosamente para que todo pareciera un poco más ordenado y menos lúgubre. En el centro, Caín reunió las rocas y formó un círculo con ellas. Abel observaba agradecido tanto esfuerzo. Caín salió gateando del pozo y, poco después, volvió a bajar con Loep colgado del cuello. El reencuentro entre Loep y Abel fue indescriptible. Abel dio rienda suelta a su alegría, Loep aullaba de felicidad y lamía la cara de Abel hasta dejarla limpia. Con las ramitas y la leña, Caín encendió un fuego y la resina de las ramas y piñas de pino disipó los olores. «Aquí tenéis ya un buen trozo de carne: comedla poco a poco. Voy a explorar y a buscar agua para que podáis lavaros un poco. Aquí estáis a salvo. Dejaré la cuerda colgada. Mi bolsa de viaje con el resto de las provisiones la dejaré aquí. Si surge algún peligro, pedidle a Loep que aúlle y yo vendré», dijo, y recogió sus lanzas y calabazas vacías.

Mientras agarraba la cuerda y se disponía a salir del pozo

, Abel dijo de repente: «Muchas gracias, hermano, por tu buen cuidado». Caín solo miró a Abel un instante y, con torpeza, subió rápidamente. Una vez fuera del pozo y fuera de la vista

De Abel, bajó la pendiente hacia el arroyo. Completamente desorientado y ensimismado, intentó mantenerse fuerte. Las lágrimas no eran una opción. Pero la sensación punzante no dejaba de crecer y pesaba cada vez más. Ir en busca de agua no había sido más que una excusa, porque simplemente no podía soportar la presencia de Abel. Caín bajó la pendiente hacia el valle mientras sus pensamientos revoloteaban como hojas al viento. Hasta que de repente se detuvo: solo entonces pudo poner nombre a lo que había sentido arder en su interior todo ese tiempo: ¡era dolor! ¡El amor y el agradecimiento de Abel hacia él le quemaban dolorosamente! Era como si viera en Abel a sí mismo, pero en su forma más hermosa, como si viera en Abel al Caín que quería ser. Estaba desconcertado, no sabía si alguna vez había sido ese Caín y lo había perdido, o si quería convertirse en ese Caín y no lo conseguía. Se sentía tan insignificante frente a su hermano menor y no lograba entenderlo. Se sentía dolorosamente pequeño, como si se hubiera perdido algo importante. Hubiera preferido soportar la ira y los reproches de Abel para poder luchar contra ellos y enfrentarse a él a puñetazos o con palabras afiladas. Pero no: Abel lo dejó fuera de combate desde el primer golpe con su amor incondicional y su gratitud. Hubiera preferido luchar contra un oso feroz. Ese era su lenguaje y por eso le ganaba respeto, pero frente al amor de Abel, su lenguaje no tenía palabras ni sonidos. Llegó al arroyo, llenó sus calabazas y, al regresar, se llevó unos matorrales de hierba jabonera, tomillo silvestre y lavanda. Caín regresó al pozo con pasos largos y lentos.

Abel parpadeó. El resplandor del fuego le

Despertó lentamente. Estaba desnudo. Llevaba semanas desnudo. Y, sin embargo, no estaba desnudo. Su cuerpo lucía la mugre del recién nacido como un valioso manto que quería rendir homenaje a su nacimiento de padres sumamente nobles, procedentes del inigualable Edén. La gota de lluvia se había precipitado desde lo alto hacia abajo. Tan difícil como era ahora despedirse de este inagotable oasis de oración, tan difícil era experimentar la llegada del iconoclasta Caín inequívocamente como una salvación. La caída, después de todo, ya no era una prisión, sino que más bien se había convertido en un refugio seguro en el que primero aprendió, por voluntad propia, a hacerse pequeño para luego lanzarse hacia abajo, tal y como Djibril le había aconsejado, y dejarse llevar en una oración sin fin a Yahvé, precedida por el Hombre y la Mujer del Edén.
Si hubiera dependido de la gota misma, hubiera preferido caer aún más , pero la pequeñez también implicaba obediencia y, si la caída debía detenerse, tenía que aceptarlo con gratitud. Así, Abel despertó poco a poco al recordar su objetivo de emprender el viaje hacia el Edén.

Caín volvió a bajar al pozo, se sorprendió de que Abel aún no hubiera asado la carne y, por eso, tomó la iniciativa. Echó tomillo al fuego para condimentar la carne y hacer que el olor del pozo fuera más agradable. Esparció la lavanda por todas partes. —Ven —dijo Caín—, he traído agua y hierba jabonera. Te ayudaré a lavarte. —Abel le dejó hacer. Caín comenzó a frotar el cabello y la piel de Abel con la hierba y a aclararlo con agua. Un vivo...

Ojos hundidos, cuencas oculares marcadas, omóplatos como alas sin plumas, caderas como conchas de ostras. A Abel se le podía lavar, pero no hacía falta purificarlo.

«Voy a volver al arroyo una vez más a buscar más agua. Dame tu piel para que la deje en remojo en el arroyo toda la noche; así mañana podremos dejarla secar», dijo Caín, y cogió el traje de piel de Abel y quiso llevarse también su bolsa de viaje. Abel le quitó rápidamente la bolsa de viaje de las manos a Caín: «Esto no, hermano, ya te lo explicaré». Sorprendido, Caín cogió las dos calabazas y el traje de piel de Abel e intentó huir rápidamente del pozo, pero Abel se le adelantó: «Gracias de nuevo, hermano, por tus buenos cuidados». De repente, el cazador de osos se derrumbó y ya no pudo contener las lágrimas. Se dejó caer al suelo y sus hombros se sacudían de tanto llorar. «Lo siento, hermano, por haber caído en mi trampa y por haber tenido que sufrir tanto: podrías haber muerto».

Abel se arrastró hasta él.

«No pasa nada, Caín, he sufrido mucho, pero he recibido mucho más. De verdad que tengo que darte las gracias. Vete ahora, antes de que anochezca; yo me encargaré de la carne y luego comeremos juntos un poco». Le puso la mano en el hombro a Caín, pero este se recompuso, se soltó rápidamente de la mano de Abel y trepó para salir de la fosa. El lenguaje enigmático y totalmente ilógico de Abel seguía molestándole y se sentía incomprendido, sí, incluso menospreciado más que consolado.

11. Los abismos y pozos

Piensa que el sentimental siempre es un cínico en el fondo. En realidad, el sentimentalismo no es más que el cinismo en su día de salida. Y aunque el cinismo resulte entretenido por su faceta intelectual, ahora que ha aprendido modales y se codea con la buena sociedad, nunca podrá ser más que la filosofía perfecta para un hombre sin alma. Tiene su valor social, y para un artista todas las formas de expresión son interesantes. Pero en sí mismo es algo pobre, pues no hay nada que se revele jamás al verdadero cínico.

Oscar Wilde, De Profundis

¿Qué vas a hacer mañana?

Necesitamos algo más de comida, así que primero voy a preparar una pequeña trampa. Tienes que recuperar fuerzas urgentemente, si no, nunca saldremos de aquí. Loep no supondrá ningún problema, pero por ti estoy preocupado.

Gracias.

Tío, ya basta: no te entiendo. ¿Por qué no paras de decir «gracias»? Joder, yo he hecho esta trampa que es la causa de todos tus problemas. Si no, ya habrías vuelto a casa diez veces. Nuestros padres están ahora muertos de miedo y todo gracias a mí. Yo

me avergüenzo profundamente.

.....

Por fin, no, gracias.

.....

¿Qué tal te fue en la montaña?

.....

¿Has visto a
Eden?

Sí.

¿Segur
o?

Sí.

¿Lejos?

Sí.

¿Muy
lejos?

Sí.

¿Cómo puedes estar tan seguro? No se puede ver realmente desde tan lejos, ¿no?

Djibril.

¿Djibril?

Un ángel de Yahvé me mostró el Edén.

No estás bien, mi querido hermano. Y es totalmente culpa mía. Vamos a dormir. Mañana nos espera un día duro. Buenas noches.

Buenas noches.

&

¿Qué vas a hacer mañana?

Ahora tienes comida para unos días más. Mañana me dirijo al río, el mismo río que desemboca junto a mi cueva. Voy a construir una balsa. Tenemos que llegar a casa antes de que suba el nivel del agua

. ¿Cómo está tu pierna?
Bien, solo cojeo un poco, tengo el pie un poco torcido hacia fuera y ya no puedo caminar bien, pero apenas me duele.
¿Te parece bien quedarte solo unos días? Creo que sí.
¿Ya has subido alguna vez? Todavía no
puedo. Tengo los brazos débiles. ¿Cómo
está Loep?
Se lo voy a preguntar.....Está bien, dice.
quizá sea mejor que te lo lleves al río, eso le vendrá bien para ponerse en forma.
Buena idea. ¿No lo vas a echar de menos?
Casi no me atrevo a decirlo. Me alegraré de estar aquí solo unos días.
¿No te alegras de que viniera a ayudarte?
..... A veces no lo sé. Perdona mi vacilación. He recibido tanto en este lugar.
¿Entonces tengo que dejarte aquí? ¿Puedo volver mañana con Loep a mi cueva y dejarte aquí, en este lugar tan bonito?
No.
¿Entonces no?
Tenemos que ir al Edén.
.....¿Cómo era aquello allí, en esa montaña?
.....¿Te puedo cantar una canción?
Sí.
Desde una montaña se ve lejos
En una montaña pareces grande

En una montaña puedes dormir
Pero una montaña
no te conviertes.
Una gota de lluvia no, Que
cae
Sin saber dónde,
cuándo ni cómo se
encuentra con el
mar, el mar se
convierte en...
Una montaña conoce la pasión de la gota de lluvia
Por convertirse en el mar
No.
.....
.....
Eso es bonito, pero ¿qué significa? Es la
canción de la montaña, de Djibril.
Me voy a dormir. Mañana será un día duro. Buenas
noches. Buenas noches.

&

Me alegro de que
hayas vuelto. ¿De
verdad?
Claro, ¿cómo vas?
He avanzado bastante con la balsa, pero necesito más cuerda. Mañana voy a cortar en tiras unas pieles de animales que no usamos, o quizá puedas ayudarme tú, así yo puedo ir a cazar mientras tanto.
Está bien. No hay problema. ¿Cómo le fue a Loep?
Poco a poco vuelve a ser el de siempre. ¿Eh, Loep? Pero ¿ya estás

?

Puedo, pero no lo hago.

Ya es tarde. Me voy a dormir. Buenas noches. Buenas noches.

&

¿Qué vas a hacer mañana?

Mañana volveré al río para terminar los últimos detalles de la balsa, para que tú puedas sentirte feliz a solas en este miserable agujero. Eso es lo que voy a hacer.

Lo siento.

No te arrepientes de nada, igual que no haces nada. Aquí tengo que hacerlo todo yo sola y lo único que te pido, para empezar a recuperarme poco a poco, lo pisoteas con todo tu esplendor. Lo mínimo que podrías haber hecho era recoger algunas hierbas para mantener el hedor fuera de aquí. ¿Qué haces aquí todo el día en este pozo apestoso?

. .....Ash' hadu an la ilaha illa-llah.

Tío, ni siquiera sabes lo que significa eso ni si significa algo.

Claro que sí.

¿Quién te ha metido eso en la cabeza? ¿Djibril, seguro? Sí.

¡Oye, despierta, Abel! ¡Deja de soñar! ¡Estabas a punto de morir cuando te encontré! ¿No ves que no solo tu cuerpo, sino también tu mente se han debilitado y que estás divagando?

—Loep se acurruca junto a Abel—.

Te doy las gracias por todo.

¡Deja de darme las gracias! Vete a dormir.

¿Vas a venir conmigo al Edén?

Tú comes carne, Loep viene y, por lo tanto, yo también. Ese era el trato. Buenas noches.

Buenas noches.

&

¿Qué vas a hacer mañana?

Nos vamos de aquí, al menos si tú todavía quieres abandonar este lugar fantástico e idílico para dirigirnos al río, que está a un día de marcha de aquí. No podemos esperar mucho más, porque el agua está subiendo. Ya veremos qué pasa después.

Gracias.

Déjalo ya, Abel, y vete a dormir.

Lo siento.

¿De verdad tengo que ponerme de rodillas para suplicarte que dejes de hacerlo? No me debes absolutamente nada. No estás haciendo nada malo. Es por mi culpa que ahora tengas el pie torcido. Soy yo quien te metió en este lío. ¿O es esa precisamente tu forma de vengarte, y de atormentarme una y otra vez agradeciéndome por esa horrible discapacidad? Esto no es ningún lío, solo quiero darte las gracias porque aquí he podido vivir muchas cosas buenas, y ¿por qué iba a querer atormentarte? Que ahora mi pie esté torcido es solo un pequeño precio a pagar por lo que recibí.

¡Ayuda, me estoy volviendo loco! ¡Ten piedad! Déjame dormir, por favor.

Buenas noches, Caín.

.....

Por fin. Buenas noches.

&

Y así sucedió que cada noche, en el pozo, ambos hermanos, completamente despiertos, fingían dormirse para poder mantener la paz, al menos en cierta medida. Cuanto más cerca estaban el uno del otro, más lejos se sentían. ¿Dónde estaban aquellos años de su juventud en los que reían juntos y disfrutaban del calor del otro bajo una misma piel durante las largas noches de invierno?

Para Abel, la trampa se había convertido en un regalo; para Caín, seguía siendo una trampa terrible, y ambos se preocupaban mucho el uno por el otro. Caín seguía considerando la trampa que había tendido como un arma de asesinato espantosa, de la que su hermano había escapado de la muerte por casualidad y que quería olvidar lo antes posible. En aquel pozo se sentía más culpable que salvador de su hermano. Que su hermano adoptara una actitud agradecida ante ello le resultaba completamente incomprensible, pero le hacía sospechar que había sufrido graves daños en su mente y, sobre todo, esta lesión pesaba mucho en el sentimiento de culpa de Caín. Aunque se esforzaba por no enfadarse cada vez, crecía en él la convicción de que, de vez en cuando, debía ser un poco más duro con su hermano. Ya no rehuía el sarcasmo, con la esperanza de que su hermano empezara a defenderse. Por otro lado, le devolvía una sensación de superioridad poder ser el hermano mayor, tener todo bajo control, poder cuidar de Abel en lugar de sentirse inferior a él. Caín esperaba fervientemente que su viaje al Edén desilusionara pronto a Abel, sabiendo muy bien que, de todos modos, no encontrarían el Edén y que entonces él estaría allí para apoyar y acoger a su hermano. No ver el Edén lo resolvería todo.

Para Abel, la caída hacía tiempo que había dejado de ser una caída, sino un pozo de gran valor que, a través de una dependencia y un abandono absolutos, le había enseñado a controlar su rebeldía. Allí había experimentado cómo Djibril lo sostenía sin estar presente de forma manifiesta. Había aprendido cómo la rebeldía le impedía avanzar. Pero ahora estaba muy preocupado por su hermano, que se alejaba cada vez más del camino que conducía al Edén espiritual, y por eso estaba aún más ansioso por poder ver el Edén junto a Caín. Solo el Edén mismo podía hacer comprender a su hermano que había algo más que comida, supervivencia y matar animales. Cada vez era más difícil no ofender a Caín. Abel debía responder a ciertas preguntas de la forma más breve y prudente posible para proteger a Caín de sí mismo y no aumentar su distancia con respecto al Edén espiritual. Lo primero es no herir, pensó Abel, y guardar silencio parecía ser el mejor medio para ello. Pero echaba de menos a su hermano y le daba pena no poder contarle con libertad lo que había vivido en el Djebel Akhbar. Abel se consolaba con la idea de que ni siquiera la fortaleza más sólida del castor más grande es capaz de resistir el embate de unas simples gotas de lluvia. Cada presa construida con tanto esfuerzo se encuentra algún día con esa gota de lluvia de más que romperá sus filas y liberará a todas las demás gotas a su paso.

Ver a Eden lo resolvería todo.

12. El río de la « »

Cuando el alma se conmueve, uno se vuelve sencillo como un niño.

Oscar Wilde, De Profundis

Había que decirlo.
Cuando Caín creaba algo, era un trabajo bien hecho del que podía estar orgulloso, y así era.
Habían partido en la balsa. El trayecto hasta el río había sido arduo, ya que Abel aún estaba demasiado débil, para disgusto de Caín, quien pensaba que había malgastado su tiempo en el pozo. «¿De verdad crees que así podrás llegar algún día al Edén? Caminas como un ganso», no pudo contener su burla tras varias horas. Loep daba vueltas sin cesar a su alrededor para anticiparse a cualquier peligro, de modo que Abel siempre pudiera ponerse a cubierto a tiempo. Llegaron al río justo antes del atardecer y Caín se apresuró a dirigir la balsa hacia una isla en medio del río para pasar allí la noche a salvo. Abel estaba completamente agotado y podría incluso dormir de pie. Exhausto, se tumbó

Apoyó la cabeza en su bolsa de viaje, mientras Loep se acurrucaba junto a él.

—¿Qué te pasa con esa bolsa de viaje? —le preguntó Caín, extrañado. Abel había llevado la bolsa pegada al cuerpo durante todo el camino.

«Tengo un regalo para nuestros padres, de la montaña», no se atrevía a mencionar aún a Djibril.

«¿Y? ¿Algo especial? ¿Qué es?», preguntó Caín con sincera curiosidad.

Por muy cansado que estuviera Abel, su mente reaccionaba con rapidez y, en las últimas semanas, se había vuelto muy hábil a la hora de eludir temas delicados. Le resultaba imposible decir que él mismo no sabía qué contenía el regalo de Djibril para sus padres.

«Es algo valioso, pero debe seguir siendo una sorpresa. ¡También para ti!», esquivó hábilmente el problema una vez más. Esta vez fue Abel quien se apresuró a desearle «buenas noches» a Caín, y parecía decirlo mientras ya dormía.

«Buenas noches, Abel, mañana será emocionante, porque se avecina un gran rápido». Caín se dio la vuelta y siguió a Abel hacia el país de las plumas.

A la mañana siguiente partieron tranquilamente, pero el atardecer se anunciaba ominoso. El calor de los últimos días comenzaba ahora a reclamar con fuerza el líquido perdido y las nubes de lluvia de Belial, cargadas hasta los topes, tronaban y rugían con destellos como si sus vidas dependieran de ello. Los vencidos caían a cántaros, mientras los vencedores continuaban su marcha triunfal para, a su vez, llegar finalmente a un

conocer a varias personas y dejarse llevar por completo por una lluvia de gotas frescas.

Abel lo disfrutaba. Daba la bienvenida a las gotas como si él mismo hubiera organizado esta fiesta. Extendió la mano abierta y las recogió con ternura. «Bienvenidas, os llevaré conmigo», pensó de repente al recordar a Djibril al borde de la imponente cascada del Djebel Akhbar. Gritó de alegría por encima del estruendo. «¡Id y no temáis, amigos míos!», gritó, mientras acariciaba el agua del río y se daba cuenta de lo importante que era. «¿Cómo es eso?», le dijo al agua. «¿Una parte de vosotros viene del lago del Djebel Akhbar? ¡Yo estuve allí!». Sintió a Djibril tan cerca y le sonrió. «No oigo tu voz, Djibril, pero aún así te oigo en el rugido salvaje del río embravecido. No te veo realmente, Djibril, pero reconozco tu rostro en la espuma del agua. No me dices lo que piensas, Djibril, pero aun así estoy seguro: Ash' hadu an la ilaha illa-llah». Abel comenzó a reír a carcajadas. Las gotas que no podían caer desde más alto llenaron a Abel de felicidad. Todos eran sus almas gemelas y él les hablaba mientras las recogía en su mano: «Encantado, me llamo Abel. ¿No os habéis hecho demasiado daño? ¿Ya habéis visto el mar? Contádmelo y llevadme con vosotros, vosotros conocéis el camino, ahora estamos juntos, vamos juntos». Metió la mano con valentía en el agua para que pudieran seguir su camino. El corazón de Abel entonaba la canción de la montaña en su tono más puro sin cantarla. El mar le llamaba y, en medio de sus compañeros de peregrinación, se volvió, lanzó una última mirada eterna a los ojos de Caín y rodó lentamente sobre

el borde de la balsa para fundirse con el río. Sin fricción, sin ángulos ni bordes, solo el deslizamiento de las gotas acariciando.

Caín estaba muy ocupado dirigiendo la balsa y, debido al estruendo, solo oía fragmentos de los gritos de alegría de Abel. No sabía qué pensar. Pero ver a Abel tan desbordantemente feliz también le alegraba a él, aunque no entendiera por qué Abel podía estar tan eufórico en medio de una tormenta tan salvaje. Hasta que pareció como si la violenta tormenta borrara a Abel ante sus ojos y el río le ofreciera un refugio acogedor. Todo sucedió con una sencillez tan desarmante, tan infantilmente obvia ante sus propios ojos. Caín se asustó muchísimo e intentó, aunque fuera absurdo, moverse. En vano. Gritó, o más bien, creyó gritar, pero sintió que su voz se ahogaba antes de que pudiera articular palabra. La sutil sencillez del movimiento de Abel, como la sencillez y la evidencia mismas, plasmadas en la belleza de una imagen a cámara lenta, paralizó igualmente cada músculo de su cuerpo y detuvo todo flujo de pensamientos. Para su aún mayor sorpresa, se sumó a la escena la reacción totalmente inesperada de Loep: levantar la cabeza solo un instante, para volver a posarla tranquilamente sobre la bolsa de viaje de Abel, como si quisiera decirle: «Hasta pronto, yo me encargaré de cuidar tu bolsa». El alucinante suceso era insuperable. El cerebro de Caín se rindió y, sin voluntad propia, se vio arrastrado a esta escena irreal. Abandonó el timón, se arrastró hasta el lugar vacío de Abel, se tumbó, tal y como Abel había estado antes, miró muy de cerca a los ojos de Loep y ninguno de los dos se movió. Loep significaba con los años

cada vez más para Caín. Cuanto más a menudo salían juntos a cazar, más le reconfortaba a Caín la amistad entre ambos en la amarga disputa con sus padres.

«¿Acaso no pasa nada?», parecía susurrarle ahora Loep. «¡Djibril vela por nosotros!», y la paz de Loep se posó sobre Caín. Ya no había horizonte, ni orilla, ni sol ni luna, ni roca ni meta, ni pensamiento ni historia.

Loep cerró los ojos. Así que Caín cerró los ojos.

Y, por primera vez en su vida, Caín se dejó guiar, como un ciego, por los ojos cerrados, pero clarividentes, de un lobo, mientras fuerzas diabólicas se desataban sobre ellos, sin poder tocarlos. Lo que estaba en juego en la batalla que se libraba sobre sus cabezas era de una magnitud impresionante y giraba exclusivamente en torno a ese único y sencillo regalo, envuelto de forma sencilla, que se encontraba en la bolsa de viaje de Abel, y que Loep custodiaba con la cabeza como si fuera lo más natural del mundo.

Djibril observaba atentamente y dejaba la batalla con Belial sobre sus cabezas en manos de Miguel y los suyos.

Así como Djibril conocía el río, el río conocía a Djibril. Tomó el timón y guió la balsa sin problemas a través de los peligrosos rápidos, velando al mismo tiempo por la seguridad de Abel.

El regalo llegaría a su destino a toda costa.

13. El regalo
parte 1

El momento del arrepentimiento es el momento de la iniciación. Más aún: es el medio por el que uno transforma su pasado.

Oscar Wilde, De Profundis

Hay acontecimientos o momentos en la vida que parecen tan sencillos que no parece que merezca la pena hablar de ellos, aunque a veces son precisamente esos momentos los que encierran el significado más hermoso y profundo.

La sencillez a menudo parece banal, pero no lo es. Requiere ojos entrenados, pero mejor aún, ojos ciegos entrenados. Para que ese intrigante sexto sentido de la intuición no se desvíe de su rumbo, ni cegado por los ojos, ni ensordecido por los oídos.

Para la intuición de Eva ni siquiera hacía falta un acontecimiento para saber que «eso» estaba a punto de suceder.

Mientras Adam se preocupaba por la prolongada ausencia de Abel, Eva no lo hacía en absoluto. Abel estaba vivo, de eso estaba segura, y cuanto más segura estaba, más sentía que no tardaría mucho en volver a verlo. Su oración,

y, por tanto, su corazón, latía cada vez con más fuerza cada vez que pensaba en Abel.

Por eso, a Eva no le sorprendió en absoluto ver de repente, a lo lejos, a Adam acercándose hacia ella con gestos enérgicos y un lobo a su lado. Ni un minuto después, vio a Abel acercándose con dificultad desde la orilla del río, apoyándose en un gran bastón. Abel había enviado a Loep por delante para ir a buscar a Adam, de modo que la bienvenida se celebrara los tres juntos. Abel cojeaba mucho, pero su rostro resplandecía de alegría.

Adam tuvo que hacer un gran esfuerzo para no empezar a gritar de alegría y se contuvo para no eclipsar el silencio de Eva. Abrazó a su mujer por la cintura y la alegría que se reflejaba en sus rostros se podía ver a metros de distancia.

Abel se acercó y se dirigió primero a Eva, la abrazó con ternura y la besó tal y como ella lo había besado a él. Rápidamente le tomó la mano y se la llevó al corazón. Dijo: «Ash' hadu an la ilaha illa-llah», y ella sintió de inmediato cómo su corazón respondía al ritmo. Ella abrió mucho los ojos, llenos de sorpresa y alegría. Conmovida y humilde, le señaló a su padre y los tres se abrazaron. «Estoy tan feliz de volver a verte. Gracias a Yahvé. ¿Has visto el Edén?».

«De muy lejos, padre».

«¡Gracias a Yahvé! Entra en la cueva y cuéntanos tu historia. Seguro que mamá tiene algo de comer para ti. Por lo que parece, te vendría bien algo. ¿Sabes algo de Caín? Hace mucho que no sabemos nada de él.»

«Cain está bien, padre, no te preocupes».

Eva acarició a Loep para darle la bienvenida y se metió enseguida en la cueva

para preparar un sencillo banquete.

Poco después, estaban todos sentados alrededor del fuego, mientras un sol de principios de otoño derramaba generosamente sus rayos en la cueva. Abel comía con gratitud las galletas de miel. Disfrutaba de cada migaja. Loep estaba acurrucado junto a Adam. Adam vio su nalga y ya no pudo contener su curiosidad: «¿Loep se ha hecho daño en la montaña? ¿Y tú también?».

«No en la montaña, pero empezaré por el principio». Abel contó todos los detalles, no solo los acontecimientos en sí, sino también todos los sentimientos de duda, esperanza y resignación. Los ojos de Adán y Eva brillaron en cuanto empezó a contarles sobre el anciano de la montaña que resultó ser Yibril y cómo Yibril le mostró en la cima que el Edén se encontraba «allí donde sale el sol». Les cantó la canción de la montaña y les habló de la cascada. Les contó todo menos «Testifico: no hay más Dios que Dios», eso no se atrevía a revelarlo en presencia de Adán, porque bajo ningún concepto quería meter a su madre en problemas. Después de haber contado con detalle cómo se había despedido de Djibril, llegó al regalo que Djibril le había dado para sus padres y cogió su bolsa de viaje.

«¿Qué es?», Adam no pudo contener su emoción y Eva no estaba menos curiosa.

«No sé qué es, tenía que protegerlo con mi vida», dijo Djibril. Abel cogió su bolsa de viaje, sacó el tesoro y le entregó el paquete a Eva. Ella temblaba y rezaba muy suavemente «Ash' hadu an la ilaha illa-llah» mientras retiraba lentamente el extraño material de embalaje, por miedo a romper algo. Adán contuvo la respiración. El

El sol se esforzó por última vez para no ocultar ningún detalle.

Se quedaron con la boca abierta.

En su mano apareció la manzana del Edén: brillante y entera, intacta. En el lugar donde sus bocas la habían mordido, solo quedaban visibles dos marcas, finas líneas negras sobre el hermoso verde. Yahvé había conservado y sanado la manzana, al igual que había aceptado su sincero arrepentimiento. Su alegría no tenía límites. Abel estaba completamente fuera de sí. Eva y Adán se abrazaron y besaron la manzana como si fuera el propio Yahvé.

«Ash' hadu an la ilaha illa-llah», recitaron ambos en voz alta y dieron gracias a Yahvé por ese pequeño y valioso pedazo del Edén que había vuelto a su seno.

La emoción fue demasiado para Abel; salió en silencio, contempló la puesta de sol y exclamó con gratitud: «¡Ya voy, Djibril!». Abel volvió a entrar y le resultó imposible seguir contando el resto de su historia. La felicidad de sus padres y su gratitud no tenían límites, y él no quería interrumpir su alegría por el regalo de Yahvé. «Volveré mañana. Ahora voy a ver a Caín antes de que oscurezca del todo», dijo, pensando en la soledad de su hermano.

Eva se levantó rápidamente y se acercó a él. La manzana le había dejado claro que ya no tenía que temer a Belial y que Abel había madurado tanto espiritualmente que podía susurrarle al oído: «Ve con tu hermano y cuida bien de él». Por primera vez en su vida, Abel oyó a su madre hablar en su idioma y él también le respondió muy en voz baja: «Doy testimonio: no hay más Dios que Dios». Con alegría, tomaron

despedirse el uno del otro.

Eva se unió de nuevo a su marido para seguir disfrutando del regalo. Por la noche, Eva se acurrucó junto a Adán con la manzana entre ambos. Adán había estado alabando a Yahvé toda la noche por su misericordia hacia ellos. Empezó por diez veces, luego por cien, y no dejaba de cantar alabanzas a Yahvé. No entendía de qué se lo había ganado. «¿Qué vamos a hacer con la manzana?», sonó de repente en un silencio ensordecedor en su oído y Adán miró sorprendido a los suaves ojos de Eva.

«¿Hablas?», pensó, avergonzado de repente por todo el alboroto que había montado en las últimas horas. «¿Hablas?», repitió para asegurarse de que no estaba alucinando.

«Sí».

Adam besó una vez más la manzana y abrazó a Eva con ternura. «No diré nada más, ya he hablado demasiado durante años, demasiado a menudo y a menudo demasiado», se dio cuenta con toda claridad.

«¿Serás capaz de hacerlo?», se rió Eva suavemente ante tanta buena voluntad infantil.

«Tienes que enseñármelo tú», dijo él con seriedad.

«Entonces tendrás que imitarme, porque no voy a hablar mucho; de hecho, me resulta extraño hablar y no creo que quiera volver a hacerlo. A menos que sea para dar gracias a Yahvé».

«¿Qué vamos a hacer con la manzana?», repitió Adán rápidamente su pregunta.

«¿Una manzana que se planta en tierra fértil no se convierte en un árbol?», se preguntó Eva en voz alta, pensativa.

«Una idea magnífica, aquí cerca de esta cueva hay otro pequeño lugar fértil que también ofrece protección durante el invierno».

Él la miró de nuevo con incredulidad. «¡Tú hablas! ¿Puedo preguntarte qué es lo que Ash...?» «Doy testimonio: no hay más Dios que Dios», respondió Eva rápidamente y volvió a callarse, pues sentía que todo aquello la distraía de hablar desde el corazón con Yah-we. Adán siguió ahora también su ejemplo y calló de inmediato. No había nada más que decir. La manzana sanada entre ambos lo decía todo y mañana enterrarían la manzana para que su semilla pudiera germinar y convertirse en un árbol que diera testimonio permanente del cuidado de Yahvé por sus criaturas. Al día siguiente, tan pronto como el sol comenzó su labor diaria, Adán se puso a trabajar. Enterraron la manzana cerca de la cueva, justo al lado de su huerto más pequeño, y de inmediato construyeron un muro de rocas y piedras a su alrededor para ofrecer la máxima protección a la futura plantita. Cada mañana siguiente, Eva recorría el camino hasta el río con una calabaza. El camino de bajada ya era una fiesta, pero el camino de subida, cargada hasta los topes, era una fiesta aún mayor.
Bienaventurado el lector que pueda comprender esto.

14. El regalo
parte 2

Debo confesar que yo mismo me he arruinado, y que nadie, grande o pequeño, puede ser arruinado sino por su propia mano. Estoy totalmente dispuesto a confesarlo. Intento confesarlo aunque en este momento se piense que no es así. Presento esta acusación despiadada contra mí mismo sin piedad. Por terrible que haya sido lo que el mundo me hizo, lo que yo mismo me hice fue, con mucho, más terrible.

Oscar Wilde, De Profundis

«¿Y qué tal con los dos ancianos? ¿Todo bien?», comenzó Caín, contento de volver a ver a Abel. «¿Te sientes bien para bajar?», preguntó, al mismo tiempo preocupado.

«Allá abajo todo va bien. Me han encargado que te salude mucho. Preguntaron enseguida por ti y estaban muy preocupados». Abel dejó inmediatamente su maleta vacía junto a su lugar para dormir. «Estoy agotado». Quería dormir.

«¿Les gustó tu regalo?», preguntó Caín, dejando entrever la curiosidad que llevaba días acumulando.

«¡Oh, sí!». Abel se despertó de golpe y ya no pudo contener su alegría, convencido de que la maravillosa experiencia que Caín había vivido durante la retirada por el río

habría dejado huellas indudablemente positivas en su mente. «El regalo fue lo más bonito, lo más importante, lo más increíble, lo más sorprendente, lo más »

Caín le interrumpió: «Disculpa, ¿puedo saber por fin qué era?».

«¡La manzana!», exclamó Abel encantado, con reverencia e incredulidad. «Perdona: ¿la manzana?». Caín apenas pudo reprimir una sorpresa burlona.

«¡Sí, la manzana! Nunca hubiera pensado que yo, que nosotros, pudiéramos regresar con un regalo tan importante para nuestros padres». «Eh, eh, ahora vas demasiado rápido», pidió Caín una explicación, sintiéndose ya incómodo porque se había perdido gran parte de la conversación. «¿Qué pasa con esa "manzana"?»

«Es una larga historia que voy a resumir», respondió Abel y, tras tomar aire, contó con mucho más detalle de lo que tenía pensado todo lo que su padre le había contado antes sobre el Edén y la triste historia de su caída y expulsión del Edén. Sin embargo, Abel se olvidó de responder a la pregunta. «Pero dime de una vez: ¿de dónde sacaste esa manzana?», le interrumpió Caín bruscamente para saciar por fin su curiosidad. «Me la dio Djibril, el ángel de Yahvé, en el Djebel Akhbar. Me pidió que le entregara el regalo a nuestros padres». Abel ya no quiso eludir más este tema y continuó contando de un tirón la larga historia de cómo lo llevaron hasta la cima y pudo contemplar el lejano Edén en el Este. Abel contó a continuación la caída de los ángeles. Exactamente de la misma manera que Djibril se lo había contado. Sin que lo entendiera todo, y mucho menos pudiera explicarlo. Pero Abel quería a su hermano y

quería regalárselo.

Pero el regalo cayó en saco roto para Caín. Sus oídos se cerraron ante lo que veían sus ojos: la inmensa cima del Djebel Akhbar. Imposible de alcanzar. Imposible creer que su hermano hubiera estado allí. Pero, de repente, ya no estaba tan seguro. Le enfurecía enormemente no poder seguir descartando a Abel como un desquiciado que alucinaba a causa de las privaciones. Lo que ahora se enteraba ponía muchas de sus propias palabras y acciones hacia Abel bajo una luz completamente diferente. Una luz que no mostraba nada bonito y suplicaba que se oscureciera rápidamente. ¿Podría ser que sus padres también estuvieran trastornados por las privaciones? ¿Pero y ese regalo? Lo había visto con sus propios ojos. Loep lo había custodiado. ¿Acaso Loep también estaba loco? ¿Por qué él no estaba loco entonces? Buscaba desesperadamente apoyo y consejo en el borde de la cueva para poder contemplar, con una fe creciente en lo increíble, la cima del Djebel Akhbar al atardecer. La cima se alzaba a través de un cuello de armiño de nubes y lucía majestuosa, como un rey, una corona de púrpura, naranja y oro. El cazador de osos no sabía qué pensar de esta historia. ¿Acaso era posible alcanzar una cima así? ¿Era entonces su hermano un mentiroso? ¡Ojalá fuera tan fácil como matar osos! Fueron sobre todo los ojos de su hermano los que le hicieron dudar tanto. Reconoció esos ojos. Eran los mismos ojos sinceros que veía justo después de haber asestado la puñalada mortal a un animal. Ojos que, una vez superado el miedo a la muerte, ya no tenían nada que ocultar. Que ya no tenían que suplicar que se les perdonara la vida. Eran los ojos de una rendición y una verdad naturales.

Ojos que siempre había amado, que le conmovían, que le daban consuelo. Ojos que, en paz, daban testimonio del miedo y el dolor ya superados. Pero, al mismo tiempo, dudaba de si también podría morir con ellos. Eran como cristal y espejo, pero eso era precisamente lo que Caín no quería ni podía ver. La cima de la montaña era demasiado alta. La luna se había situado ya sobre la cima y quería mostrarle algo a Caín, pero...

Durante un largo rato reinó el silencio en la cueva. Abel contuvo la respiración. Caín respiraba con suspiros audibles. De repente: «Quizá prefiera estar ciego», dijo Caín en voz muy baja, como si hablara consigo mismo en el vacío, sin volverse. Abel levantó la vista, agradablemente sorprendido. Reconoció un pensamiento similar, cuando pasó aquellos primeros días desesperados en el pozo y solo al cabo de unos días se dio cuenta de que quizá había estado ciego ante la presencia de Djibril. Abel aplaudió en silencio esta toma de conciencia de Caín y ahora esperaba en silencio algo más. No se atrevía a moverse para no perturbar este comienzo sagrado. Djibril observaba impotente desde la luna. Belial se reía ante tanta ingenuidad.

En la cueva sobre el río, volvió a reinar el silencio durante horas. Bajo ellos, miles de millones de gotas fluían hacia el mar en la más absoluta oscuridad. Abel ansiaba poder seguirlas, pero nunca se iría sin su hermano. Solo cuando el sol, girando, comenzó a mostrar de nuevo el lugar del Edén y Abel vio a Caín mareado, corrió hacia él y lo ayudó a llegar a su lecho. Veló junto a él y junto al fuego. Ningún sueño podía impedir que Abel cuidara ahora de su hermano. Abel cuidó de Caín tal y como sabía que Djibril lo había cuidado a él en lo alto de la cueva del Djebel Akhbar. Entonces no había recibido nada a cambio y ahora él tampoco pediría nada a cambio.

No hay de qué.

15. CAÍN

Lamentar nuestras propias experiencias es detener nuestro propio desarrollo. Renegar de nuestras propias experiencias es poner una mentira en los labios de nuestra propia vida. No es ni más ni menos que una negación del alma.

OSCAR WILDE, DE PROFUNDIS

Cuando empezamos a vivir, lo dulce nos resulta tan dulce, y lo amargo tan amargo, que inevitablemente dirigimos todos nuestros deseos hacia los placeres, y no solo buscamos «alimentarnos de miel durante un mes o dos», sino no probar ningún otro alimento durante todos nuestros años, sin darnos cuenta de que, en realidad, estamos dejando que el alma muera de hambre.

OSCAR WILDE, DE PROFUNDIS

En los días siguientes, Caín permaneció en silencio. Puso a prueba a su hermano, pero la prueba amenazaba con volverse en su contra una y otra vez. Observó minuciosamente cada gesto de Abel, pero no encontró ninguna contradicción entre sus palabras y sus actos. Abel siguió tratándolo con paciencia y amor, por muy malhumorado y brusco que él se mostrara con él. Eso lo desesperaba, lo hacía dudar profundamente

sobre todas sus palabras y acciones del último año. No era una sensación agradable, pero no podía entender cómo había podido equivocarse tanto en su juicio. Ahora era Abel quien cuidaba de él, y eso no le gustaba nada a Caín. Eso lo hacía cada vez más amargado y rebelde. Se sentía como si estuviera frente a un oso sin armas, con las manos atadas a la espalda. Lo que le había sucedido en el río y la inexplicable forma en que la balsa había superado con éxito los rápidos había sido pura casualidad. Por muy convincente que Abel se hubiera esforzado antes por dejarle claro que Djibril, siempre ese Djibril, les había ayudado, él negaba cada vez más esa realidad con argumentos racionales. Estaba agotado, ¿no? Apenas se le veían los ojos. ¿Llevaba días sin comer prácticamente nada?

El hombre al que se le permitió mirar por un instante en el espejo de la verdad,

no se atrevió a abrir los ojos. Su yo se interponía en su camino como un Djebel Akhbar.

Caín permaneció en silencio.

Por mucho que ansiara la luz, prefería permanecer ciego antes que enfrentarse a la verdad. Agradeció festivamente a la verdad por sus consecuencias. La acidez de su cítrico no era para él. Solo la miel le seducía. Había pedido poder ser ciego.

Lo era, y lo siguió siendo. Sin más. Los

días se hacían largos.

Un día, cuando Abel trajo tortas de maíz, Caín las tiró sin miramientos. Volvió a sentirse firme. Se deshizo

de sus grilletes y volvió a empuñar sus armas con espíritu combativo. ¡Había vuelto! De vuelta como si nunca se hubiera ido. Más que nunca. De vuelta. Listo para matar osos. Listo para demostrar que el Edén no existe. Listo para ser el primogénito.

«¿Eso es todo lo que puedes darme: tortas de maíz? ¿Crees que vas a ser lo suficientemente fuerte como para llegar a Edén? ¡Dile a los ancianos que la semana que viene partimos hacia Edén! Yo me voy ahora a cazar. Mientras tanto, ve a buscar a Loep. ¡Sin Loep no hay Edén!» Ay del pobre oso que se cruzara ahora con él. Había dudado y postergado las cosas durante demasiado tiempo. ¿Qué le había llevado a tomar esa decisión? Era un misterio para él. Había sido una pérdida de tiempo.

Abel escuchó y obedeció dócilmente. Solo ver
el Edén podía convencer a Caín.

16. LA DESPEDIDA DE « »

Recuerdo cómo hablé una vez sobre este tema con una de las personalidades más bellas que he conocido jamás: una mujer cuya compasión y noble bondad hacia mí, tanto antes como después de la catástrofe de mi encarcelamiento, superaron todo poder de descripción; una mujer que, aunque ella no lo sepa, más que nadie en todo el mundo me ha prestado verdadera ayuda para soportar la carga de mis tormentos, y eso solo por el mero hecho de su existencia, por ser lo que es: un ideal y una influencia; un ser que no solo inspira la idea de lo que uno podría llegar a ser, sino que también brinda ayuda real para llegar a serlo, un alma que endulza el aire común y hace que todo lo espiritual parezca tan sencillo y natural como la luz del sol o el mar: alguien para quien la belleza y el dolor van de la mano y tienen la misma misión. En la ocasión a la que me refiero, le dije —lo recuerdo muy claramente— que había suficiente sufrimiento en un estrecho callejón londinense para demostrar que Dios no amaba a los hombres, y que, si en algún lugar reinaba algún dolor, aunque fuera solo la tristeza de un niño que llora en su jardincito urbano por algo que haya o no haya hecho mal, el rostro de toda la creación quedaba mancillado. Estaba completamente equivocado. Ella me lo dijo, pero no pude creerla. No me encontraba en el estado de ánimo en el que se puede alcanzar esa fe. Ahora me parece que el amor, de una u otra forma, es la única explicación posible de la suma extraordinariamente grande de sufrimiento que hay en el mundo. No puedo concebir otra explicación. Estoy convencido de que no hay otra, y de que, si el mundo está esencialmente, como dije, construido de dolor, está construido por las manos del amor, porque en ningún

«De otro modo, el alma del hombre, para quien fue creado el mundo, no podría alcanzar la plena forma de su perfección. No es el dolor por el bello cuerpo, sino el sufrimiento por el alma bella».

OSCAR WILDE, DE PROFUNDIS

Caín dijo:

«¿Es esto todo lo que puedes darme: tortas de maíz?»

Abel guardó silencio, no dejó que le tocara el corazón y se apresuró sin demora a ir a buscar a Loep. Loep, ya completamente recuperado de su herida, salió a su encuentro desde lejos.

«Nos vamos dentro de unos días, Loep. ¡Se acabó tu vida de holgazán!», le dijo burlándose de él mientras reía, feliz de poder partir junto a su hermano. Llegó a la cueva donde su padre estaba dando los últimos retoques a un cercado de piedra alrededor del lugar donde habían enterrado la manzana, a modo de protección contra el viento más cortante y todo tipo de alimañas.

«Padre, he venido a despedirme de ti. Caín y yo nos marchamos a Edén la semana que viene. Ya no falta mucho para que puedas volver a abrazar a Caín».

«Hijo mío, ¿cómo puedo agradecerte todo lo que ya has hecho por nosotros?», preguntó Adán señalando el pequeño jardín del Edén.

«Gracias a Yahvé, padre. No me des las gracias a mí. Soy yo quien debe daros las gracias a vosotros». Se despidieron con solemnidad, tras lo cual Abel fue a buscar a su madre.

Eva acababa de volver del río con una calabaza llena de agua

ante el lugar donde habían enterrado la manzana. Abel la esperaba. Quería conservar ese momento para siempre en su mente. Absorbía cuidadosamente cada uno de sus movimientos. Cada piedra que ella tocaba y movía se convertía en una piedra que, de ahí en adelante, sería sagrada en su recuerdo. Su dignidad. Su devoción y obediencia a Yahvé. Su reverencia y, al mismo tiempo, su temor sincero y sin miedo hacia Yahvé. Pero, sobre todo, su humildad al hablar y al callar, al hacer y al no hacer. En lo más profundo de su corazón, estaba agradecido a Yahvé por los padres que había tenido y por el amor de su hermano. Se dio cuenta en un instante de que su formación espiritual a través de ella ya había comenzado el día en que, siendo un niño pequeño, la había protegido de un padre desatado. Era su amor por él lo que, al fin y al cabo, lo había hecho tan fuerte que, siendo aún muy joven, había sido capaz de plantarle cara a Belial, como ahora comprendía. Gracias a esa fuerza, se había librado de un sentimiento de culpa si no hubiera intervenido entonces. Una herida que su padre, por muy respetable que resultara ser más tarde, nunca habría podido curar. Abel se sintió abrumado por la emoción ante ese pensamiento y se acercó cojeando a ella para tomarle la calabaza llena.

«Mamá, vengo a despedirme de ti. Caín y yo nos vamos...

Poco a poco me dirijo hacia el Edén y quiero darte las gracias por todo. No me des las gracias. Nunca podré devolverte lo que me diste: mi cuerpo, mi mente, mi corazón... » Eva lo interrumpió y le susurró al oído con tono tranquilizador: «Te quiero». Le quitó el ka-lebas de las manos y, aparentemente imperturbable, siguió su camino hacia su pequeño jardín del Edén, sin mirar atrás. Dejó atrás a Abel y no volvió a mirar atrás. Eva's

La alegría que antes sentía al llevar esa pesada carga se vio de repente ensombrecida por su sexto sentido, lo que ahora la llenaba de melancolía. «Más ácido, mucho más ácido que los cítricos», pensaba muy preocupada, aunque no quería inquietar a Abel en absoluto. Abel la miró con sorpresa. Con estas palabras, que escuchaba por primera vez en su vida, ella le expresaba su amor con palabras. «Te quiero», resonaba en su mente. Las palabras abrumaron el ánimo de Abel. Ya no oía ni veía nada más. Todo se centró en aquellas pocas palabras que le llenaban de alegría por su nacimiento y le causaban dolor por esta despedida. Fue una vez más su fiel amigo Loep quien le indicó con cuidado el camino hacia Caín.

Yahvé observaba y mezcló las lágrimas de la madre y el hijo en la calabaza para que la semilla del árbol de la vida pudiera germinar plenamente en el pequeño jardín del Edén, fuera del Edén.

17. El sacrificio de la « »

Afronté todo con una especie de tenacidad de voluntad y mucha rebeldía innata, hasta que no me quedó absolutamente nada en el mundo salvo una sola cosa. Había perdido mi nombre, mi posición, la felicidad, la libertad y la riqueza. Era un prisionero y un hombre pobre. Pero aún me quedaban mis hijos. De repente, la ley me los arrebató. Fue un golpe tan devastador para mí que no supe qué hacer. Me arrodillé, incliné la cabeza, lloré y dije: «El cuerpo de un niño es como el cuerpo de nuestros Señores; no soy digno de ninguno de los dos». Ese momento, al parecer, me salvó. Vi que lo único que me quedaba por hacer era aceptar todo con resignación. Desde entonces —sin duda sonará extraño— me he sentido más feliz. Había penetrado en el alma en su esencia más profunda. En muchos aspectos había sido su enemigo, pero la encontré esperándome como un amigo.

Oscar Wilde, De Profundis

Caín estaba encantado. Lo tenía todo bajo control. Una provisión de carne en su bolsa de viaje para los primeros días. Abel llevaba algunas galletas secas por si acaso. Además, Caín llevaba consigo una segunda bolsa de viaje bien llena con todo tipo de provisiones, como solía hacer cuando se embarcaba en una larga expedición de caza. Le quitó rápidamente el bastón a Abel

por una lanza de verdad. Fue divertido ver cómo se le torcía la cara a Abel. «¡Sin comentarios! Es tan útil como un bastón y, si ves aparecer un oso delante de ti, te alegras de tener algo así en las manos en lugar de a Djibril en algún lugar del aire». El objetivo del viaje quedó claro de inmediato.

«Pídele a Loep que vuelva a correr en círculos como hacía cuando nos dirigíamos a la balsa». Loep no esperó a recibir instrucciones y salió corriendo de inmediato.

Así, la comitiva partió hacia el amanecer. No avanzaban muy rápido. Abel ya se había recuperado un poco, pero «menos débil» era una descripción más acertada de su estado actual. Cada dos horas tenían que descansar un poco, lo que no le gustaba a Caín. El peligro acechaba a cada paso y, sin Loep, nunca se habría atrevido a emprender un viaje así con un compañero debilitado, pero el lobo cumplía su tarea a la perfección. Cada dos o tres noches buscaban un refugio seguro, casi siempre en una cueva o en una cornisa de difícil acceso, para que Caín pudiera salir a cazar mientras Abel descansaba a salvo. Una vez repuestas las provisiones, seguían adelante. Lo único que tenía que hacer Abel era indicar el camino. Pasaron por los pies del Djebel Akhbar y Caín evitó volver a hablar de ello. Le seguía resultando difícil tomarse en serio la historia de Abel. Cada vez que se topaban con un manzano silvestre, cogía una fruta y se la ponía delante de las narices a Abel: «¿Estás seguro de que la manzana en cuestión no procedía de este árbol?». Entonces Caín le daba un mordisco para, a continuación, tirarla a la basura con desprecio. «¿Dónde está ahora ese Djibril?», resonaba una y otra vez en su cabeza, y solo con el mayor

A duras penas conseguía apretar los dientes. «¿Cuánto tiempo va a seguir con estas tonterías?». Así alimentaba Caín constantemente su incredulidad ante toda la expedición. Pero Abel no vacilaba. Se concentraba minuciosamente en el Este. En algún momento había visto el Edén a lo lejos: un resplandor, una esperanza, una salvación para su hermano, una alegría para sus padres.

Los hermanos se volvían cada vez más taciturnos el uno con el otro. Caín cumplió su palabra: se fue con ellos al Edén. Abel cumplió su palabra: comió carne. Cuando el Djebel Akhbar ya quedaba muy atrás de ellos, con su cima tan pequeña como un hueso de cereza, oyeron de repente a Loep dar la voz de alarma. Aún estaba bastante lejos, pero su señal era clara. ¡Un oso! Para Caín no habría sido ningún problema, de no ser porque su hermano le pesaba como un lastre. «¡Ahí!», señaló Caín a Abel un árbol adecuado y primero lo ayudó a ponerse a salvo. «Quédate aquí y no salgas bajo ningún concepto. Vendré tan pronto como pueda».

Liberado de Abel y de las pesadas mochilas, corrió ágil como un ciervo hacia Loep. Su impaciente sangre de cazador comenzó a hervir. Sus lanzas llevaban semanas sin ver sangre de oso, pero eso pronto llegaría a su fin. Al poco rato vio al experimentado Loep jugando con un oso joven. Caín gritó con seguridad al oso para llamar su atención, de lo contrario no habría diversión para un cazador de osos como él. Cuando el oso, enloquecido, se dio la vuelta y dudó un instante, Caín se detuvo a veinte metros del oso, habiendo calculado de antemano todas las vías de escape. El oso inexperto aún no era consciente del peligro, incómodo con un lobo a sus espaldas y un extraño rostrillo delante de sus narices. Caín tensó su lanza. Calculó exactamente el tiempo que necesitaría su lanza

en combinación con un oso que se abalanzaba. Un cálculo que se vio interrumpido por el inesperado ataque verbal de Loep, pues, por desgracia, el oso frenó y se giró bruscamente hacia Loep, con lo que la lanza rozó su cabeza y solo acarició ligeramente el pelaje de su imponente cráneo. Caín no pudo arrancar ninguna garra, pues el oso, asustado, se hartó de inmediato y, prudentemente, se dio a la fuga.

Caín estaba un poco desilusionado, pero, no obstante, elogió a Loep por su excelente esfuerzo.

«¿Dónde estará ahora ese Djibril?», pensó de nuevo con aire de suficiencia mientras escupía al suelo. Unos instantes después, todos se habían reunido de nuevo y también Abel alabó a Loep y dio las gracias a Caín. Caín se sentía fuerte. «Un poco más adelante hay un lugar seguro donde pasar la noche».

Al caer la noche, se entabló un animado debate entre ambos hermanos. «Cuando lancé mi lanza, no vi a tu Djibril por ninguna parte», dijo Caín sin andarse con rodeos. Esto podía considerarse el pistoletazo de salida.

«Quizá estaba detrás de ti», respondió Abel, como si realmente lo estuviera viendo ante sus ojos.

«¿Qué somos entonces? ¿Una pandilla de ingenuos que representamos una obra sin ningún sentido, mientras a nuestras espaldas se decide el verdadero pleito?», se enfadó Caín.

«Solo eres un ingenuo si no ves lo que ocurre a tus espaldas».

«¿Así que yo soy tonto y ciego, y tú ves?», preguntó con sarcasmo.

«O, y esto viene a decir lo mismo, soy ciego ante tu ceguera, al igual que tú lo eres ante la mía. Yo puedo

como tú ignorar la realidad que se me mostró», respondió Abel con calma.

«¿Por qué entonces tu realidad no es la misma que la mía?», preguntó Caín, ya algo más tranquilo.

«Es algo así como cuando contemplamos juntos el mismo paisaje. Miramos la misma imagen, pero cada uno de nosotros la experimenta de forma diferente, a veces por cómo nos sentimos —quizá ese día nos encontremos mal—, a veces por la emoción que nos embarga en ese momento, como la alegría o la tristeza. Todas estas facetas de nuestro estado de ánimo matizan nuestra imagen y hacen que ambos interpretemos el mismo paisaje de forma diferente. Desde el rechazo hasta el desprecio, desde la aprobación hasta el aplauso».

Se produjo un silencio incómodo. «Tu interpretación es la correcta para ti y la mía lo es para mí. Solo debemos rendir cuentas ante nuestro ojo interior», intentó Abel, en el último momento, ofrecerle a Caín algún punto de apoyo.

«¿Visión interior?», preguntó Caín sacudiendo la cabeza, como si le empezara a dar vértigo tanta tontería.

«El cristal y el espejo. El ojo es lo que nos permite ver, y también es lo único con lo que podemos vernos a nosotros mismos en el agua del río. Solo así podemos hablar con nosotros mismos a través de nosotros mismos, tal y como yo hablo ahora contigo. Te ves a ti mismo respondiendo a todas las preguntas difíciles que te planteas y, mientras respondes, ya sabes si te estás engañando a ti mismo o no. El espejo te hace tan transparente como el cristal», dijo Abel, recordando el cuenco con agua que tenía su madre.

Se produjo un silencio aún más incómodo. El ambiente no mejoró en absoluto. Abel tenía que seguir hablando. Era él quien se encontraba en mayor peligro, si no quería que le alcanzara...

por sus propias palabras, y no esperó a que le preguntaran. «El ojo interior es como nuestro corazón», pensó para hacer avanzar el asunto. Rápidamente se dio cuenta, por el silencio imperioso de Caín, de que eso aún no bastaba y de que incluso empezaba a crecer la ira porque no podía entenderlo.

A continuación vino un último intento, como mínimo precipitado, sí, incluso temerario. «Nuestro corazón puede hablar», se atrevió a decir por última vez, y luego se rindió. Lo supo de inmediato. Se había equivocado. Ahí se acabó todo para él. Demasiado tarde. Ahora sí que se quedó en silencio y pidió misericordia a Yahvé. Pidió que perdonara a su hermano después de haber dicho lo que había dicho. Suplicó perdón por sus palabras, que habían puesto a su hermano en tanto peligro al haberle empeorado posiblemente la situación. Amenazaba con haber pecado contra la primera regla de toda vida espiritual: ante todo, no hacer daño. En un último y inexperto reflejo, quiso proteger a su hermano de lo que había dicho, pero declaró algo que era imposible que él pudiera comprender. Suplicó por el Edén, con las conversaciones con su padre durante el invierno aún frescas en su mente. «Una vez fuera de Edén, a menudo me siento confundido, creo decir mil veces lo mismo, pero lo digo cada vez de forma diferente, y el otro también lo oye cada vez de forma diferente, por lo que ya nada puede ofrecer paz, seguridad y consuelo duradero. También ahora, mientras hablo». Así hablaba su padre y así los pensamientos y las palabras de Abel estaban ahora indisolublemente ligados a un sentimiento de impotencia similar al de su padre en aquel entonces.

Caín se encontraba ante un muro gigantesco. «¡Oh, no, otra vez no! ¡No, ya no lo aguanto más! ¡No vas a hacerme esto dos veces seguidas

, hermanito», se enfureció su mente, recordando con demasiada viveza las últimas conversaciones en la cueva del desfiladero.
Caín vio una salida.
«Todo lo que dices suena muy bien, pero ¿quién te da de comer? ¿Quién vela por tu seguridad?».
Abel se alegró mucho de esta respuesta liberadora. La respuesta no tenía ningún sentido, pero le daba a Caín la última palabra, algo que Abel estaba dispuesto a concederle. Estaba completamente fuera de lugar, pero al menos ofrecía, con toda humildad, una salida para despedirnos de este delicado tema sin que Caín tuviera que sentirse herido. Abel lo esperaba en silencio, pero nada más lejos de la realidad. El daño era grande y llevó el rechazo de Caín hacia Edén a su punto álgido. Para Caín, la conversación demostró una vez más que el viaje a Edén era una gran tontería. Ambos hermanos sentían que era mejor discutir lo menos posible entre ellos y casi ya no se hablaban. Loep era su único tema de conversación. Loep intuía perfectamente lo que estaba pasando y consolaba a ambos. Los lobos también vivieron en Edén en su día, y ellos también cayeron, pero incluso el corazón de un lobo recuerda Edén.
Pasaban los días, el paisaje cambiaba y las hojas
cayeron. El Djebel Akhbar ya no se veía. «¿Cuándo vas a aceptar de una vez que el Edén no existe?», preguntó Caín de repente en voz alta a Abel, preocupado por si llegarían a casa a tiempo antes del invierno tras esta expedición inútil. «El Edén existe, así que no tengo por qué suponer que no existe», respondió Abel con decisión, con la mirada puesta en el este. Caín estaba cada vez más harto de llevar semanas

tener que realizar un esfuerzo físico agotador y no quería dejarlo ahí, cuando Loep los interrumpió de repente con un aullido siniestro. Loep daba la máxima señal de peligro. Se notaba el pánico en su aullido. El peligro venía de detrás de ellos y, al parecer, el oso también había sorprendido a Loep. Abel y Caín se dieron la vuelta y pronto vieron a una osa con dos cachorros que se abalanzaba sobre ellos desde la última curva. Caín se colocó protectivamente delante de Abel y se quitó de encima su pesado equipaje. «¡Corre por tu vida!», le ordenó a Abel, quien también se quitó la mochila de un tirón y empezó a correr cojeando hacia un árbol que estaba demasiado lejos. Caín calculó que la distancia entre él y la osa era demasiado corta para lanzar una lanza con tranquilidad, por lo que la única posibilidad de sobrevivir era huir él mismo y esperar que Loep ganara algo de tiempo para que ambos pudieran llegar a salvo al árbol. Loep corrió tras la osa como una flecha y se dio cuenta de que esta osa no era ningún bobo. Vio cómo la osa se había fijado en Abel, después de que el veloz Caín ya se hubiera trepado al árbol y se preparara para ayudar a Abel a subir. Pero todo salió mal. Abel nunca podría llegar al árbol a tiempo y parecía una presa fácil. Loep ya había adelantado a la osa y trataba de distraerla, pero la bestia olía sangre y, sobre todo, quería proteger a sus cachorros, por lo que no aminoró el paso. Justo antes de que ella fuera a atacar a Abel, Loep saltó a la garganta de la osa, la mordió y no la soltó. La osa, sin aliento, tuvo que detenerse y abandonar a Abel. Pero utilizó sus garras para destrozar a Loep, furiosa por la oportunidad perdida. Una vez que Abel estuvo a salvo en el árbol y observaba atónito cómo la osa le rompía el cráneo a Loep con

Con sus poderosas mandíbulas, Caín se dejó caer del árbol con auténtico desprecio por la muerte. Movido por la pura ira, apuntó a su vez con la lanza hacia lo que más quería la osa y solo hirió a su primer cachorro en la oreja izquierda. Rápidamente utilizó su segunda lanza y, con un lanzamiento magistral, mató a su segundo cachorro. «¡Tú eres nuestro hermano, yo soy tu cachorro!», gritó furioso, protegido únicamente por un tronco de árbol entre ambos. ¡Ojo por ojo, diente por diente! El chillido del cachorro desconcertó a la osa. La osa se llevó apresuradamente al desanimado Loep y corrió hacia el cachorro que quedaba, indefenso; miró atrás una vez más, reconoció a «El que mata osos» y salió huyendo con el cuerpo del muerto Loep como escaso consuelo.

Caín estaba desconsolado y descargó su ira

Ahora sobre Abel. «¡Era nuestro hermano! ¿Dónde está ahora tu Djibril? ¿A mis espaldas? ¿Me lo dices? ¿Lo ves ahora a mis espaldas? ¿No te parece un poco fácil esa respuesta? ¿Por qué no nos defendió entonces? Él también sabe que Loep era tu hermano. Si Djibril es tu amigo, como dices, entonces es un cobarde, ¡y no quiero a un cobarde así! ¡Ni delante de mí ni a mis espaldas!». Caín ya había tenido suficiente. «¿Ves esa curva de ahí?». Señaló la curva anterior del camino, de donde habían venido. «Me voy a casa. Loep está muerto y siempre he dicho que sin Loep no quería hacer este viaje. Ahora que está muerto, tengo derecho a romper mi promesa. Me voy a casa y, tras esa curva, te esperaré veinticuatro horas. Si quieres venir, ven. Si no vienes, ¡me iré solo!». Recogió sus pertenencias más importantes y, generosamente, dejó atrás la bolsa de viaje con las provisiones en

Abel. Con rabia, sacó su lanza del osezno moribundo, pisoteó una vez más, con impotencia y furia, su cabeza agonizante y, al poco rato, había desaparecido tras la curva.

Abel se quedó perplejo. Cuando vio a Caín desaparecer tras la curva, solo el cadáver del cachorro y la sangre de Loep daban testimonio del terrible suceso. La ira de su hermano por la pérdida de Loep lo había sorprendido. El intenso dolor y la ira de Caín habían sofocado su propio dolor hasta ese momento. Sí, ¿dónde estaba Djibril ahora? Abel se desplomó contra el tronco del árbol, agotado por la emoción, y se preguntó febrilmente qué significaba todo aquello.

¡Menudo golpe! ¡Loep! La pérdida de Loep le dolió al menos tanto como romperse la pierna en el pozo. De hecho, le dolió aún más. Al fin y al cabo, no había nada que entablillar. El dolor no se atenuaba. Un torrente de recuerdos se abalanzaba imparable sobre su mente y se clavaba como un cuchillo en su corazón. Lloró amargamente por su querido amigo. Gritó a voz en cuello en el idioma de Loep y expresó su agradecimiento por haberle dado la vida. Su grito resonó por montes y valles. Todos los animales a su alrededor se quedaron en silencio y compartieron la pérdida de Abel. Sentirse abandonado por Loep le llevó de vuelta a su caída en el pozo, cuando Loep desapareció de repente para ir a buscar a Djibril. Recordó de nuevo vívidamente cómo fue rescatado en el pozo de esa astuta bestia llamada desesperación. Había aprendido a aceptar su destino y a no rebelarse contra él. Dudar de la existencia de Djibril o del Edén sería lo que resultaría fatal. De repente, recordó el curioso encuentro de Loep con el anciano al pie de la montaña, donde el lobo ya había reconocido al ángel, solo que aún...

pero al escuchar la canción de la montaña. Con qué cariño Djibril había tratado a Loep como a un amigo. También recordó cómo Loep había vigilado la maleta durante el viaje por el río mientras Djibril se había hecho cargo del timón. Ya no le cabía ninguna duda de que Djibril también había observado con gran compasión cómo Loep había sacrificado su vida para salvarlo. En medio de sus lágrimas, se levantó decidido a reanudar su viaje hacia el Edén. Gritó en voz alta: «No te veo realmente, Djibril, pero veo tu dolor por Loep en el sol que llora tras las nubes y oigo tu lamento en el silencio del viento. Sé lo que piensas, Djibril: "¡Ve, Abel! ¡Sigue el camino de tu corazón, cae como una gota!"». Abel cayó de rodillas y dio gracias a Yahvé por Loep, por sus padres, por Djibril, pero sobre todo por Caín. Se levantó de nuevo, arrojó lejos el bastón-lanza y todas las bolsas de viaje y, liberado de todo lastre, siguió cojeando. Ya no necesitaba comer carne. Con la tristeza en la garganta y la voz quebrada, entonó el canto de la montaña en honor a Loep. La muerte de Loep no debía haber sido en vano. La aceptación del sacrificio de Loep se convirtió en el sacrificio de la inquebrantable confianza de Abel en Yahvé.

La gota de Abel se precipitó hacia abajo con una fuerza imparable.

Yahvé vio que era bueno.

18. La curva de la « »

Mi madre, que conocía la vida en su totalidad, solía citarme a menudo unos versos de Goethe, que Carlyle había escrito en un libro que él le había regalado años atrás y que, si no me equivoco, él había traducido así:

«Quien nunca comió su pan con tristeza,
quien nunca pasó las horas de la
medianoche llorando y esperando el
mañana, no os conoce, oh poderes
celestiales».

La noble reina de Prusia, a quien Napoleón trató con tanta crudeza, solía citar estos versos en su humillación y exilio. Mi madre solía citarlos a menudo en las dificultades de su vejez. Me negaba rotundamente a aceptar o reconocer la formidable verdad que encierran. No podía comprenderlas. Recuerdo muy bien cómo solía decirle que no tenía ganas de comer mi pan con dolor ni de pasar una sola noche llorando y esperando un amanecer más amargo. No podía pensar que esto fuera una de las cosas especiales que el destino me había reservado, que, de hecho, durante todo un año de mi vida estuviera destinado a hacer poco más que eso. Pero así me ha tocado a mí, y solo en los últimos meses, tras terribles dificultades y luchas, he logrado comprender algunas de las lecciones que se esconden en el corazón del sufrimiento.

Oscar Wilde, De Profundis

Caín esperaba detrás de la curva. No dudaba ni por un segundo de que Abel, ahora totalmente indefenso como un pájaro ante un gato, no se atrevería a seguir adelante solo. Le había dado veinticuatro horas para darle a Abel tiempo de sobra para tragarse su orgullo y dar un paso atrás hacia él. Su ira era enorme. Por culpa de esta aventura estúpida, él también había perdido a su querido hermanito. Estaba de mal humor, enfadado y, sobre todo, triste por la pérdida de Loep, el único con quien podía compartir su instinto de cazador. Empezaba a anochecer y Caín se sorprendía de que Abel aún no hubiera aparecido. Pero se armó de valor pensando que era normal que Abel también tuviera su orgullo y que no le resultara fácil encontrar las excusas adecuadas para explicar la pérdida de Loep y cargar con esa culpa toda su vida.

Caín se había propuesto recibir a su hermano con los brazos abiertos recibirlo y perdonarlo de inmediato por el dolor y el sufrimiento que Abel le había causado, para luego regresar juntos a casa como hermanos de sangre. Cuando se hizo aún más tarde y el sol ya casi había desaparecido, pensó que quizá fuera mejor que Abel tuviera que enfrentarse por su cuenta al peligro de la noche, de modo que una noche de miedo y terror le ayudara a superar su vergüenza al amanecer. Él mismo buscó un lugar seguro. La noche transcurrió muy inquieta. La clara luna llena, junto con tormentas de imágenes, mantenía su mente completamente despierta. ¿Dónde dormiría Abel? ¿Tendría hambre? ¿Qué dirían sus padres si le pasara algo a Abel? ¿Podría Abel valerse por sí mismo? Le costaba contenerse para no asomarse a la curva y ver si todo iba bien, pero su orgullo se lo impedía.

se enfrentó a él. De repente oyó gruñir a un oso en la lejanía, casi con toda seguridad la osa que regresaba junto a su cachorro muerto y que ahora se topaba con los carroñeros. Caín contuvo la respiración y, de forma automática, se preparó para el ataque. Sin hacer ruido, se arrastró hasta la curva y aguzó el oído para intervenir ante la más mínima llamada de auxilio de Abel, pero, por suerte, no oyó nada más. Ahora se había acercado a un metro de la curva. No pudo evitar avanzar centímetro a centímetro para asegurarse de si aún podía ver a Abel. Finalmente dio el paso definitivo e intentó distinguir algo en la lejanía, pero, por mucho que la luna llena lo permitiera, no vio nada. Se retiró rápidamente, enfadado por no haber podido controlar su curiosidad. Aunque había dado la curva, no había dado la curva en su cabeza. «Que haga lo que quiera, él debe saber dónde está. Mañana ya veremos si aparece o no», intentó negar su decepción y, al final, el sueño lo liberó de su sufrimiento.

19. A LO LEJOS, C E COMO UNA PERLA PERFECTA

Desde lejos, como una perla perfecta, se puede ver la ciudad de Dios. Es una vista tan maravillosa que parece que un niño pudiera alcanzarla en un día de verano. Y un niño también puede hacerlo. Pero para mí y los de mi clase no es tan fácil. Lo que tal vez logremos hacer nuestro por un solo instante, lo perdemos de nuevo en las largas horas que siguen con sus pies de plomo. Es tan difícil mantener el alma en «las alturas que es capaz de conquistar».

OSCAR WILDE, DE PROFUNDIS

Caín se había quedado dormido. Solo cuando el sol empezó a brillar directamente sobre su cabeza se despertó, se dio cuenta de dónde estaba y miró inmediatamente a su alrededor para ver si veía a Abel. Decidió inspeccionar el lugar de la pelea con la osa antes de seguir el camino de vuelta a casa.

Llegó al lugar y encontró rastros de carroñeros junto al cachorro muerto. Más allá, junto al árbol, encontró la mochila con provisiones, pero también la otra mochila de Abel y, un poco más allá, el bastón de Abel, lo que le inquietó de inmediato. Algo le debía de haber pasado a su hermano y empezó a llamarlo. Gritar su nombre le liberó y le hizo olvidar por un momento su orgullo. Djibril podía ser cobarde

y abandonar a su hermano, ¡pero él no! Su hermano estaba en apuros y no podía permitir que eso sucediera. Intentó seguir las huellas y lo consiguió con bastante facilidad. Cuanto más seguía el rastro de Abel y no encontraba huellas de animales ni de Abel corriendo, y cuanto más apuntaba todo hacia el este, más se daba cuenta de que Abel no estaba en peligro en absoluto, sino que claramente había decidido seguir su camino. «Qué maldito, estúpido testarudo», juzgó a su hermano. Decidió encontrarlo primero, para luego seguirlo de cerca, de modo que pudiera intervenir si fuera necesario, y se lanzó al galope en su persecución.

Abel había caminado toda la noche. Una luna generosa había sido su aliada y el sol naciente parecía más brillante y prometedor que nunca. Sentía que se acercaba a su objetivo y eso le daba alas. Rezaba a cada paso: «ash' hadu», paso; «an la ilaha», paso; «illa-llah», paso. No sentía sed ni hambre. Todo le resultaba igual que durante su estancia en el pozo no hacía mucho tiempo y estaba concentrado en lo que pronto iba a suceder. Hacia el mediodía, de repente sintió unos ojos en su espalda. Se giró bruscamente y tuvo una fuerte corazonada de lo que estaba sucediendo a sus espaldas. Dio gracias a Yahvé si así fuera. El paisaje era montañoso y de difícil acceso, pero con mucha fuerza de voluntad lo consiguió. Tras subir la enésima cresta, volvió a alcanzar la cima de una colina desnuda y se quedó allí embelesado. Su rostro resplandecía con la luz que se reflejaba bajo él y, de repente, se dio la vuelta y gritó: «¡Caín! ¡Caín!». Esperó hasta que el sorprendido Caín

realmente apareció ante sus ojos. «¡Rápido!», le hizo señas, «¡es mucho más bonito de lo que me hubiera atrevido a soñar!». Caín subió corriendo la montaña para unirse a él en la contemplación de aquella vista encantadora. Los hermanos se abrazaron.
«Gracias, hermano, sin ti nunca hubiéramos llegado hasta aquí», mintió Abel, y sin embargo no mentía. El Edén se presentaba majestuoso y estaba completamente amurallado. Una gran puerta estaba custodiada por un ser resplandeciente, tal y como le había contado su padre. Un querubín con una espada de fuego bloqueaba severamente el acceso al Edén. La ciudad se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Ambos hermanos quedaron abrumados por su atractivo. «Ve tú primero, Caín, yo te seguiré más tarde. Tú eres el primogénito y es gracias a ti que podemos contemplar esto».
«No hace nada, hermanito», respondió con total naturalidad, con lo que quedó claro que no entendía a qué se refería Abel indirectamente: «Ya me voy». Se marchó de inmediato.
«¡Caín!», le gritó Abel, «¿no te vas a dejar aquí tus lanzas?».
«¡No puedo! ¡No puedo aparecer allí desnudo!», gritó Caín riendo, y corrió velozmente hacia la puerta de entrada del Edén.
Abel lo seguía a su propio ritmo, mucho más lento, y en ese momento también disfrutaba de esa lentitud. Quería prepararse para el encuentro con el querubín y se detuvo un momento junto a un peñasco. Dudaba si seguir adelante. Caín se apresuró hacia el Edén y eso le pareció suficiente. Aquí terminaba su objetivo y dio gracias a Yahvé y habló con Djibril. Intentó verlo y ahora lo veía en todas partes. Intentó oírlo y lo oía en todo. Intentó leer sus pensamientos, pero sintió...

solo un silencio respetuoso. Así entendió que no debía seguir pensando en «qué pasaría si...», sino dejar que sucediera lo que tuviera que suceder. Se quedó sentado inmóvil sobre la roca para descansar y seguir disfrutando de la perla que tenía ante sus ojos. La belleza era incomparable y le bastaba. Recordó las conversaciones en la cueva con sus padres durante el invierno y se sintió tan agradecido por haber podido contemplar ya el exterior. El interior no significaba nada para él. La imagen exterior le bastaba y, desde lejos, vio con alegría cómo Caín se presentaba en la puerta. Ver el Edén y entrar en él resolvería el conflicto entre Caín y sus padres.

Cain había llegado entretanto a la puerta, donde el querubín lo esperaba con su poderosa espada llameante, bloqueando el acceso al Edén. Avanzó con paso seguro.
«Soy Caín, el primogénito de Adán y Eva. Pido entrar en el Edén», dijo, mirando sin pestañear a los ojos del querubín. Orgulloso como un guerrero, con las lanzas en la mano, se mantenía erguido ante la puerta, a poca distancia del querubín. El querubín no se inmutó y mantuvo su espada en posición horizontal ante la entrada. Caín esperó pacientemente, sin dudar de que aquello no se alargaría demasiado. El sol abrasaba, pero no le importaba.
«Soy Caín, el primogénito de Adán y Eva. Pido entrar en el Edén», repitió alzando un poco la voz. El sol seguía ardiendo sin piedad. El querubín no se movía. La espada se había vuelto blanca por el calor. Caín empezó a impacientarse.
«Soy Caín, primogénito de Adán y Eva. Solicito

«¡Acceso al Edén!», gritó casi a voz en cuello. Y continuó sin tomar aliento: «He traído a mi hermano hasta aquí. He sufrido muchas penurias y dolor por ello. He matado osos y he arriesgado mi vida en numerosas ocasiones para llegar aquí sano y salvo. He salvado a mi hermano, lo he protegido, lo he cuidado, lo he alimentado y lo he ayudado en todo lo que he podido. Soy Caín, el primogénito de Adán y Eva. Pido entrar en el Edén». Cada vez le daba más miedo que Abel llegara en cualquier momento y presenciara aquella vergonzosa escena.

«Soy Caín, el primogénito de Adán y Eva. ¡Pido entrar en el Edén!». Perdió por completo la paciencia, se acercó al querubín, levantó la lanza en posición de combate y se dispuso a ignorar la espada. Antes incluso de llegar a la entrada, la punta de la espada comenzó a hincharse. El sol deslumbraba los ojos de Caín a través de la brillante hoja de la poderosa espada. Su ataque fue repelido antes incluso de que hiciera nada, y giró como un borracho para retirarse a salvo un poco más allá, bajo la tenue sombra del primer árbol. Maldijo al querubín, el primer enemigo ante el que había tenido que sucumbir de forma tan humillante sin dar ni un solo golpe. Maldijo a Yahvé de todo corazón porque no le había dejado pasar.

Llegó el momento tan esperado para Belial. Con gran pacientemente se había atrincherado en el corazón de Caín durante todos esos años hasta que se produjo una grieta en esa fortaleza. En el momento de la maldición de Yahvé, el corazón de Caín se desgarró y Belial irrumpió triunfalmente en él para causar aún más caos y miseria. Afuera se encontraban las legiones de Belial

esperando impaciente para apoderarse por completo del corazón, y Belial comenzó de inmediato con su obra final, mortalmente destructiva. Su triunfo estaba al alcance de la mano. «Yahvé no te considera digno, Caín, tú que tanto has tenido que sufrir y aguantar por parte de tus padres y de tu hermano. Tus padres nunca te han agradecido todo lo que has hecho por ellos. ¿Y qué te han dado a cambio? Solo soledad y noches de insomnio. Te han menospreciado igual que ese estúpido querubín de la puerta, que es sordo y ciego ante tu dedicación y tus esfuerzos. No te preocupes por tus ojos. Esta ceguera durará solo un momento y luego te mostraré cómo puedes darle una lección. Toma un poco de agua y refréscate los ojos, te sentará bien».

Mientras tanto, Abel, sorprendido por todo el espectáculo,
colina para llegar hasta Caín, tocarlo con ternura y preguntarle qué demonios había pasado, y si podía ayudarle.

«Déjame en paz, no necesito tu compasión. Tú entra, a mí no me necesitan. Maldigo este lugar y me iré en cuanto pueda volver a ver».

«Espera un momento. Veré qué puedo hacer por ti», respondió Abel, desconcertado y preocupado.

«No necesito nada de ti», gritó Caín, llorando de rabia y vergüenza por el rechazo, mientras se secaba los ojos con agua fría. Abel no entendía nada, pero siguió su camino hacia el querubín y se detuvo a una distancia respetuosa. Inclinó la cabeza hacia el suelo y dijo:

«Soy Abel y no necesito declararte mi origen. Tú me conoces, Señor, como nadie más me conoce. Mis errores y defectos. Mis pensamientos y mis palabras.

Señor, no hace falta que me concedas el acceso al Edén. Estar aquí, a las puertas, es más que suficiente y más de lo que puedo soportar fuera del Edén. El Edén es más hermoso sin mí.

Enséñame primero a alcanzar el silencio en mi espíritu y a vaciar mi mente, Señor, para que el espíritu del Edén pueda entonces llenarla. Enséñame primero a arrepentirme como mi padre, de la manera que realmente te agrada y no de la manera en que yo creo que te agrada.

Enséñame primero a callar como mi madre, para que después pueda hablar como realmente te agrada y no como yo creo que te agrada.

Enséñame primero a caer como una gota, tal y como me enseñó tu ángel Yibril, y déjame caer donde realmente te complace a Ti, y no donde yo creo que te complace.

Enséñame primero a entregar mi vida a mi amigo o a mi enemigo, como mi amigo Loep, para que aprenda a morir como realmente te complace a ti y no como yo creo que te complace.

No soy digno de entrar en el Edén, Señor.

Mi hermano es más digno que yo. La distancia que él ha recorrido para llegar hasta aquí es mucho mayor que la que yo he tenido que recorrer. Yo conté con la ayuda de mis padres, mientras que él no ha podido contar con esa ayuda. Perdóname una vez más por mi osadía y mi soberbia al atreverme a pensar, una vez más, como creo que Tú podrías pensar».

Abel no encontró mejores palabras que «Ash' hadu an la ila-ha illa-llah. Testifico: no hay más Dios que Dios».

Así, el espíritu de Abel no dejó de repetir las primeras palabras de su vida, con la cabeza profundamente inclinada ante la puerta del Edén. La frase que había aprendido de su amada

Su madre era la única de la que estaba seguro de que agradaba a Yahvé, porque había podido ver los frutos de ello en su madre y también lo había experimentado en su propio corazón cuando permaneció en el pozo.

Y Yahvé estaba muy cerca de él.

La monótona repetición sin fin y el llanto suave e incesante calmaron de repente el espíritu de Abel. Su mente calló y dejó de moverse, al igual que su cuerpo permaneció inmóvil. Ya no necesitaba palabras y se olvidó del mundo y de su cuerpo. Todos sus sentidos se cerraron en el silencio. Su alma entró en una oscuridad insondable y fue considerada digna de presentarse ante Yahvé con el espíritu puro. Se sintió tan inmensamente pequeño y, al mismo tiempo, tan inmensamente amado. «¿Estabas tan cerca todo este tiempo, Señor?» El sol ardía aparentemente sin piedad, pero en realidad se consumía con extrema misericordia cada segundo hasta que solo quedaba inmóvil su más mínima fracción, para así ralentizar todo el cosmos y detener el hambre del tiempo. Abel tenía todo lo que buscaba: estar cerca de Yahvé. Cuán cerca lo determinaría Yahvé mismo. No él. Y Yahvé estaba asombrosamente cerca de él. Sin principio. Juntos. Se sentía como eterno, como si nunca hubiera sido de otra manera ni pudiera serlo jamás. De repente, Abel sintió cómo el querubín le quitaba la espada y despejaba el camino. Abel se sorprendió. Su primer pensamiento se dirigió, por reflejo, a su hermano herido y miró atrás con esperanza y curiosidad. No quería creer lo que vio allí.

Belial había vuelto loco de celos a Caín. Djibril no tenía

oportunidad de detener a Belial. «¡Mira, abre los ojos, ahora tu hermano sí puede entrar y tú no! ¡Esto es el mundo al revés! Es tan injusto. Es horrible que Belial te haya engañado así

Tu propia sangre. ¡Te ha pillado bien, chico! Tú lo traes aquí, por así decirlo, y él te dice secamente: «¡Adiós y haz lo que quieras, hermanito! ¡Yo me voy dentro!». Mira, ahora se da la vuelta, ¡pero fíjate bien! ¿Ves esa extraña sonrisa en su cara? ¡Se está riendo a carcajadas de ti, tío! Esto no puede ser » Caín

Miró con desprecio a los ojos de Abel, tomó su lanza y, con un lanzamiento poderoso que brotó de cada fibra muscular de su cuerpo, alcanzó a Abel en pleno pecho. Abel cayó con incredulidad en la mirada. Caín se acercó a su hermano. La furia seguía ardiendo en sus ojos, al igual que no dejaba de crecer en su mente. Belial le había destrozado el corazón por completo y sus legiones marchaban por el espacio y ocupaban cada milímetro cuadrado.

«¡Te lo merecías, tío!», espetó Caín, escupiendo al querubín que había vuelto a cerrar la entrada al instante. «Perdóname, hermano», logró articular Abel justo antes de su último latido.

«¡Basta ya de tonterías!». Caín puso el pie sobre el pecho de Abel y le arrancó la lanza con brusquedad. «No te la vas a llevar», sonrió con malicia, evitando cuidadosamente la mirada de su hermano moribundo, como si se tratara de un oso. Por mucho que le hirviera la sangre, su corazón seguía helado.

Abel exhaló su último aliento. A Caín no le importó. Rápidamente enterró a su hermano bajo una capa de piedras. Hasta que retumbó un trueno y un rayo, en un cielo despejado, cayó sobre el árbol bajo el que Caín se había sentado antes.

Belial le susurró: «¡Basta! ¡Rápido, hombre! ¡Fuera de aquí! ¡Yahvé te busca!». Tan pronto como el Edén se desvaneció ante sus ojos, Caín echó a correr. No corría, volaba como solo un demonio huye de Yahvé. Solo un

segundo rayo justo delante de su nariz le obligó a detenerse.

«Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?».

Caín respondió: «No lo sé. ¿Acaso debo cuidar de mi hermano?». Entonces Yahvé dijo: «¿Qué has hecho? ¡Escucha cómo la sangre de tu hermano clama a Mí desde la tierra! ¡Por eso serás maldito, desterrado de la tierra que ha abierto su boca para recibir, de tu mano, la sangre de tu hermano! La tierra que labrarás ya no te dará fruto. Con cada golpe de tu hacha se hará visible la sangre de tu hermano. ¡Serás un vagabundo y un errante en la tierra!».

La maldición de Yahvé sobre Caín supuso inmediatamente el triunfo de Belial, quien abandonó victorioso su corazón, dejando tras de sí algunas legiones. Belial escuchó desde lejos, con insaciable deleite, la súplica del desdichado.

«¡Este castigo es demasiado duro de soportar, Señor! Me expulsas de la tierra cultivada, y tendré que permanecer lejos de Ti. Seré un vagabundo en la tierra, y cualquiera que me encuentre podrá matarme».

Pero Yahvé le respondió: «¡No! ¡La marca te protegerá!», y Yahvé, para gran regocijo de Belial, trazó una marca muy llamativa en la mejilla izquierda de Caín para evitar que cualquiera que se cruzara con él lo matara. Sin sospechar nada al ver esa maldición visible, Caín regresó abatido a su casa.

Tiró todas sus ropas y sus lanzas. Estaba desnudo en cuerpo y alma.

20. EVA

La irrelevancia de la procreación y la desnudez del ser humano en la época del Edén demostraba el inmenso regalo que Yah-we le había hecho entonces al ser humano para que experimentara el amor en su grado más elevado, despojado de toda sexualidad. La caída del ser humano provocó una pérdida dramática de esa simplicidad divina. La pérdida de la irrelevancia causó un terrible choque cósmico. De repente, se tomó conciencia del género y el ser humano experimentó por primera vez una desigualdad física, y este sencillo don se convirtió de pronto en una tarea compleja. La sexualidad como tal hizo su aparición y se convirtió en un concepto de doble filo que podía presentarse tanto para bien (el amor) como para mal (abuso, rechazo, vergüenza, humillación). Además de la pérdida de la inmortalidad, este debe de haber sido el segundo mayor impacto tras la caída, y no en vano lo segundo tiene que ver con lo primero.

LUCIO RUFO VARO

El viaje de Caín de regreso a casa fue una auténtica pesadilla. La sangre de su hermano se le había pegado al alma y los mapas de su habitación de los recuerdos hacía tiempo que ya no eran negros, sino rojos. Su ego desnudo rugía y se rebelaba, vagando sin rumbo por aquel cuerpo miserable, azuzado por las legiones de Belial. Temía su regreso a casa, pero al mismo tiempo anhelaba la comprensión, el calor y el cariño que solo una madre podía darle. Durante años no quiso admitírselo a sí mismo, pero ahora era diferente. De ahora en adelante estaba rechazado por toda la humanidad. Solo una madre

podía hacer una excepción.

De repente comprendió al cachorro cuyo mundo se derrumbaba y que buscaba refugio y consuelo en el nido junto a la madre o el padre superviviente cada vez que él, Caín, había matado a su padre o a su madre. Solo la idea de una sonrisa comprensiva o una lágrima de uno de sus padres podía apagar un poco el fuego.

Así corrió de nuevo a una velocidad de locos, pero esta vez como si huyera de un demonio. Los pájaros apenas podían seguirle. Quería vaciarlo todo. Se quedó sin aliento, pero en absoluto perdió el recuerdo. Esta vez no fue una mirada lo que le hizo detenerse, sino un Belial que le perseguía y le acosaba, que por nada del mundo quería perderse la imagen de su encuentro con su odiada madre y que no dejaba de empujarle hacia delante. Cada vez más rápido, más enloquecido. Caín no podía entender cómo cada animal con el que se cruzaba en su camino, peligroso o inofensivo, se apartaba de él al verlo. Pero todo eso ya no le importaba. Quería ver a su madre. Quería postrarse a sus pies para pedirle piedad, sin tener que decir por qué. No quería decir nada. No sabía cómo. ¿Cómo? ¿Normalmente? Lo «normal» no existe cuando has matado a su otro hijo. Llegó primero a su cueva junto al desfiladero, pero sintió que ya no tenía nada que hacer allí. Los recuerdos de Abel vivían allí con demasiada fuerza. Redujo el paso. Su madre ya no estaba lejos. La miseria y la desnudez lo habían agudizado, y ya no sentía vergüenza. Se había descuidado a sí mismo en todos los sentidos durante los últimos días. Todo chocaba con todo. Ya nada estaba ordenado, nada era seguro. Solo una cosa permanecía en pie. Había un nombre para ello. Madre. Belial podía borrar o destruir muchas cosas, pero no el recuerdo.

nacido de su carne.

Se arrastró hasta la cueva donde había nacido y vio desde lejos a sus padres trabajando cerca de ella. Se fijó sobre todo en su madre, que junto con su padre labraba la tierra cerca de la cueva. Entre el pequeño huerto y la cueva había una pequeña parcela, rodeada de un muro de piedras, que él nunca había visto antes. Cuanto más se acercaba, más veía cómo su madre, literalmente, se encorvaba bajo el peso del trabajo. Se acercó lentamente. No podía ir más rápido, solo más lento. Volver resulta tan difícil cuando marcharse fue fácil. Esperaba poder volver a sentir sus suaves manos deslizarse por su rostro de antaño, pero incluso este recuerdo le dolía ahora.

Eva levantó la vista, como si esperara a alguien justo en ese preciso momento

y en ese preciso instante. Se sobresaltó al ver el impactante rostro del hombre desnudo, apenas reconocible, pero se recompuso casi de inmediato y esbozó una tímida sonrisa. Inmediatamente, sus ojos exploraron su entorno, pero pronto dejaron de buscar para volver a centrar toda su atención en él con cariño. Eso le facilitó el paso y aceleró el ritmo.

Ahora él veía las arrugas de interrogación en la frente de ella. Ella veía ahora la marca en la mejilla de él. La desnudez de Caín, junto con esa terrible marca, le hicieron temer inmediatamente lo peor, pero se mantuvo firme. Él se detuvo frente a ella y pensó en abrazarla, pero ella no le dio oportunidad. Ella vio lo que vio: «¿Caín? ¿Dónde está tu hermano, Abel?».

Caín se quedó clavado en el suelo ante su inesperado lenguaje y su capacidad para hablar, y respondió desconcertado y sin saber qué hacer

balbuceando: «No lo sé. ¿Entonces tengo que cuidar de mi hermano?»
Eva no dejó traslucir su decepción. «¿Me ayudas un momento a cortar este último trozo? Después quizá podamos comer algo juntos y charlar un rato», dijo, y sin esperar su respuesta, le tendió el hacha. «De acuerdo, madre». Caín ya se alegraba de que su madre no le hiciera más preguntas difíciles y miró a su padre, quien le devolvió la mirada y sonrió con desconcierto, pero enseguida volvió a sumergirse en su tarea de labrar el campo con un ritmo que a Caín le resultaba inquietantemente familiar. Cuando Caín tomó la azada en sus manos, su miedo creció. Con recelo y vacilante, clavó suavemente la azada en el suelo duro, temeroso de despertar la maldición. No pasó nada ni se vio nada, y, aliviado, siguió cavando. No tuvo que trabajar mucho, porque Eva le había preparado rápidamente una pequeña comida en la cueva y lo llamó. Le devolvió la azada, aliviado, en la entrada de la cueva.
Ella volvió a preguntar: «Caín, ¿dónde está tu hermano, Abel?».
Caín respondió: «No lo sé. ¿Acaso tengo que cuidar de mi hermano?»
Ella lo miró fijamente. Y repitió la misma pregunta en la antigua lengua de Edén: «Querido hijo, ¿dónde está tu hermano, El que Ríe?»
Caín respondió de nuevo: «No lo sé. ¿Acaso tengo que cuidar de mi hermano?».
«Date la vuelta, querido niño».
Caín se dio la vuelta y vio un campo rojo como la sangre con un padre abatido y ensimismado en su extremo más alejado,

De rodillas, con las manos revolviendo y buscando en la tierra roja. Caín se postró a sus pies. Suplicaba misericordia sin decir palabra. No podía llorar. Y mucho menos hablar. Eva se inclinó sobre él y lo ayudó a levantarse con delicadeza. «¿Sabes?», explicó Eva con valentía, «le doy gracias a Yahvé por poder tener la sangre de Abel tan cerca de nosotros en este campo de sangre». Se dirigió inmediatamente hacia Adán para consolarlo, se arrodilló junto a él y juntos tomaron con cariño en sus manos la tierra de color rojo oscuro. Eva besó la sangre de Abel, la saboreó entre sus labios y se untó con ella la mejilla con un gesto caricioso. Caín observaba la escena como desde muy lejos, irreal y ausente. El ácido más ácido de los cítricos no le llegaba. Eva lo vio, volvió junto a Caín y se dirigió de nuevo a él. Ahora se encontraba cara a cara con su hijo y con el asesino de su hijo. «¿Has traído a Abel? Yo también soy tu madre y siempre lo seré», dijo, y le besó la mejilla izquierda, pues todo lo que procedía de Yahvé era sagrado. Siguió con el dedo minuciosamente los contornos de la marca, sin que Caín comprendiera lo que hacía. Tomó las manos con las que él había matado a su hermano y las besó con el mayor respeto. Lloraba por Abel, pero sobre todo lloraba por Caín. Caín estaba más muerto que Abel y ella y su marido habían fallado estrepitosamente. En un intento desesperado por enmendar algo, llevó su mano hacia su corazón, que latía con furia. Pronunció lentamente: «Ash' hadu an la ilaha illa-llah». Su corazón se calmó mientras observaba a Caín, pero no percibió la más mínima reacción en aquellos ojos apagados que habían dejado atrás su juventud y que ahora lucían lentes llenas de cicatrices de sangre y muerte. Sus fríos ojos la obligaban ahora

para cerrar los ojos ella misma, con la última esperanza de poder volver a evocar con ambas manos cada milímetro de aquel noble rostro de antaño. Lo acarició suavemente, pero solo notó arrugas amargas y líneas duras e irreconocibles. Pensó que se debía a la callosidad de sus dedos o a la suciedad de la tierra, pero por mucho que se limpiara los dedos con la lengua, la piel de Caín seguía pareciendo pergamino muerto. Entonces se secó las amargas lágrimas con un trozo de cuero e intentó borrar la marca de su mejilla. Sabía lo terriblemente doloroso que debía de ser soportarlo. No lo consiguió. A continuación, intentó bálsamar con sus suaves labios sus orejas, ojos y boca para así ahuyentar la maldición. Nada servía. Caín permanecía en la cueva más profunda, en el fondo del mar más profundo, más allá de la estrella más lejana. Entonces, finalmente, tomó un cuenco grande de agua y buscó el rincón hacia la luz. «Cristal y espejo», le había enseñado también a Abel en otra ocasión.

Caín miró, no pudo apartar la vista y vio, para su gran...

Para su consternación, en el reflejo del agua vio una manzana magullada dibujada en su mejilla. Palpó la marca de Yahvé. Intentó borrarla. Se rascó con las uñas, pero nada sirvió. Volcó el cuenco. Estaba consternado y desesperado. Veía su sarcasmo, su estupidez y su ceguera de tantos años grabados en su mejilla. ¿Cuántas veces, de camino al Edén, se había burlado de esa manzana? ¿Cuántas veces no había creído en la palabra de su hermano? La respuesta de Yahvé, por la que se le negaba la entrada al Edén, estaba grabada en su mejilla. Más que desesperado, miró a Eva. Ella leyó sus pensamientos y lo besó de nuevo

la marca. Caín comprendió entonces lo que ella besaba, pero tampoco eso llegó a calar en él.

«No nos corresponde a nosotros maldecirte», intentó explicarle ella. «Es muy duro ser madre de un niño asesinado. Es aún más duro ser madre de un niño que mata a tu otro hijo. Pero créeme, es mil veces más duro ser madre de un niño que no encuentra el camino hacia el arrepentimiento y el remordimiento. Déjanos ahora, querido hijo, haz lo que Yahvé te ha ordenado, intenta perdonarnos por lo que te hicimos y por lo que tú hiciste a causa de ello, lleva tu destino con dignidad y recuerda el camino que tu hermano te precedió. Perdónanos». Eva, al igual que Caín ahora, había conocido lo que era llevar una manzana manchada y se miraron a los ojos en silencio durante un largo rato. Los ojos de perdón de Eva y su petición de perdón penetraron poco a poco en el corazón de Caín. El granito solo se resquebrajó por su perdón de su terrible acto, pero se hizo añicos en miles de pedazos cuando, además, ella misma le pidió humildemente perdón. Las legiones restantes de Belial no soportaban la presencia de tales ojos y buscaron la más mínima abertura para huir sin demora del corazón de Caín.

Y por fin, por fin, los ojos de Caín se llenaron de color

, tal y como solo el ojo del narciso adorna su iris con puntos negros.

Yahvé recogió en silencio esas lágrimas oscuras tan preciosas y las llevó con el mayor respeto y cuidado hasta la pequeña parcela junto a la cueva para alimentar con ellas al joven arbolito de la vida que estaba brotando.

Caín miró un momento más a su padre y se marchó. Eva le preguntó rápidamente: «Caín, ¿cuáles fueron las últimas palabras de Abel?».

«Las más difíciles y las más bellas, madre».
El maldito «Aquel que mata a los hombres» se volvió por última vez, bajó la pendiente hacia el río y se marchó para siempre.

Ella le gritó aún con el corazón desgarrado, llamándole por su nombre en el antiguo dialecto de Edén: «¡Querido hijo!»

Nubes negras como el azabache se amontonaban sobre el valle.

21. El hombre por encima de Dios

El corazón tiene razones que la razón no conoce.

Blaise Pascal

Ambos se encontraban frente a las murallas de Edén. A Miguel, junto con Abel, había logrado abrir la puerta. A Belial, junto con Caín, había logrado cerrarla en el último momento. Ninguno de los dos ángeles podía prever qué le depararía el futuro a Abel. Todo esto era completamente nuevo para ellos. La muerte difícilmente podía significar el final a los ojos de un ángel inmortal. Miguel sacaba esperanza de ello, pero a Belial todo eso le dejaba indiferente. Disfrutaba con locura de su victoria, aunque no fuera completa. El corazón de Abel se le había escapado, pero el terrible acto de Caín lo compensaba todo. Que el primogénito de la humanidad fuera capaz, fuera del Edén, de asesinar a su querido hermano era una declaración importante y una enorme victoria de prestigio que resonaría en todas las generaciones humanas venideras. La conmoción que esto provocó en el Santo de los Santos fue tan intensa como cuando el Hombre y la Mujer comieron la manzana. Miguel y los suyos habían vuelto a salir derrotados. Miguel reflexionaba sobre cómo podría proteger mejor a la humanidad. Para él, la

La tarea resultaba considerablemente más difícil. Para Miguel era casi imposible salvar el libre albedrío sin vulnerarlo. Miguel no veía otra salida que esforzarse por conservar de alguna manera la tradición del antiguo y lejano Edén en la memoria primigenia del ser humano, por muy complicada y difícil que llegara a ser la convivencia entre las personas. Belial lo tenía mucho más fácil y solo tenía que observar minuciosamente a Miguel para hacer lo contrario y así eclipsar la memoria primigenia. Su mayor ventaja sobre Miguel era que, para él, todos los medios eran válidos para alcanzar su objetivo. La mente del ser humano se convertiría, por tanto, en el principal campo de acción de Belial. Al fin y al cabo, el ego del ser humano resultó fácil de seducir mediante la glorificación de su razón, con el fin de poner en jaque a la intuición, el único medio de comunicación crucial con el que Miguel podía dialogar sutilmente con la libertad del ser humano. La soberbia liberada, a su vez, creó espacio para sembrar la confusión en la capacidad de discernir entre el bien y el mal, lo que afectaría a la brújula moral del ser humano y haría que sus pensamientos ya no se cuestionaran fácilmente. De ahí en adelante, los principios del ser humano se adaptarían a sus acciones y ya no serían las acciones las que se ajustaran a los principios, para luego asaltar sin filtros el corazón del ser humano. Así, Belial, como un lobo con piel de cordero, convencería a las personas de que cualquier acción está justificada siempre que la intención sea buena. El círculo se había cerrado para ayudar al ser humano a justificarse a sí mismo en todo, de acuerdo con una brújula nueva pero extraña que el Edén nunca había conocido.

tenía. El hombre por encima de Dios había nacido. Lo que más le convenía a Belial era que, con el tiempo, el hombre se lo enseñara también a sus hijos, sin que él mismo tuviera que añadir apenas nada. Pero la consecuencia más extrema de la influencia de Belial en los pensamientos del hombre fue, sin duda, que creó la ilusión de que el hombre, independientemente de los errores que cometiera o fuera a cometer, conservaba su libre albedrío. Dios creó al hombre a su imagen con un amor puro unido a un libre albedrío puro. El amor era tan puro que con facilidad hacía innecesaria la razón, y el libre albedrío anhelaba el amor y deseaba contribuir «libremente» al amor. No había que pensar, solo se amaba. El amor y la voluntad convivían en perfecta armonía en el corazón del ser humano. El corazón se servía de una razón que la razón misma no conocía y aún menos necesitaba conocer. Este era el marco de referencia divino.

Sin embargo, Belial habría alterado tan profundamente la conciencia del ser humano...

molestaba que el ser humano siguiera convencido con arrogancia de que, como colmo de su conciencia, siempre conservaba su libre albedrío, aunque entretanto hubiera perdido el vínculo con el amor puro. El amor puro obstaculizaba enormemente la influencia de la razón sobre el libre albedrío y se convirtió en un elemento perturbador de Belial. De ahora en adelante, la razón guiaría principalmente la voluntad y dejaría en jaque al amor puro. El ser humano siguió pensando y actuando como si su razón intelectual fuera el mejor criterio para su libre albedrío y creó así un marco de referencia propio, ajeno a cualquier imagen de Dios y que apenas sabía ya de la existencia del corazón. Generación tras generación, el ser humano atribuiría a su prójimo la responsabilidad de sus malas acciones, castigándolo antes que compadeciéndose de él.

seguir cobrándose. La culpa había nacido y debía pagarse a toda costa, y a ser posible cara, presentándose a menudo lo caro como más justo. La cuestión de la culpa, tan evidente y obvia, se convertiría en el virus que infectaría cada vez más profundamente el libre albedrío y lo empujaría hacia la venganza, para así asestar el golpe de gracia definitivo al amor puro. El precio no podía ser lo suficientemente alto y llevaría al ser humano hasta tal punto que consideraría justo y legítimo reclamar la propia vida del ser humano como la máxima retribución por su deuda y ejecutarla con un amplio consenso. La cámara de la memoria desempeñó un papel crucial en todo este proceso de culpa y la venganza, ojo por ojo, diente por diente, se convirtió en la norma. No sin razón, la carta de la memoria del primer amor materno fue asediada con rabia por Belial y sus secuaces para que fuera visitada lo menos posible. Lo mismo hizo Belial con la carta del enamoramiento entre las personas. Cualquier forma de amor gratuito le resultaba una espina clavada y quería recompensarla con creces con un desamor gratuito mucho más generosamente honrado. No había que pedir sus manzanas extremadamente agrias, sino que, por el contrario, se «regalaban» con generosidad real al ego en el envoltorio más tentador. El Edén desaparecería para siempre del campo de visión del ser humano y el amor del Edén se volvía cada vez más incomprensible e indefinible. Para todos los jerarcas en la parte inferior del sanctasanctórum, con Miguel a la cabeza, se hacía cada vez más difícil seguir irradiando el amor y la luz divina hacia el ser humano. Así, la imagen de Dios en el ser humano quedó cada vez más sepultada bajo metros de hielo y se deslizó crujiendo como un glaciar hacia el borde de

el corazón para enfriarlo sin piedad. El Edén estaba condenado a convertirse en un mito.

Belial vivía embriagado por la idea de que ahora podía crear él mismo la falta de amor, aunque no se diera cuenta de que crear y provocar eran dos cosas totalmente diferentes. Creía estar demostrando algo que quería ser, pero que, en esencia, nunca podría llegar a ser. A Belial todo le parecía tan fácil ahora que, para su sorpresa y alegría, había podido experimentar cómo el ser humano, herido en el amor, podía hacer tanto daño a su prójimo. Este efecto secundario extremadamente poderoso de la falta de amor era una ventaja inesperada y facilitaba mucho más el enfrentar a las personas entre sí. Belial se sentía eufórico ante sus lágrimas y consideraba la creación de Dios basada en el amor como mero entretenimiento popular, fanfarronería y apariencia. Convertirse en Dios por encima de Dios no resultó nada difícil. Pero sus nuevas percepciones tenían una cara oculta: cuanto menos amoroso se volvía él mismo, menos podía sondear la imagen divina en el corazón del ser humano. Y lo que vagamente sospechaba estaba muy, muy subestimado. Precisamente esto resultó ser ahora su punto ciego, que aún le pasaría factura. Al fin y al cabo, el tronco del árbol del bien y del mal se fortalecía con las lágrimas que Belial provocaba en el ser humano. Cuanto más fríos son los inviernos, ¡más se anhela el verano! Aunque Belial adquirió conocimiento del ser humano y se erigió como un gran conocedor de la naturaleza humana para abusar de ese conocimiento en beneficio de sus propios fines, él mismo, como ángel —y para Miguel y los suyos esto no tenía la menor importancia—, nunca habría podido derramar una sola lágrima por el sufrimiento del ser humano. Precisamente por eso nunca podría comprender al ser humano en lo más profundo ni poseerlo por completo.

Ahí radicaba el punto débil de todo su «sencillo» plan. Sin las lágrimas como factor corrector, no había posibilidad alguna de que la imagen de Dios sobreviviera en el ser humano. Belial vagaba, solo, sin saberlo él mismo. La impotencia de Miguel y el extravío de Belial demostraban indirectamente, una vez más, cuán grandes eran el amor y la creación de Dios, y cuán altísimo se elevaba Dios por encima de los ángeles y los serafines.

Sin embargo, ambos ángeles seguían teniendo algo en común: solo se revelarían explícitamente como ángeles ante un tipo concreto de persona: aquella cuya brújula señalaba inquebrantablemente el camino hacia el Edén. Miguel y los suyos, debido a que ante una persona así les resultaba imposible perturbar la libertad en el amor. Belial y los suyos, porque solo su aparición personal podía hacer que ese ser humano se tambaleara por el miedo, o más bien por la soberbia. En el peor de los casos, existía una grave posibilidad de que el elegido, en su soberbia, se viera provocado por su condición de elegido debido al ataque de Belial en persona. Al fin y al cabo, Belial nunca tenía nada que perder con un ataque así, y ¿quién creería a la víctima si esta se lo contara a sus semejantes? Belial comprendía como nadie la importancia de actuar de forma extremadamente selectiva y moderada en público, para así hacer que el ser humano dudara poco a poco de la existencia de los ángeles en general. Su astuto arte consistía, y esto bien podía considerarse su mérito, en no desenmascarar ante los mortales terrenales la desventaja de su adversario Miguel. Así, con el tiempo, a Miguel y a todos los demás jerarcas del sanctasanctórum les resultaba cada vez más difícil, a través de la subestimada e «insignificante» intuición

de los humanos aún poder obtener tiempo de palabra. Miguel y los suyos nunca podrían resolver esto por sí mismos.

El amor. Proviene de Dios y es como Dios mismo: el principio. Antes de la caída del ángel y del hombre, la palabra «amor» tenía un significado tan monolítico que no necesitaba existir, porque el amor siempre había estado ahí y solo tenía un significado. La palabra era libre e irrelevante, ya que no requería descripción ni explicación alguna. Tras la caída del ángel y del hombre, la palabra «amor» se transformó en un verbo complejo y tuvo que ser liberada de interpretaciones subjetivas, juicios y significados de todo tipo que levantaban una densa niebla y vaciaban el corazón del hombre, convirtiéndolo en un pantano opresivo y sin oxígeno, en lugar de mostrarle el camino hacia un mar liberador. El hombre nacería como un extraño en su propia casa. Fueron Miguel y los suyos quienes dieron el ejemplo para reducir este verbo a un solo significado: tener confianza, confianza incondicional. Pero tener confianza es, para un ángel que habita en el Santo de los Santos y respira la luz divina como el hombre respira el aire, una tarea mucho más evidente que para el lejano descendiente del hombre que nunca conoció el Edén y cuya imagen divina quedó sepultada bajo el hielo en el tesoro del corazón. Para Abel y Caín, los primeros de la fila, la confianza fue un proceso de aprendizaje con altibajos. Abel lo logró magistralmente, pero «El que mata a los hombres» fue inmediatamente el primer ser humano que tuvo que corregir caídas profundas. «El que mata a los hombres» aún tenía que aprender a matar lo que realmente debía ser muerto, Belial, y a vivir con

cómo había que vivir con sinceridad, Yahvé.
El manzano del Edén, el árbol del bien y del mal, se convertiría cada vez más en un enigma para la humanidad, y sus frutos se recogerían cada vez más temprano y con mayor acidez, porque el ser humano perdería cada vez más la cercanía de la libertad pura, la confianza y el amor en Dios. Todo esto implicaba también, indirectamente, un proceso de aprendizaje tanto para Belial como para Miguel. Ambos ángeles debían conocer al hombre en su ser en constante evolución, tal y como fue creado a imagen de Dios y tal y como cayó a imagen de Belial. El diálogo entre el ser humano y el ángel ya solo surtía efecto contrario en ambos sentidos. Miguel lo comprendió y Belial no lo vio. En resumen, era una tarea imposible para cualquier ángel y ser humano mantenerse firme en esto.

Toda la esperanza descansaba en ese frágil y incipiente tallo del pequeño jardín junto a la cueva, donde vivían dos personas que, más que nadie, comprendían lo que podía significar la palabra «amor» y que sufrían inmensamente por el significado que esa palabra había perdido a causa de sus actos. Por eso, su sufrimiento era insuperable y nunca podría ser peor para ningún descendiente que viniera después de ellos. Como progenitores de cientos de generaciones de hijos que vendrían después de ellos, eran inextricablemente responsables de cientos de generaciones de lágrimas. Estas corrientes de lágrimas constituirían una constante a lo largo del tiempo y sobre ellas Dios, como un ser humano, como un hijo de los hombres, podía seguir disponiendo libremente sin poner en peligro de ninguna manera la libertad del hombre, Su amado hasta después de la muerte.

El árbol del bien y del mal simbolizaba, en tiempos del Edén, la vida eterna del ser humano en el bien, pero tras la caída del ser humano se convirtió en un símbolo de la supervivencia temporal del ser humano en el mal.

Así como Belial intentaría imponer al hombre las manzanas agrias con todas las artimañas y engaños posibles, así Dios, en su misericordia, ofrecería amorosamente al hombre la manzana sanada cada vez que este, como un niño, la pidiera con humildad.

En su cámara de los recuerdos, este regalo brillará como la luz blanca divina más pura, que hace temblar a Belial de reverencia. Y esta tarjeta permanecerá imborrable en su memoria en todos los sentidos, y le recordará siempre al ser humano su noble origen en el Edén paradisíaco.

El mito del Edén se convierte en pasado y el Edén se convierte en un nuevo presente.

«A lo lejos, como una perla perfecta, se puede ver la ciudad de Dios. Es una visión tan maravillosa, que parece como si un niño pudiera alcanzarla en un día de verano.

«Y un niño también puede hacerlo».

Oscar Wilde, De Profundis

Puedes conseguir este libro:

1/ in situ, en el quiosco de libros del
monasterio ortodoxo de Peel, Gruttoweg 7
5725 RT Asten / Países Bajos
www.orthodoxasten.nl 0031493
560 421

2/ también puede adquirir esta edición en línea
en www.edentrilogie.eu
Todos los ingresos de esta publicación se destinarán íntegramente a los planes de construcción del monasterio

3/ También puede apoyar directamente la construcción de la nueva capilla: Fundación «Nacimiento de la Madre de Dios» en Asten, indicando «fondo de construcción».
La fundación tiene la condición de ANBI.
Número IBAN: NL 64 TRIO 0390 3597 69
Número BIC / Swift: TRIONL2U

Puedes compartir tus reflexiones sobre este libro
en: contact@edentrilogie.eu

La segunda parte de la trilogía de Edén
«El que mata a las personas», se espera para 2023-2026.
La tercera parte de la trilogía de Edén
«Cerca, como una perla perfecta», si Dios quiere.